

GILRAEN EÄRFALAS

Eres el **amor** de mi otra vida



PORQUE A VECES EL AMOR DE TU VIDA
NO ES TU ALMA GEMELA

 Planeta

Eres el amor de mi otra vida (✓)

Gilraen Eärfalas

Published: 2022

Source: <https://www.wattpad.com>

● Prefacio ●

...

Cuenta la leyenda que hay almas que durante su creación se quiebran, pero estas siguen funcionando y por tanto, son asignadas a distintos cuerpos, podrán vivir de forma normal, no se darán cuenta de que dentro de ellos falta una pieza, a menos que...

se crucen.

...

...

Sé lo que dije,
sé cómo lo dije
y cuántas veces me lo repetí,
a mí, a ti y a todo aquel que de ti me hablaba.

Sé cómo te pensé mi centro del universo
y lo mucho que apostaba
que tú y yo éramos la cosa más distinta,
más compleja y nuestra,
porque en esa vida,
el *nosotros*
encajaba tan bien en mi forma de verte.
Sí, hablo de esa vida como si tuviera otra,
la que ya fue y donde quedaste tú,
donde te coloqué el triple de virtudes de las que posees,
y te puse en el escalón más alto
como si tu metro ochenta valiera años luz
y no medidas terrenales.

Tranquilo,
que no te he quitado el título del amor de mi vida,
nunca he dicho que me equivoqué contigo,
seguirás llevando la corona

porque por mucho que deshilaste,
y rompiste todos los cristales a tu paso,
hablar de ti se ha hecho mi historia favorita,
pues nadie más me ha hecho aprender tanto de mí
como tú.

Eso de la mecánica del corazón
solo se aprende en diplomados
impartidos por alguien como tú,
y solo se aprueba por alumnos como yo,
que han llevado práctica en esto de suturar heridas sin anestesia,
dormir una hora al día
y tragarse aquellas lágrimas que te dan la
sensación de pasarte píldoras sin agua.

Sé llevármela bien aparentando
que no voy con las alas sangrando,
de eso no te acongojes.

Eres el amor de mi vida,
pero ya no de esta.

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora
para visualizarlo.]

...

Gracias por darle la oportunidad a mi historia, espero sea un buen
viaje a otro mundo, otra época, otra vida.

Leer, siempre será de las mejores inversiones de tu vida.

¿Listo? Pasa ... 📖

...

Capítulo uno: Espejo

...

...

01 de Agosto de 1965

—¿Otra vez esa mujer, Daniel? —pregunté, mirando su nueva creación. Siempre el mismo rostro pálido y alargado, dulce, pero sombrío. No es un humano feo a la vista, es agradable. Si la hubiese encontrado en un museo la apreciaría unos minutos y quedaría en mi memoria como una buena pintura que vi alguna vez, pero después de verla por años, en la sala, el corredor y el pórtico, me enferma.

Daniel revolvía la pintura roja y rosa, creando un color melocotón, sumergía el pincel y lo llevaba a los labios con pequeños movimientos suaves. Siempre he creído que más que pincelazos, parecen caricias.

—¿Otra vez tendremos esta plática, Emily? Dijiste que ya lo habías entendido —masculló Daniel, soltó su material y regresó a verme con tristeza.

—Lo siento, perdón —moví mi cabeza queriendo regresar en sí de mi mal viaje—. Lo que pasa es que —tragué saliva con dificultad—, llevabas meses sin entrar al taller y creí que cuando lo hicieras, harías... otra cosa —me mordí los labios.

—¿Otra cosa? —frunció el ceño en desconcierto.

—Sí —inhale profundo—. Respóndeme esto ¿Qué harás cuando tus compradores se aburran? Digo, más de trescientas pinturas y todas son ella en distintas poses. Ya la conocen de mil ángulos y con todas las emociones existentes. Los he escuchado hablar entre dientes en las galerías. Tal vez, solo tal vez otro rostro de vez en cuando no caería mal —esboqué una sonrisa nerviosa.

—Ajá, pues que se aburran, nadie les obliga a asistir si ya saben que verán los mismos ojos en cada obra, sin embargo, casualmente esos mismos asisten a todas las subastas, así son los críticos, Emi, hablan mal de lo que más les ha gustado. Espejo es mi firma, lo que soy yo, no voy a cambiar porque dos panzones entre copas insinúen que debería ser lo que ellos dicen que debo ser —Tomó dos tunos de oleo color chocolate y caoba, seguramente para retocar el cabello.

Le di un beso en la cabeza, y salí del taller con la culpa en la espalda. Cada mañana creo que es buena idea hablar de cómo me siento, pero resulto sintiéndome peor a como empecé. Sentía que los jugos gástricos me burbujeaban y acrecentaban mi molestia.

Volví a observarle desde la puerta, embelesado en su bruja, mirándola por unos segundos tomando la decisión de dónde poner más sombras o si sería buena idea que un mechón rebelde se cruce por su frente. Comenzó a silbar y a mover el pie al ritmo de su melodía inventada. Fruncí los párpados y me metí a la cocina sintiendo como el pecho se me apretaba.

Ya sé que había prometido no reprocharle más su trabajo, pero lo veo y... lo amo, pero siento rabia. Y no entiendo por qué, pudo escoger manzanas, o pintar petirrojos, gordos como Botero, niños llorones como Bruno Amadio, ¡Bah! ellos seguro que no le causaron dolor de cabeza a sus prometidas.

—*Duermo para intentar volver a verte,
un sueño basta,*

solo ahí vuelves ♪ —Daniel cantaba explotando sus cuerdas vocales. No lo hacía muy bien, pero lo hacía feliz. Ahí es feliz, en ese pequeño cuarto desordenado, o será que el aguarrás también tiene que ver, creo haber visto que los limpiaparabrisas inhalaban eso el otro día. En fin, tiene razón, nadie va a cambiarle de parecer y nadie debería intentarlo, ni yo, supongo que cada artista envuelve características que le hacen diferente al resto y no precisamente debe tener un significado oculto o que prefiera los ojos verdes sobre los cafés o el cabello castaño sobre el oscuro... ¡Jo! No sé nada de esto, solo sé de sensibilidad dental, caries y abscesos periapicales. Bien decía mi madre que los artistas son extraños e involucrarte con uno te saca arrugas prematuras y te desquicia antes de los

cincuenta. La experiencia hablaba, pero lo terca ni quién me lo quita, allá voy yo, yéndome de boca con lo primero que me dijeron que no hiciera.

«¿Ya tendré arrugas?»

Miré al espejo y estiré mi piel con los nudillos, ese típico masaje japones que recomiendan para mantener el tono de los músculos faciales, me obligué a cambiar mi semblante, faltaba poco para ir al trabajo y lo mínimo que puedo hacer es no llevarme mis problemas para allá, aunque creo que debería ser al revés.

Me senté en el sofá, sintiéndome la mujer más incomprensiva del mundo. Cuando le conocí admiré en sobre manera su trabajo, su forma de plasmar emociones en las miradas, la manera tan realista en que traza las pestañas y las cejas. De los primeros temas que me habló fue de ella, de espejo, así lo acepté, y ahora más que virtud, lo siento defecto. Bueno, bueno... digo, tampoco soy perfecta, no sé hacer mucho, no sé planchar camisas, tampoco sé cocinar, lo único que puedo ofrecerle son tortas de jamón con queso y algunas veces quesadillas con salsa casera y sin contar las tropezadas en sitios públicos donde termino tirándole cuando trata de levantarme. Como la vez que tiré una hilera de caballetes en plena exposición...

Comencé a reír al recordar cada uno de mis desastres, pero levanté la mirada hacia la pared principal y mi risa cesó, otra vez ese sabor a hiel me llegó al paladar y la saliva se hizo cada vez más difícil de pasar. El cuadro más grande de la casa adornando la sala me miraba de manera retadora y juzgona. Más que objeto inerte, parece mi rival. Algunas veces teníamos esa pelea de miradas y me sentía casi segura de que bajaría de ese maldito cuadro y yo estaba preparada para tirarle del cabello.

Por un momento me imaginé quemándolo y danzando alrededor de la hoguera, salpicando cerveza por los aires y cantando con toda la fuerza que me pueden otorgar mis intercostales.

Seré una desastrosa, me caeré a cada rato, no sé cómo ser esposa, no tengo capacidad de disimular nada y arruino los eventos importantes, pero no creo que esto le dañe a nadie emocionalmente ¡Esa cosa sí!

—¿Qué me ves estúpida? —me levanté del asiento desafiándola. Casi haciendo señas de que baje de ahí y arreglemos nuestras diferencias.

«Debo estar quedando loca» otra vez peleando con mi enemiga a muerte y quien pierde soy yo sintiendo los jugos gástricos quemarme la garganta, mientras ella sigue con el mismo rostro mustio. De todas las pinturas que tiene, este es el que más he odiado, no sé si por el tamaño o por su nula ropa que me causa vergüenza ajena. He querido convencer a Daniel varias veces de venderlo, incluso ha recibido ofertas buenísimas que lo tendrían sentado y sin trabajar dándose una buena vida media década, pero cuando está a punto de establecerse el trato, lo mira, se pone diaforético y corre a ponerlo en el mismo sitio, como si no pudiera pintar nunca otro. Es raro, muy raro. Al trabajo hay que tenerle amor, claro está, pero sin temor a equivocarme, él se excede.

Volví a mirar el cuadro, la mujer estaba en vuelta en una tela rosa salmón transparentosa, daba la apariencia de traer un vestido, pero al observarla detalladamente te dabas cuenta que solo era una manta delgada remarcando su silueta. Un cuadro con esbozo erótico, se remarcaban los pezones efectos y se acentuaban las curvas, ella tenía su barbilla recargada en su mano, con esa mirada sombría, dulce y sibarítica.

Espejo, así la llama Daniel, pues dice que es su versión femenina, su otro yo, su desdoblamiento, en verdad no puedo creer cómo un hombre puede imaginarse así mismo en el sexo opuesto y pretender que tendrá los senos del tamaño de dos toronjas.

Respiré hondo, me serví jugo de naranja, apio y nopal, lo poco que me mantiene nutrida después de toda mi mala rutina, siempre estoy corriendo y me alimento a base de mordiscos de galletas, tengo contadas las veces que tomo agua a la semana, porque no me da hambre ni sed.

Faltaban cinco minutos para que pasara el taxi por mí, al menos hoy estoy temprano y el pobre no tiene que estar desgastando el claxon que la mayoría de las veces funge como alarma.

Tomé mi maletín y me dirigí a la puerta, Danny seguía cantando y haciendo con sus pies el ritmo del tambor.

«Ojalá pudiera verlo así conmigo»

—¡Llego más tarde, cariño! —grité antes de salir.

—Suerte, Emily, mi amor.

—Hola, Don Juan, llegó temprano —le dije al chofer. El taxista que lleva dos años llevándome al trabajo. Siempre traía su impecable uniforme y ese perfume aparatoso olor a brebaje de hechicera.

—Jo, jo, no soy el único que está temprano —dijo sarcásticamente y me sentí apenada—. sorprendentemente es lunes y no hay tráfico ¿qué tal va todo con la boda? —Me sonrió del retrovisor.

«*menudo tema*»

—Justo quería hablar de eso con Daniel hoy, pero ha comenzado su nueva obra maestra y creo que lo perderé un tiempo —Me encogí de hombros, soltando una risilla tímida y nerviosa.

Miré en mi mano el anillo con ese diamante brillante el cual parpadeaba en cada movimiento de mi dedo, tanto que hasta parecía clave morse y de entenderlo, seguro que me insulta.

—¡Ufa! Ese hombre no tiene cabeza para otra cosa cuando se trata de su trabajo ¿cierto? —ríó, entre tosiendo.

«espero no sea Tuberculosis»

—Así es —Sonreí como si eso fuera algo de lo cual alegrarme, él siguió platicándome cosas acerca de su vehículo, la gasolina, los problemas con el presidente, manifestaciones y demás, pero, aunque mi cuerpo estaba presente, mi mente seguía mirando a Daniel revolver pintura—, Gracias, Juan. Hasta mañana —Bajé del Taxi.

Estaba comenzando a pringar, eso era bueno, las lluvias ya habían tardado, me preocupa cuando verano no parece verano, ni pensar que de niña odiaba cuando llovía pues no me dejaban salir a jugar pelota, y ahora me angustia, bueno... todo me angustia —reí.

...

...

Capítulo dos: nadie es perfecto.

...

...

El consultorio y su olor Eugenol me traían calma, es un olor potente, el cual ayuda a disminuir la inflamación bucal, pero a veces también la del alma.

—¡Buenos días, bella! —Cantó Diana desde la puerta.

—Emily, feliz lunes, bombón ¿Qué tal el fin de semana? ¡Yo no descansé nada, a Mateito le agarró una tos de perro terrible, me tuvo sin pegar el ojo! Al menos no le dio fiebre o estaría vuelta loca. Ahorita lo dejé con mi mamá, ya le dará un tecito.

—Te hubieses quedado con tu bebé, yo me las hubiera arreglado sola —comenté.

—¡No, no, hija! No me gusta eso, aparte hoy estará duro, no tarda en llegar Carlitos y seguro armará la tercera guerra mundial aquí dentro, pero no me has contestado ¿cómo estás?.

—Excelente —contesté nerviosa. Me metí al baño para ponerme el uniforme, Diana me jaló del brazo.

—A ver mírame —cambió su semblante alegre—. ¡Aaaay, esos ojitos! ¿qué tienes? —expresó al verme. Se cruzó de brazos y comenzó a inspeccionarme.

—Nada ¿por qué debería tener algo? —me repuse.

—Daniel comenzó otro cuadro ¿cierto? ¡Ese hombre! ¡Justo en vísperas de bodas se le ocurre! —Diana refunfuñó.

—Sí —bajé la mirada, pero también sonreí para disimular que el tema me estaba poniendo mal nuevamente. Regresé a ponerme el uniforme.

—¿Que no se da cuenta que te duele? ¡qué cabrón! —profirió.

—Quiero dejar el tema atrás, Diana. Es su trabajo, es feliz como yo soy feliz aquí, deberías de verlo cada que está en su taller, no

puedo pedirle que lo abandoné, sería un pecado, es una locura que esto me esté quitando el sueño —dije riendo.

—Pero pudiera pintarte a ti, eres preciosa, cualquiera te querría de modelo en vivo y a todo color, por favor, ¡cuántos pintores se colocan en el centro histórico buscando una modelo, y tú tienes todo! ¡Es un tonto! De ser tú, yo lo hubiera dejado, no me importaría lo que dijeran los demás, mejor sola —espetó.

Tal vez sea fácil decir "yo lo dejaría", pero ¿qué parejas no tienen problemas? Y quizás más difíciles que los míos, infidelidades, golpes, él nunca me ha puesto una mano encima. Bueno, no juzgo a Diana, sé que no lo dice de mala fe, es el deber de una amiga decir ese tipo de diálogos, probablemente también se lo diría a alguien que estuviese en mi situación, no querría ver a alguien que quiero cabizbajo cada tercer día por un lienzo diabólico.

—Nunca había amado a nadie, y creo que tampoco me han amado como él lo hace. Yo lo conocí así, desde el primer momento me habló de Espejo y decidí quedarme, sabía a lo que me lanzaba.

—Como digas... en fin, no tarda en llegar Carlitos, nos va a hacer un destrozo cuando sepa que tenemos que quitarle ese diente —Se colocó su bata aprisa, y comenzó a ordenar el instrumental.

Sonó el timbre. Había llegado el pacientito estrella, quise concentrarme en él y en su diente muerto, como quien dice *los trapos sucios se lavan en casa*, pero mi cabeza no entendía ese dicho.

—¡Carlos, por favor, abre la boca! —Diana estaba tratando de no perder el control ante aquel duendecillo pecosito. Imposible no pensar en lanzar a estos pacientes por la ventana.

—¡No! —respondió Carlitos pataleando.

Los pacientes pediátricos siempre son cosa seria, ven las agujas y automáticamente un ente maligno posee su pequeño cuerpo y toman una fuerza sobrenatural donde ni seis manos logran controlarle los forcejeos.

Traté de sostenerle la cabeza de la manera más firme posible y sin lastimarle.

Acaricié su cabello rizado y dorado, se ve que su madre ama la melena de su pequeño, le deja los caireles largos y entre más le

acaricio más se desprende ese aroma a sandía de los shampoo infantiles.

Poco a poco fue calmándose, era un niño muy hermoso, sus mejillas abultadas y rosas, los labios pequeñitos y rojos, los ojos avellanos adornados con las pestañas más largas jamás vistas. No pude evitar pensar en si algún día formaré una familia y tendré un niño así de bonito. Seguro que tendría los ojos verdes de su papá, tal vez saque mi cabello, amaría formarle sus rizos con freno, pero sobre todo, ojalá sonría de manera pispireta como Danny.

—Tiene manos de ángel —me dijo la mamá de Carlitos.

—Gracias —asentí con la cabeza. La señora me sacó de mi sueño a ojos abiertos.

Después de una hora todo salió excelente. El diente afuera y el diablillo lagrimeando, pero ya sin berreos. En fin, nada que un heladito de limón no solucione.

Antes de cerrar la puerta, el niño me dijo adiós con su manita gordita y rosada, como si hace apenas unos minutos no me hubiese mordido.

Mi corazón se hizo pequeño, olvidé sus patadas y mis tímpanos inflamados por sus gritos. Mis ojos se humedecieron, no por tristeza, sino ternura. Ansío el día que vayamos por esta acera camino a algún museo; Daniel, nuestro pequeño y yo. Será mi escena feliz, mi madre estará feliz desde el cielo viéndome por fin realizada, no es que no lo sea ahora, pero ella siempre deseó verme formar una familia.

—¡Bah! Hasta que se va, he quedado sorda ¡Santo cielo! —Diana se sobaba los oídos—. Debemos subirles a las consultas ¿Eh? Estos niños nos van a tirar el negocio, mira el reposa pies ¡está todo magullado! ¿Y mis tímpanos quien los repara? Nadie, decidido, la siguiente semana serán 55 centavos ¡Decidido! —dispuso.

—Claro, claro —contesté sin prestarle atención. Seguía perdida en mi sueño. De pronto se nubló esa imagen, un escalofrío invadió mi vientre y recordé a Daniel con la estúpida pintura.

¿Cómo hacer planes con él si en cualquier momento puede irse a encerrar a aquella habitación y no salir en meses?

Creo que ese sueño está más lejano de lo que pienso. De tener un niño, solo seré yo caminando a algún parque explicándole por qué su padre se comporta como un topo.

Pasaron las horas, los pacientes iban y venían y yo no podía concentrarme, me preocupaba la preparación de la boda, no poder tomar decisiones con mi prometido porque está encuevado, el vestido aún no está listo, Daniel no ha buscado traje.

Del cristal vi como el sol estaba apunto de ocultarse.

—¡Por fin! ¡Qué día más pesado! Mi espalda me está matando — Diana se retorció queriéndose tronar la espalda con movimientos contorsionistas.

—no hagas eso, mejor ve al quiropráctico, te vas a lastimar.

—¡Ash! pues me lastimo yo a que me lastime otro. El otro día pasé cerca del consultorio del quiropráctico y ¡Madre mía! Parecía cuarto de sadomasoquismo, gritos de terror, risas y gemidos de pasión. Sí se escuchaba rico, pero ¡No, no, no! ni muerta entro allí —no pude evitar carcajearme. Diana siempre es tan ocurrente—. Y bien ¿ya le mandaron la invitación a tus futuros suegros? —inquirió.

—No...

—¿Sigues sin conocer a sus padres?

—A él no le gusta mucho hablar de ellos, pero dice que después los veremos —sonreí. Diana levantó la ceja con extrañeza. Comenzó a guardar sus cosas en su bolso.

—¡Cierto! Hoy vas a apartar el salón ¿verdad? —preguntó.

—Sí, sí, en media hora es la cita.

—¿Daniel pasará por ti? —No quería responder esa pregunta.

—No —me mordí los labios.

—¡Emily! ¿Es en serio cuando me dices que él es el hombre de tu vida? ¡Daj!

«al menos no me ha puesto el cuerno con la secretaria» hubiese querido decir.

—Sí, sí lo es —afirmé—. No puedo exigirle más. Y va siendo hora de que deje de ser egoísta, él ha estado en los momentos más duros, se hace cargo de mí sin siquiera ser mi esposo, recuerda cuando murió mi madre y mi padrastro me dejó en la calle quitándome la casa y los pocos ahorros que había dejado para mí.

Daniel me apoyó para terminar la carrera de odontología y abrir este consultorio sin pedirme nada a cambio, sin siquiera reprochármelo. Cuando casi muero de apendicitis, él dejó su presentación más grande en Bellas Artes por cuidarme en el hospital, y eso solo es por mencionar algunas de las muchas cosas que ese hombre ha hecho. ¿Qué clase de mujer sería yo si me niego a comprender la única cosa por la que vive? No podría irme de él sin una razón válida. No es perfecto, lo sé, pero ¿Quién sí?, yo no lo soy ¿Darle fin a alguien que amo por celos infantiles? Sería mi peor error sin duda, me arrepentiría toda la vida. Y ya no tengo ni siquiera edad para eso.

—Tienes veinticuatro años, no te dejes presionar por lo que digan, que ese no sea el motivo para conformarte, pero bien, no diré más. Te acompañaría, pero tengo que pasar al hospital a esperar a Sebastián y de ahí por Mateo. Cuídate ¿Sí? —Diana me abrazó y me dio un gran beso en la mejilla.

—Sí, cuídate mucho —le correspondí.

—Te quiero, cabezona —expresó.

...

capítulo tres: quiero entenderte.

...

...

El lugar era enorme, sus puertas principales eran de bronce, con detalles exquisitos que simulaban dar un aspecto de palacio. Ya lo había visto decenas de veces por fuera al venir al trabajo, pero por dentro era alucinante, casi como viajar a Londres, aunque no conozco Londres, pero seguro hay cientos de sitios así.

El jardín era inmenso, cuidado meticulosamente, el pasto olía a que estaba recién podado, fresco y dulce.

...

Había rosales rojos, rosas y blancos en jardineras rojas de mármol, perfectamente acomodados por color. En medio del jardín había un quiosco de dónde las rosas se enredaban, algunas estaban cerradas, y daba un aspecto más encantador. Tenía tantas ganas de cortar una y usarla de separa hojas.

El techo estaba cubierto por una velaría color crema de donde colgaban lámparas ovaladas con luz cálida. Fácilmente entran trescientas personas. De mi familia serán quince por mucha exageración, pero a Daniel lo ama medio México, así que estará a reventar este sitio el día de la boda.

Me acerqué a la fuente, la cual era gigantesca, tenía forma de pareja bailando el vals más bonito de su vida, el hombre sostenía con delicadeza a su dama y ella tenía los ojos cerrados, solo dejándose llevar por la música y los pasos de su amado. Quien talló esto, tiene un talento increíble, pues el vestido de la dama parece ser de seda y es de piedra. Pero algo más llamó mi atención, en el fondo del agua cristalina de la pileta había centavos. Seguro en las fiestas algunas personas vienen a pedir deseos ¿Qué tan necesitado estará su corazón para hacer esto? ¿Qué cambiará lanzar una

moneda? Bueno ¿quién soy yo para juzgar? Amaría que existiera verdaderamente una fuente de los deseos, un solo deseo me bastaría para cambiar el curso de mi vida.

Metí la mano en el bolsillo, tomé el primer centavo que salió y lo lancé. Lo vi irse rápidamente al fondo. Pensé mil cosas, pero solo pude susurrar una;

que Daniel quemé los cuadros de espejo.

La fuente cambió de color, por un momento creí que era una contestación y di un brinco hacia atrás, solté una risilla pensando que mi petición sería contestada.

«Qué boberías, estas cosas no son ciertas»

Escuché unos tacones a lo lejos, la dueña me veía del segundo piso, quién sabe cuánto tiempo llevaba ahí.

Pasé mi cabello detrás de la oreja. Sentí vergüenza pues, la novia buscando el lugar totalmente sola y pidiendo deseos malévolos que cuestan un centavo. Bien podía comprarme una botella de agua... ¡Agua! ¿Cuándo fue que tomé agua por última vez? Los riñones no tardarán en pasarme factura.

—Buenas tardes —me dijo la señora desde arriba—. Sube, aquí hay un sillón. Fui de inmediato. Las escaleras eran caracoleadas, tal y como lucen los palacios. Los escalones pulidos, con mezcla de colores cremas y aperlados.

—Hola, apenas he dado un vistazo y ya amo este sitio —expresé.

—Me alegra mucho, querida y, ¿Viene usted sola? —La mujer volteó a todos lados queriendo buscar mi acompañante. Carajo, haciéndomela más difícil. La gente no se calla nada.

—Ah, sí, sí, mi prometido se retrasó, pero no quise perder la cita. ¡Estoy enamorada de este sitio! realmente tiene el lugar en excelentes condiciones. Quiero apartar el lugar para el 27 de noviembre, serán aproximadamente trescientas personas, espero que no se me salgan de las manos.

—¡Vaya! Fiesta a lo grande, perfecto, fecha disponible —dijo mientras miraba su agenda y escribía una anotación en una bella letra cursiva.

—Sí, bueno, mi prometido tiene muchísimos amigos.

—¿cheque o efectivo? —La mujer frunció los labios rojos y se acomodó la pesada bufanda.

—Efectivo —Sacó unos documentos y los firmé, la señora seguía volteando a la puerta como esperando que alguien más entrara, otra vez recalcándome que estaba sola—. Listo.

—Perfecto, querida, lástima que no haya llegado su prometido —rió en tono de burla—. y ¿qué crees? de cortesía se colocan sus nombres con rosas en el jardín principal, ¿cuál es el nombre del novio para anotarlo?

—Daniel Gastón.

—¿qué? ¿El pintor? —la señora se llevó las manos a la boca y añadió—: ¡Dios santo! ¿El pintor se casará en mi jardín?

—Sí, él mismo.

—¡Ah! ¡Qué honor! ¡Saldremos en los periódicos! —comenzó a aplaudir y dar brinquitos en su lugar de emoción —Señorita Gastón, entonces, preciosa ¡Me has hecho el día! qué digo el día ¡El año! nos encargaremos de que todo esté maravilloso, un día antes puedes venir a darle un ojo, estará impecable. Una boda memorable, ténganlo por seguro.

—Gracias —sonreí gentilmente.

Estaba oscureciendo, ya no alcanzaba los colectivos, esperé afuera un taxi.

Mi estómago hacía pequeños ruidos de hambre, lo único que tenía en el estómago era el jugo de la mañana, me sentía un poco mareada.

Me tallé el rostro y me di ánimos, no podía pasar más de veinticuatro horas cabizbaja y lamentando cosas tontas, me voy a casar, y seré feliz, claro, todo está bien, no me falta nada. Y debo comer más o luciré unas piernitas de palito en la fiesta.

...

Al llegar, Daniel seguía en esa habitación cantando, tal cual como lo dejé, parecía que aquí no pasaba el tiempo.

—*No quiero olvidar tu nombre,
quiero olvidar lo que fui contigo* 🎵

Entré lentamente.

—¿Molesto? —dije al tocar la puerta.

—No, no, pasa, adelante —Miré el cuadro. Ya estaban esos ojos perfectamente delineados, parecían tan reales, como si me miraran y se burlaran de mí.

—¿Qué tal la ves? —me preguntó con entusiasmo esperando una buena crítica.

—Pues... qué te digo, ya la conozco de mil poses, ya sé cómo se ve vestida y desnuda, está bien, siempre está bien ¿eso quieres escuchar, amor? —dije en tono sarcástico.

—Quisiera fingir que no me he dado cuenta de que estás molesta otra vez —contestó con desilusión.

—Fui al salón sola, ya lo aparté, gracias por preguntar.

—¡Grandioso! —siguió mezclando óleos verdes y grises sin notar que estuvo mal, dando por hecho que es un tema que no tiene más relevancia el comentarlo.

—¿Has buscado tu traje?

—Emily, faltan meses aún, ya que termine esto lo buscaré.

—Faltan tres meses, tú tardarás como cuatro meses con ella, sino es que siete como el último —colocó el pequeño lunar cerca de la boca de Espejo.

—La terminaré pronto —dijo con gentileza—. Te dejé un plato de verduras cocidas con pollo en la barra.

Hubiese querido decir gracias, pero me sentía hastiada. «Qué difícil es fingir»

Salí de allí sin refutar más nada. No tenía caso, solo esperar a que se levante aquel velo que lo tiene en otra dimensión ahora y pueda volver a mí.

Me fui a la cama, mi hambre se fue, no tenía ganas de bañarme, no tenía ganas ni de ser persona. Me quité la ropa y me puse una bata para dormir, cepillé mi cabello el cual siempre estaba lleno de nudos sin sentido, «igual que mi vida». No sé cómo es que se hacen tantos.

Apagué la lámpara y me recosté. Cerré mis ojos queriendo olvidar lo abatido que sentía mi corazón. Una lágrima tibia rodó por mi mejilla, solo una, nadie que la siguiera. Tal vez parecía un llanto insípido, pero siempre he creído que la lágrima solitaria es de las

más dolorosas, pues significa que todas las demás están regándose hacia dentro.

«Daniel ha estado cuando más lo he necesitado» me repetí. Sin él yo no hubiera tenido nada, lo sé. ¿Estoy siendo egoísta? ¿Por qué su único defecto me duele? Ella es su defecto, esa maldita vieja pálida es su peor defecto.

Apuñé los dedos.

Dejé caer el peso de mi cuerpo, pero el sueño no llegaba, mi mente seguía trabajando, creando mil escenarios, teniendo diálogos ficticios, imaginando que sería de mí si hubiese tomado otro camino, preguntándome si voy por el correcto.

De pronto abrieron la puerta.

—¿Pasa algo? —me levanté y tallé mis ojos, los sentía pesados, no tenía sueño, pero mis parpados ya ansiaban cerrarse de cansancio. Estaba Daniel con el plató de verduras en una mano y en la otra un vaso con leche.

—No comiste —dijo con preocupación.

—Comeré mañana, no tengo ánimos.

—Levántate, morenita, vamos, no me gusta que pases todo el día sin comer —puso los platos en el buró y me tomó del brazo, no pude evitar derramar lágrimas. Él me llevó contra su pecho—. Te amo, Emily. No me gusta discutir, tampoco me gusta que te descuides. Dime ¿sientes que te amo? —tomó mi rostro entre sus manos para hacerme verle a la cara.

Asentí con la cabeza.

—¿qué me ha hecho falta? —inquirió—. todo te he dado ¿qué más? ¿quieres que renuncie a esto? dímelo, no lo haré mañana, pero... puedo...

—No, no, jamás, no... soy una tonta, perdón, perdón —me abalancé a abrazarle—. Te amo, Danny, perdóname otra vez, no quiero que dejes tus sueños por mí —chillé.

—No tengo muchos propósitos en la vida, pero hacerte feliz es una de ellos...

tal vez si yo fuese ingeniero, médico o abogado no causaría tantas molestias, pero, ¿qué hay de mí? Es lo único que sé hacer bien, no soy bueno para las matemáticas, ni para las ciencias de la salud, ni

para los debates. Tú eres una mujer de estudio, preparada en muchos aspectos, excelente académica, pero yo jamás pude. Por años me recriminé, me creí imbécil e insuficiente por no poder aplicar en las materias como los otros, pero después entendí que la inteligencia viene en distintos empaques. El arte es una forma de ello y ya no me siento un inútil, por primera vez en años estoy orgulloso de mí. Solo mira lo que hemos alcanzado, ambos cumplimos nuestros sueños, tenemos diferencias, pero vamos de la mano y ese cuadro ya está vendido ¿no es increíble? ¡Y aún no lo termino! ¡Van a darme ciento cincuenta pesos por él! No quiero comprarte, pero gracias a eso estamos aquí con más de lo que alguna vez soñamos tener. Emily, ojalá tuvieras una idea de lo mucho que te amo.

—Quiero entenderte —me limpié una lágrima con la manga de mi bata de dormir. Se recostó a mi lado y me rodeó entre sus brazos, olía a aguarrás, pero no me importó. Él tenía razón.

—Te amo —me susurró. Solo ahí me sentía segura, la casa no era nada, pero sus brazos eran mi hogar, el lugar donde siempre quiero volver.

Cerré los ojos y fue como si a mi mente por fin le hubiesen presionado el botón de apagado.

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

Capítulo cuatro: mundo diferentes

...

A la mañana siguiente, en cuanto abrí los ojos, estiré mi mano, pero él ya no estaba. El sol estaba dándome en la cara y eso solo significaba una cosa: se me había hecho tarde.

Diana ha sido muy buena al no cobrarme todas estas cosas con intereses. Espero no cansar a esa mujer. Me vestí con lo primero que vi en el armario, no me daba tiempo combinar la ropa ni los zapatos. Trencé mi cabello de manera veloz sin fijarme si por detrás lucía bien hecho. Ya lo tenía lo suficientemente largo y se me dificultaba tenerlo siempre bien peinado.

Apenas pisé los escalones y noté el exquisito olor que venía de la cocina, pensaba irme sin desayunar, pero ese aroma revoloteó mi estómago.

Danny picaba fresas en cubitos, mientras en la estufa se cocinaba huevo revuelto con espinacas, champiñón y queso. En la barra resplandecía una jarra de agua de limón helada. Verlo detrás de la barra de cocina hizo que se me olvidara el mal trago de ayer. Llevaba un delantal negro, sin camisa, solo ropa interior oscura y con su semblante despreocupado. Lo he visto con trajes elegantes decenas de veces, pero sin duda, este es mi atuendo preferido.

Me sonrojaba solo de verle.

—Morenita, buen día, dormiste mucho, sabía que se te hacía tarde, pero no quise despertarte, sabrás disculparme —dijo. Tomó una fresa y la comió de un mordisco.

—Sueño acumulado, creo. Te lo agradezco, quizás me hubiese puesto de malas si me levantabas. Huele muy rico, más de lo normal debo admitir —vi como se le escurría un poco del jugo de la fresa por la comisura del labio. Me acerqué a besarle.

—Sí, encontré este queso extraño en la tienda de Jaime, dice que es ahumado y no sé qué más —Sonrió. Daniel tenía una sonrisa preciosa, una dentadura alineada color mármol, los terceros molares perfectamente colocados y eso era extraño hoy día. Él poseía todo un sueño odontológico entre sus arcadas, sus bellos incisivos de conejito fue lo primero lo primero que vi en él aquella vez en La Ópera café: Estaba a tres mesas de distancia de mí, me miraba de reojo mientras dibujaba en una pequeña libreta, cada tanto me sonreía, pero no me atrevía a asegurar que era en mí en quien se fijaba. Detrás mío estaba un señor de una edad ya madura, y a los lados reuniones de señores importantes que fumaban puro y tomaban café amargo para destrozarse los sesos de acidez, entonces, solo quedaba yo. Me puse nerviosa, trataba de fingir no notarlo y seguir estudiando, pero con ese rostro tan pícaro, no era posible. Personas se acercaban a él cada diez minutos a pedirle que les firmara una servilleta. Por un momento pensé que era actor de cine, un cantante o tal vez...

—¿Pasa algo, Emily? ¿no tienes hambre otra vez? —inquirió.

—No, perdón, solo estaba recordando el día en que te conocí —bajé la mirada, no me había dado cuenta que ya me había servido. Daniel puso una tortilla en mi plato.

—Creo que mis dones de seductor son casi nulos, hasta el día de hoy sigo sorprendido, nunca pensé que podrías voltear a verme.

«¿cómo no verte si todos tenían los ojos sobre ti?»

—Dales créditos a esos dientes tan bonitos.

—¡Oh! Espero no perderlos tan pronto, entonces —Los dos reímos. Daniel se preparó uno de sus extraños tacos con huevo, salsa de tomate y aparte le colocó los trozos de fresa.

—Solo te falta ponerle jarabe de chocolate —bufoneé.

—Tienes razón —degustó su taco. Yo hice un mohín al verle—. por cierto, cierra los ojos —obedecí con emoción.

—Ábrelos —entre manos traía una pequeña maceta donde brotaba una rosa extraña, solo la había visto en sus pinturas. Era roja y con manchas blancas.

—¿Y esto? ¡Es bellísima! —toqué los pétalos con delicadeza—. ¿Las salpicaste de tinta? —inquirí.

—sería un demente de hacer eso ¡Ja! Así son, se llaman rosas payaso —rió—. Vi a una anciana con una canastilla, tenía un par de macetas y quise alegrarte la mañana. No quiero que esta rosa signifique perdón, para nada, igual te la daría así no tuviera que pedir disculpas, tomémoslo como un recordatorio de no pelear más ¿quieres?

—Lo prometo —Tomé la maceta y sentí que se me humedecieron los ojos. A mí me gustaron siempre los ramos de rosas, pero Daniel me hizo apreciar las macetas, así no es un regalo de un momento, de esta forma, si se quiere, puede durar para siempre.

Ambos comenzamos a desayunar, poco me importó que se hiciera más tarde, ya se lo compensaría a Diana, sé que entiende.

—¿Sabes? Creo haber visto jarabe de chocolate aquí en la alacena —Se dispuso a buscar.

—¡No era cierto! ¿Cómo vas a ponerle chocolate a esto? Estás loco —reí.

—¡Sabía que aquí estaba! —le puso gotas de chocolate a su plato, lucía como Niño pequeño disfrutando de hacer algo indebido.

—Danny ¿Qué viste cuando me viste? —Sus ojos acaramelados se clavaron en los míos, él tenía unas pestañas largas y caídas que casi aventaban aire en cada parpadeo. Tragó el bocado que había en su boca y volteó sus ojos a la derecha.

—Primeramente, vi una mujer guapa, tan guapa que me dolían los ojos, pero te seguí observando y ya no solo vi eso, sino una mujer segura de sí misma y de lo que quiere conseguir. Estabas sentada con la columna muy erguida, tomabas aquella taza con porte y a lado estaba un pequeño pan con mantequilla y azúcar, entonces supe que tenías gustos sofisticados para tomar el café matutino, pero no solo había eso, también leías un libro, creí que sería la novela romántica del momento, hasta que noté ese esquema de cabeza y cuello, entonces ya no solo eras guapa, eras inteligente también, te encontrabas preparándote para la vida. No eras esa mujer que esperaba al príncipe para rescatarla y bajarla de la torre, ya te habías bajado. ¿Qué vi? Una mujer que no necesitaba un hombre para salir adelante y eso hoy día no se ve.

—Pero si te necesité —interrumpí. Daniel puso un dedo sobre mis labios haciéndome señal de silencio.

—Es diferente, nadie sabía lo que iba a pasar con tu madre, nadie está preparado para esas cosas y me alegra muchísimo haber estado para ti. Pero estoy completamente seguro de que, sin mí, te las hubieras arreglado igual.

—Pero seguro que hubiese sufrido mucho —murmuré. Daniel me tomó de la mano y se acercó a mis labios y los besó con dulzura.

—Por algo nos conocimos —besó mi frente—. Tienes que irte, se te hace tarde —añadió, mientras movía la nariz.

—Sí, creo que es el día en que más tarde se me ha hecho, pero no me arrepiento. Suerte con tu pintura, amor, nos vemos por la noche —Tomé mi maletín y salí deprisa. Don Juan ya no estaba, era obvio, seguro me va a renunciar también, ya le pediré disculpas mañana.

El cielo comenzó a nublarse dejando ver ese tono grisáceo oscuro. Mi pecho se sentía apretado todavía, pero quería reflejar una sonrisa en mi rostro, una parte de mí quiere ser feliz, pero otra tiene preguntas con respuestas que no le satisfacen.

Le hice la parada al primer camión que pasó, no me gustaba mucho este transporte, pues los choferes manejan tan mal que me hacían tener el corazón al borde del colapso y el estómago a punto de vaciarse. Para mi suerte, este venía tranquilo, incluso sonaba una bonita canción en la radio, algo nostálgica, pero con letra confusa, ¡Pff! creo que las canciones de hoy día ya no tienen sentido.

*Miénteme,
que tu voz diga de memoria
todos los versos que ya no sientes ♪*

Una joven de unos diecinueve años venía tarareándola a lado de mí «Bien, tal vez ella sí la entiende».

Bajé del camión, el cuál al acelerarse dejó una bomba de humo que me empapó la ropa y el cabello, recordé que se me había olvidado bañarme esta mañana y sentí vergüenza, hasta el rostro se me puso caliente y comencé a olerme la ropa, pero al parecer no se percibía nada extraño. ¡Dios! Paso tanto divagando en mis batallas ficticias que de verdad me estoy dejando empolvada en una repisa.

Respiré hondo y entré con cara de perrito abandonado.

—¡Diana! Perdóname, se me hizo tan tarde, anoche tuve...

—No me expliques, Emily, entiendo, estás estresada con todo esto de tu boda, Daniel, la pintura, el salón, lo supuse, ya pasé por eso — Diana río—. Aparte no te has perdido de nada, niños gritones con complejo de luchadores, nada interesante.

—En verdad lo siento tanto —Puse mis cosas en el casillero y me vestí.

—Y bien ¿qué tal el salón? —preguntó.

—Precioso, es elegante y enorme, lleno de rosas, luces, un castillo, un sitio digno de recibir la boda de la reina de Inglaterra.

—Pues casi, casi, no eres reina, pero si la prometida de Daniel Gastón. Ya estoy buscando un buen vestido, pero tranquila, nada tan bello como para opacar a la novia, no soy tan desgraciada... bien si no fueras mi amiga me valdría madres, pero eres tú y yo quiero que resplandezcas como nunca. ¡Oye! ¿Cuántos invitados importantes irán? Mira que llevaré a mi hermana, tengo fe en que algo bueno debe encontrar allí, un pintor, un músico, ¡Un director de cine! — Diana comenzó a dar brincos en su sitio—. ¡Sería divertido! ¡Uff! ¡Sí! Perdóname, amiga, pero algo atrevido si llevaré también, me encantaría usar uno de esos vestidos donde se muestran los hombros, me parecen maravillosos, pero seguro Sebastián dará el grito en el cielo, en fin ¡qué me importa! El quiso de mujer a esta belleza latina, ¿por qué soy casada, Dios? Yo quería un artista también —meneó las caderas.

—¿En verdad?

—¿Qué? ¿Qué soy una belleza latina? ¡desde luego! —siguió bailando.

—No, eso es obvio, lo que quiero decir, ¿te hubiese gustado casarte con un artista? ¿no crees que es complicado? no puedes entender mucho lo que hacen ni por qué lo hacen.

—Pues sí, sí, tal vez, pero podríamos enseñarnos el uno al otro, como tú con Danny ¿o no? Digo, algo debe haberte enseñado ese hombre todo este tiempo, técnicas de pintura, a no salirte de la línea mientras coloreas, estilos, personajes importantes, arte a través del tiempo, yo que sé.

—Casi no suelo preguntarle —bajé la mirada y comencé a jugar con los dedos.

—¿Por qué?

—No sé, me siento incómoda, creo que no entendería nada, yo no tomo ni una tiza y... no quiero parecer una tonta, mejor me abstengo.

—No es eso. Mírame, te conozco, no preguntas nada por ella, la mentada "espejo" ¿me equivoco? —retó. Me levanté del asiento y me coloqué la bata.

—Bueno, no debe tardar en llegar la señora Carolina, mejor prepararé las cosas ya que no quieres ser sincera y hablar —espetó.

Tenía razón, me incomodó ese comentario porque es cierto, no puedo acercármele y preguntar nada porque todo se trata de ella y detesto verlo con esos ojos de bobo mientras platica de las pecas diminutas de sus hombros las cuales pueden observarse con una lupa, el girasol de sus ojos que no es más que las distintas concentraciones de melanina en el iris y los destellos de su cabello y toda esa tontería, odio que hable de ella con éxtasis y romance, ¡Me hace sentir mal tercio en mi propia casa!

La rabia me invadió otra vez. Era enojo con él, con ella, conmigo. Porque nunca nadie me había hecho sentir tan pequeña, pero ¿cómo podría hacerme pequeña a lado de nada? Esa cosa no puede dar calor, no puede besar, no puede dar amor ¡No nada! Quería arrancarme el cabello de coraje, sentía las orejas escocerme como si me hubiesen acercado llamas a la cara.

Sonó la campana de la puerta y me sacó de mis conflictos mentales.

Era la señora Carolina, una mujer regordeta que olía a tabaco y nardos, con un cabello castaño claro hasta la cadera, siempre con las mejillas tan rosadas y los labios caoba. Perdía un diente en cada cita, el tabaco ya le había arruinado gran parte de su vida, los pulmones acabados, su comisura labial izquierda teñida de amarillo al igual que las yemas de sus dedos y quién sabe cuánto más le debe estar quitando ese pequeño dardo. En fin, no me toca meterme en eso, tiene sesenta y cinco años y dudo mucho que algo la haga entrar en razón a estas alturas. La muerte a veces nos

agarra de imprevisto, como a mi madre con ese cáncer de páncreas que nunca supimos cuándo comenzó, una mujer sin vicios y que bailaba danzón casi todas las tardes en el centro de la ciudad con desconocidos. Amaba vivir como ninguna otra persona que haya conocido, pero tuvo que llegar ese intruso a arrebatarle sus sueños. Miro a Carolina y siento un poco de enfado, tenía salud y se la está quitando con tanto empeño, a ella la muerte no le llegará de imprevisto, al contrario, la llama cada día y la condenada hasta se da el lujo de tener retrasos.

Carolina se sentó y abrió su boca, ya ni preguntar quería, solo iba directo al problema, que le quiten el dolor de ese diente roto y maltrecho.

Le apliqué la anestesia y esperé unos minutos, procedí a su extracción la cual fue bastante fácil, ese diente ya estaba más que listo para dejar este mundo.

—Coma un buen heladito, señora Carolina —comencé a escribir en una receta. Ella se carcajeó por lo entumecida que tenía la mitad de la boca y se le escurrió la saliva en la falda.

En cuanto salió llegó paciente tras otro, me alegró mucho pues eso quitaba espacios incómodos en los cuales Diana pudiese querer retomar la plática.

Poco a poco el sol comenzó a meterse lo cual indicaba que ya era hora de cerrar.

Me cambié de manera rápida y me puse un poco de perfume, recién me lo había regalado Daniel, *poésie de minuit*. Tenía notas de Lychee, Pachulí y Praliné. Los perfumes dulces no eran de mi agrado, pero este me lo ponía por el valor sentimental.

—No quise incomodarte, perdóname, ya no tocaré ese tema —dijo Diana apenada.

—No, no te preocupes, la verdad es que sí tienes razón, pero es algo que debo trabajar en mí, ya sabes que eso de lo que te choca de checa —sonreí—. tú sigue buscando ese vestido sensual y elegante —Diana quitó su semblante apenado y se sonrojó.

Salimos del consultorio y bajamos las cortinas.

—Con cuidado, pequeña Emily —me abrazó, dándome ese característico beso ruidoso.

—Igualmente, Dianita.

Sentía ganas de caminar, una porque olía a tierra mojada y quería apreciar ese aroma un poco más y dos porque me sentía enfadada y no quería llegar así a casa, le prometí a Daniel no discutir.

Me puse mi suéter, era el más caliente, pero sentía que esta tarde no le hacía justicia al frío. Caían pequeñas gotitas casi imperceptibles, que, aunque a mi cuerpo le causaban espasmos helados, me encantaba que el clima estuviese así. Muchos llevaban sombrillas, pero me parecía exagerado, no son gotas que empapen, más bien son pequeñas caricias del cielo.

Caminaba haciendo ese pequeño juego de no pisar las líneas, reía como niña cuando por poco y pisaba una, pero de un brinco la esquivaba. Llevaba dos cuadras ganando, eso me hizo recordar cuando iba de la mano con mi madre, a veces la molestaba, pues no entendía lo que iba haciendo y la hacía pasar vergüenzas al tropezar con la gente, un día le tiré a una señora su atole encima, comenzó a brincotear por quemarse el pecho, lejos de gritar, glugluteaba y la pobre de por sí pava.

«cuánto te extraño, mamá».

—Perdón, perdón, señor, déjeme ayudarle —dije apenada. Me estampé con un señor que estaba pegando volantes en un poste, Dios de mi vida, acababa de tirar un señor de la tercera edad.

—Descuide, tampoco la vi —pronunció entre pujidos, tratando de levantarse.

—No, fue mi culpa, venía muy distraída, lo siento mucho —Le di la mano para ayudarle a levantar. Me agaché para recoger los volantes que había tirado por mi culpa, me dio vergüenza que se habían arruinado más de la mitad por la acera mojada.

—No se preocupe, señorita, estas cosas pasan. Igual ya casi termino —respondió amablemente, como si no hubiese arruinado la poca estabilidad que seguro tiene su columna a estas alturas.

—Qué pena, déjeme ayudarle —tomé unos cuantos volantes y los pegué en la parada de camiones para mínimamente ayudarle en esa área, parecía que el golpe le dejó doliendo la espalda, pues se sobaba con dificultad entre quejidos.

Coloqué de prisa los volantes, quería pasar por un café y pan dulce antes de ir a casa, el pan espolvoreado en azúcar y el olor a cafetería siempre conseguía subirme el ánimo.

Terminé de pegar el último y lo observé.

...

capítulo 5: Espejito... espejito...

...

«*Recital poético: Daniela Martíné regresa a México*»

—Una escritora vendrá a la ciudad ¿eh? —le dije al hombre que había golpeado por descuido.

—Sí, sí, Daniela Martíné, debería ir, es buena, mi mujer me regaló su último libro, je, je, casi lloro, con eso le digo todo y yo que me creía un hombre totalmente insensible, je, je, sí, estará en el teatro de la ciudad, es entrada libre —expresó.

—Nunca he ido a un recital de poesía, debe ser aburridísimo, será como el teatro me imagino —musité.

Miré nuevamente el volante buscando la fecha de presentación, pero me golpeó un calambre en el vientre, y un aire frío me erizó la piel. La fotografía de la escritora era... extraña, su rostro... me parecía muy familiar.

—puedo quedarme con un cartel ¿verdad?

—Adelante, je, je, uno menos que pegar, llévese más si gusta, déselos a sus amigos —doblé el cartel en seis partes y lo guardé en mi bolsillo. Me despedí del hombre el cuál me brindó una bonita sonrisa, le faltaba un incisivo, pero, al fin y al cabo, bonita sonrisa.

Caminé lento, pensamientos comenzaron a bombardearme hablaban al mismo tiempo y no lograba entenderme, mi corazón estaba intranquilo, ver a esa mujer me dejó helada, con una sensación de que algo malo sucedería. Me froté los brazos para hacerme un poco de calor.

«¿Dónde la he visto?»

De la infancia puede ser... No, es más cercano ¿de la universidad o...?

No... debo estarla confundiendo.

Aceleré mis pasos a la cafetería, dentro estaba calientito, entras y te cubre un manto de calidez, en una esquina se encuentra un molino donde echan el café recién tostado, por lo tanto, ni siquiera necesitas beber para despertar, el simple aroma es más que suficiente. El retortijón del vientre disminuyó. Traté de enfocarme en el menú, pues mi mente ya estaba disparatándose con mil bombas nucleares de palabras, las cuales caían al mismo tiempo y no entendía nada.

—Lucas ¡Qué tal! ¿cómo estás? Siempre es una delicia entrar acá —dije, tratando de gesticular una sonrisa y quitar mi rostro tenebroso.

—Todo bien ahora que comienza a chispear, ya veía a los árboles muy secos.

—También estaba angustiada, ahora ya se siente verano.

—¿Te doy lo mismo? —preguntó sin regresarme a ver, estaba concentrado colocando la espuma de un capuchino. Lucas era tan perfeccionista con su manera de servir, eso me agradaba de venir acá, pues cuando el día había es hastiante, una taza impecablemente servida para mí hacía que me sintiera abrazada.

—Sí, por favor, un café con chocolate blanco, canela y ponle extra dosis de café ¡Ah! y quiero un pan, de ese que está allí ¿qué es? — señalé la vitrina.

—Cemita —sacó aquel pan circular de la vitrina.

—Nunca lo había visto, pero hoy estoy curiosa, quiero una rebanada.

—Sí, recién fui a mi pueblo, Chilpancingo y decidí traer unos a ver qué tal, al parecer están funcionando, eran seis esta mañana, este que ves es el último —Lucas me dio la rebanada triangular en una servilleta. Olía muy bien, como si recién lo hubiesen horneado. Le di un mordisco, tenía un relleno viscoso y dulce el cual no me gustó mucho, era inusual, pero no era tan malo.

—Listo, Emilia, tu bebida —Sonrió, pero a los segundos comenzó a inspeccionarme y añadió—: ¿En serio estás bien?

—Sí, cansada solamente ¿por qué habría de estar mal? —apreté los labios. Di un sorbo rápido el cual me quemó la lengua y ambos comenzamos a reír—. ¡Ah! Pero quieres matarme ¡Está hirviendo!

—Al menos ríes ahora —dispuso.

—Me voy, Lucas, ten bonita noche —me hizo un gesto de despedida y salí de la cafetería.

La lluvia había comenzado a arreciar, era como si el clima me dijese que sonriese. Y trataba, pero en mi pecho había una especie de tormenta, donde golpeaba la peor ola de la historia, había un reposo de algunos minutos en total paz, pero después volvía a angustiarme de decenas de cosas, aunque todas con el mismo rostro: Daniel.

Tomé el primer taxi que pasó desocupado.

—Buenas noches, a la Colonia Girasoles III, Coyoacán, por favor —el taxista asentó con la cabeza viéndome del retrovisor.

«Qué mal educado, ni siquiera me contestó el saludo, bueno, vendría cansado tal vez... ¡pero también lo estoy yo! No hay excusas para la mala educación».

Saqué el cartel y lo desdoblé con una sola mano.

"Daniela Martiné, escritora mexicana, reside actualmente en Madrid, regresa a México después de diez años a presentar su nuevo libro..."

Las letras siguientes se habían arruinado un poco por el agua, eran ilegibles. Pero tengo derecho a imaginar. Mmmm... una mexicana que abandonó su país para irse a hacer famosa a otro lado, estupendo, ahora vuelve como si nada a dar una lectura al teatro. Al pie de la fotografía, borrosamente podía descifrar un texto:

*¿Quién le dice al ave dónde aterrizar
cuando llega el otoño?
Así hemos sido nosotros,
pájaros que emigran cuando las hojas caen
y los vientos anuncian el pronto invierno,
nos perdimos en el vuelo,
nos perdimos a nosotros,
¿Dónde nos encontraremos, amor?
¿Recordarás tú el sitio donde nos conocimos?
Allí te veré,
allí te esperaré.*

*Vuela, pequeña gaviota,
vuela y conoce el mundo,
para que al final decidas a dónde quieres volver.*

Mis manos temblaron al leer ese pequeño fragmento, era malísimo. ¿Aves? ¿volar por el mundo? ¿Para qué quieres volver a un sitio si tus alas pueden llevarte a donde sea? De ser ave creo que nunca volvería a ningún lado, siempre buscaría un sitio nuevo, el mundo es inmenso, no creo que una vida baste para conocerlo por completo. ¿Por qué es tan famosa? ¿por hablar de dolor? ¿por qué la gente quiere leer esto? En mi consultorio se respira el vivo infierno y no es como que quiera escuchar todos esos alaridos al dormir. ¿Este tipo de cosas serán desde la imaginación? O sea ¿Sentirá en verdad todo ese dolor?

Aunque... el rostro sí que va de acuerdo con su poema. Aunque la fotografía era un tanto borrosa, el semblante era triste, no se veían sus ojos porque su mirada estaba dirigida hacia el libro que tenía entre sus manos. Se parece a... no... no, no se parecen. Me mordí los labios, otra vez llegó aquel remolino que estropeaba mis entrañas.

Apuñé el cartel y lo guardé en el bolsillo de mi suéter.

Me bajé del taxi, dejé su asiento lleno de moronitas de la dichosa cemita guerrerense, el pan era bueno, pero le cambiaría el relleno por queso o por nada, sin relleno estaría lindísimo.

—Daniel, ya llegué —dije al colgar mi saco en el perchero. Todo estaba silencioso. El cuarto de pinturas estaba con las luces apagadas. Subí a la recámara, Daniel estaba completamente dormido, lleno de pintura seca por todos lados hasta en el cabello. Se encontraba boca abajo, con la cara hacia un lado. No quise despertarlo. Solo le di un pequeño beso en la mejilla.

—Te quiero —susurré.

Me desnudé y abrí la regadera. El agua estaba hirviendo, pero me sentía tan exhausta que no me importó mediarla, el vapor le daba descanso a mis músculos. Tenía los hombros tensos. Me froté queriendo masajearme. Tomé un jabón de la repisa, eran pequeños cubos coloridos hechos de frutas y cereales, obsequios que le daban

a Dan sus enloquecidas admiradoras. Me pregunto si sabrán a lo que huelen.... Le di una mordida a uno y fruncí la cara.

—Es asqueroso —reí—, ¡Ay, pero sí estoy loca! —Me enjuagué la lengua, la cual también estaba quemada por el café. Seguí frotándome mientras recordaba que llevaba más de 24 horas sin bañarme.

«Qué vergüenza, no vuelve a pasar».

—¿Con quién ríes? —preguntó Daniel entreabriendo la puerta.

—Ja, ja, ja ¿con quién más? Seguro hay un hombre apuesto y fornido aquí dentro —bromeé—. Mentira, quería probar los jabones estos que parecen pastelitos cuadrados —Daniel abrió el agua del lavabo para cepillarse los dientes—. ¿No vas a bañarte? —dije en un tono meloso haciendo la cortina hacia un lado.

—Más tarde, debo seguir con la pintura, quiero terminarla antes de la boda. De hecho, ni siquiera secará por completo el óleo como me gusta, pero el comprador dice que no importa, me acongoja no poder barnizarla, dice que él lo hará, pero seguro que lo arruinará.

—Bueno, eso qué importa, total ya lo pagó —repliqué.

—Sí importa... no podrá preservarse por años, y... es tan bonita —dijo enternecido.

—Vaya, cuánto la amas —murmuré.

—¿Qué dijiste?

—Nada, que cuánto te aman —ironicé.

—La aman a ella —respondió y escupió en el lavabo. Salió del baño aprisa.

Terminé de ducharme, me dejé la toalla en el cabello y me puse un camisón suelto sin preocuparme por la ropa interior.

Bajé por una jarra de agua. No evité escuchar a Daniel cantando otra vez, para mi sorpresa era la canción extraña que escuché esta mañana.

—¿Quieres agua? —le grité desde la cocina.

—¡Sí! —Serví una pequeña jarra y la llevé. El olor a pintura era duro, pero adictivo. La pintura estaba más avanzada, sí que ha ido rápido.

Esta vez la vi con más detenimiento, el cabello suelto, caoba, echado hacia un lado y cayendo por un hombro, pequeños cabellos

cortos adornando su frente, la nariz pequeña y en forma de lanza. Solo se apreciaba el cuerpo de la cintura hacia arriba, no traía ropa, se cubría los pechos con los brazos en forma de autoabrazo.

Serví su vaso de agua y salí sin decir más.

«¿Podrá ser?»

Saqué el cartel hecho bola en mi suéter. Lo desdoblé como si tuviera algún artículo secreto entre manos, mirando a ambos lados procurando que no viniera Daniel. Vi otra vez a la mujer, el cabello, era idéntico, pero bueno, muchas mujeres son lacias. La nariz... pues es algo común, el... lunar... no sé ve si es un lunar o una mancha de la impresión. Total, la imagen es de mala calidad, puedo estar confundiendo las cosas. No puede ser ella. Es mi estrés, la boda, la pintura, no puedo echarme a los hombros un problema que no hay.

Inhalé profundo. Volví a hacer bola el papel y quise tirarlo esta vez a la basura, pero un piquete en el pecho me detuvo, como si fuese a necesitarlo después. Así que volví a guardarlo en el bolsillo.

Me fui a la habitación y aunque me recosté, no podía cerrar los ojos tranquilamente, mis globos oculares se movían de izquierda a derecha debajo de mis párpados, volvía la fotografía a mi cabeza, pero esta vez moviéndose, mirándome desde mis adentros. «Esa mujer debe ser malísima, me está ahogando y eso que ni la conozco»

Me puse una almohada sobre la cabeza para que ni el destello de luz de la luna tocara mi cara. Hice respiraciones profundas y lentas contando regresivamente desde el diez...

Unas gaviotas revoloteaban por el cielo, danzando un pequeño vals, los árboles se veían secos, el más ligero viento deshojaba las ramas. Había una acera, una banca y en ella una mujer de cabello largo leyendo un libro, llevaba un saco rojo y dentro un vestido negro. No sabía dónde estaba así que quería preguntarle si ella sabía el nombre del sitio. En cuánto escuchó mis pasos doblar el césped, levantó los ojos y como flechas los fijó en los míos, eran grandes y expresivos, repletos de pestañas largas y bajas, me esbozó una sonrisa y me dio el libro que estaba leyendo, era delgado, rígido y de color rojo. Lo sostuve y a pesar de lo pequeño que era, tenía un

gran peso, no podía sostenerlo y lo dejé caer. En cuanto tocó tierra el piso comenzó a agitarse, extendí la mano a aquella mujer, pero a ella no parecía importarle que el piso estaba crujiendo.

—¡Emily! ¡Emily! —Alguien gritaba—, ¡Emily! ¡Despierta!

—¿Qué? —tenía los ojos tan cansados y adheridos que apenas y podía abrirlos.

—Ven —Daniel me cargó y me bajó a la puerta. Estaba temblando, me sentía desorientada, en mi cabeza seguía la imagen de esa mujer y por otra parte se me revolvía el estómago del movimiento y a parte los zangoloteos de Dan.

Nos quedamos al pie de la puerta principal. Los postes de luz se mecían de un lado a otro, de pronto todos se apagaron. Se fue la luz de toda la cuadra. Me abracé a Daniel, él me miraba con serenidad como si no estuviese sucediendo el fin del mundo afuera. Después de algunos segundos todo cesó, él me bajó y comencé a reír.

—¡Qué susto! —troné. Mire a ambos lados, al menos ninguna pared tenía cuarteaduras.

—Pensé que sería mucho más fuerte, lo bueno que no pasó más y espero no haya replicas, pero ve a dormir, cualquier cosa iré por ti —cerró la puerta y me dio un abrazo. Me besó la frente. Reposé mi cara en su pecho desnudo. Se sentía caliente, le besé.

—Trata de dormir, amor, no vayas a enfermarte, te desvelas mucho —Le dije alzando el rostro, buscando su mirada.

—No me pasa nada —bromeó—. Soy un roble.

—Por favor —susurré. Él bajó la cabeza y me mordió el labio. Me abalancé a él y como pluma me cargó hasta el dormitorio, mis piernas las entrelacé a su torso. Me dejó caer en la mano, y lo traje hacía mí—. Duerme conmigo —le susurré al oído, dándole un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja, él respiró agitado, sus manos temblaron sobre mi cintura, intentó subirlas hacia mi pecho y yo lo deseaba con todas mis fuerzas, sentía su pelvis hirviendo sobre mí, pero se detuvo, y se recostó hacia un lado. Extendió su brazo y me acurruqué en él.

Él siempre ha tenido miedo a tocarme debajo de la ropa, tiembla y se detiene. Me ha dicho que quiere esperar a la noche de bodas, hacer las cosas bien, aunque ya hemos roto las reglas demasiado.

Hacía frío, los árboles golpeaban la ventana por la ventisca. Comencé a tararear una canción, poco a poco sentí cómo los músculos de Daniel perdieron su tono y quedó dormido. También traté de dormir, pero la pesadilla volvía como bucle.

A la mañana siguiente, me desperté temprano, desenredé mi cabello rebelde y me vestí. Daniel estaba a lado de mí, salí de la cama sin hacer mucho movimiento. Bajé a la puerta y recogí el correo: Una carta de Rafael Coronel. La abrí porque me comía la curiosidad, lo estaba invitando a su exposición de pinturas la próxima semana en Cuernavaca, Morelos. Fernando García lo invitaba a un viaje para reunirse con Débora Arango en Colombia y trabajar en un mural afuera de las principales instalaciones de Salud del país. Daniel recibía semana a semana decenas de cartas de distintos colegas, para fiestas, participación en exposiciones, colaboraciones, reuniones, políticos pidiendo murales para sus campañas, un sin fin de distintas actividades que sé le ayudarían a impulsar todavía más su carrera. Él siempre es tan hermético, se cierra a todas esas cuestiones, ni siquiera les responde para decirles un "no, gracias". Cómo deseo que un día salga de su cueva y se dé una oportunidad, sí aquí enjaulado ha alcanzado mucho, no quiero pensar lo que sería si recorriese el mundo.

Dejé la correspondencia en la mesa, estratégicamente posicionada para que en cuanto se sentará la tomara.

Herví café en una olla junto con dos ramitas de canela y azúcar morena. Cada tanto de reojo miraba mi saco queriendo sacar el cartel, esperando que el rostro fuese diferente, o que hubiese imaginado lo que creí ver allí. Trataba de pensar en otros asuntos, los pacientes de hoy, quizás la cena, podría preparar pollo al horno, pero en todos mis planes se interponía esa imagen demoniaca. Tenía que verla otra vez o no podría estar en paz. Fui al suéter y desdoblé el volante. No, no había cambiado el rostro, estaba en la misma posición ridícula como la que no se da cuenta que le toman la foto. ¿Por qué no miraste la tonta cámara, mujer? Regresé a ver al cuadro de la sala, mi peor enemiga estaba ahí con el semblante más burlón que de costumbre, como si no supiese que quiero quemarla, no sin antes desollar la costra de pintura pensando que le duele. Puse el

cartel a un lado de él tratando de hacer una comparativa, ambas usaban el cabello largo, pero eso no es raro, cualquiera podría usarlo así, las cejas eran pobladas y oscuras, de los tonos de la piel no podía apreciar, puesto que el cartel era en tonos grises. Sus manos, delgadas y dedos largos, igual que la Daniela, la forma de los labios con el arco de cupido pronunciado. Sentía pequeñas gotitas de sudor frío resbalarme por la nuca, «no, no puede ser» Veía a una y a otra, a una y a otra, no son la misma, no, es coincidencia... la parte temporal derecha del cráneo comenzó a punzarme, abarcándome hasta el párpado del mismo lado.

El flequillo... peinado también al mismo lado ¿Podrá ser cierto?

Escuché los pasos fuertes de Dan acercarse velozmente y guardé rápidamente el cartel.

—¡Hey! Mi morenita, ¿Ya despierta? —se alegró al ver la tetera al fuego.

—Sí, esta vez no... no quiero llegar tarde— tartamudeé, me sentía aún con la adrenalina recorriendo mis torrentes.

—¿Está todo bien? —inquirió con extrañeza—. Te noto rara.

—Sí, sí, todo bien ¡Ah! por cierto, allí está tu correo, léelo, hay buenas invitaciones —me recogí el cabello en un chonguito sujetándolo con un pasador que tomé en la barra.

—¡Dah! Pueden esperar, viejos recatados —Tomó la tetera y se sirvió el café. Le dio un sorbo y se acercó a mi cuello para soplarme su aliento caliente, era una costumbre que solía hacer pues le divertía ver como se erizaba mi piel de inmediato. Moví la cabeza a ambos lados. Solté una risilla. Él me tomó por la cintura y yo me recargué contra él. Comenzó a besarme la nuca y le llevé sus manos hasta a mi cabello indicándole que me acariciara.

—Hueles delicioso —masculló.

—Deberías pintar con alguno de tus colegas, aceptar un correo por lo menos, podrían atraer más público, quizás te inviten a otros lados, no sé, tu carrera iría en expansión, no le dejes todo lo bueno a Rufino, siempre termina quedándose los grandes espacios y...

—Que los disfrute, los necesita más que yo —Me soltó y se sentó a la mesa mirando con desagrado las cartas. Se cruzó de brazos con enfado—. Sé por qué dices esto —musitó.

—Daniel, cariño, te prometo que lo que diré no tiene nada que ver con Espejo, dicho esto, escúchame —me senté frente a él—. me encanta tu trabajo, tus pinturas, todo, y sé que a todo el mundo le fascinan, pero debes subir más escalones, hay todo un mundo allá afuera esperándote, murales esperando que el gran Daniel Gastón los acaricie, sería una pena que solo Espejo y yo disfrutemos de esos dedos, claro en el buen sentido, sabes de lo que hablo —El ceño fruncido de Danny poco a poco fue relajándose. Tomó mi rostro entre ambas manos y me dio beso suave, sus labios eran dulces y acolchonados como malvaviscos rosados.

—Lo pensaré —me dijo al oído.

Se dirigió a su cuarto de pinturas y cerró la puerta.

—Tú y yo tenemos mucho que hablar, espejito del mal —señalé retadoramente con el índice a la pintura nefasta de la sala—. No vas a acabar conmigo ni con mi estabilidad ni mi poca salud mental —añadí.

Piqué fruta fresca, sandía, melón y fresas para comerlas más tarde en el trabajo.

Salí deprisa, Don Juan ya estaba afuera. Me ruboricé de vergüenza por haberle plantado ayer.

—Juan ¡Qué gusto! —saludé.

—Señorita, se le durmió el gallo ayer.

—Sí, no me sentía bien, perdóneme por no mandar a nadie a avisarle, estoy muy apenada —me encogí de hombros.

—Descuide, a todos nos pasa.

Juan encendió la radio, estaba algo desintonizada, pero se lograba escuchar un poco el noticiero. Hablaban del temblor de anoche, no hubo daños ni pérdidas, ¡Bendito Dios! Veía los edificios de la ciudad un tanto viejos y deladeados, «un temblor más fuerte y será una catástrofe».

"En otras noticias: Daniela Martiné nos visita desde Madrid, hace diez años que no se pasea por las calles de la ciudad, esperemos se sienta abrazada en esta, su casa..."

—Uff... cómo hablan de esa mujer ¿no? —Le dije al chofer.

—Sí, su cara está por todos los postes —señaló el poste próximo.

—Medio rostro, porque ni se le ve —respingué. Moví el botón de los canales de radio para buscar alguna otra estación.

—¡Ja!, Sí, sí —toció—, pero tiene estilo la damita, ayer estuvieron leyendo sus poemas en el programa de radio ¡Oh! Estoy pensando ir a escu...

—Sí, sí, Don Juan... hasta mañana —le dejé el dinero en su guantera y salí deprisa, faltaban dos cuerdas, pero ya no quería seguir escuchando más lisonjas hacia aquella bruja, me escocían las orejas.

Diana había llegado más temprano que yo, ya había abierto el consultorio. De la ventana veía como limpiaba los pisos.

—Dianita, buenos días —me alegré.

—Emilia, llegas temprano —soltó el limpiador para saludarme. Su estatura más baja que la mía siempre hacía que se esforzara por ponerse en puntas y abrazarme.

—¿Y bien? ¿Cuántas citas hoy? —pregunté.

—Seis.

—Excelente, ya me cambio —En el vestidor le di mordiscos a mi fruta. Estaba deliciosa, de alguna manera las fresas siempre me sabían a los labios de Daniel, tan dulces, ácidos a veces y rojizos, morderles siempre ha sido una explosión para mí.

Doblé el suéter para meterlo al locker y mis pensamientos felices se vieron apagados al recordar el objeto satánico que estaba en el bolsillo. Con temblor abrí el volante, ya estaba por romperse de tantos malos dobles.

—Daniela, no puedes ser espejo, Espejo no puede ser tú porque espejo es Daniel, y Daniel... espera —fue como si el big bang hubiese estallado en mi cabeza—. ¿Daniel, Daniela? ¿Qué carajo? A ver, Espejo es Daniel, y Daniel se parece a Espejo, pero Espejo se parece a Daniela y ambos son Danieles... Desgraciada ¿estás jugando conmigo? ¡Por qué me haces esto! —estaba a punto de romper el volante y degollarla de manera figurada.

—Emilia ¿con quién hablas? —entró Diana al vestidor, me miró arrugando su frente y tensando los labios—. Me preocupas —se llevó las manos a la cadera y notó el volante que traía en las manos.

—¿Has leído a Daniela Martíné? —sonreí nerviosa, tratando de ocultar mi cólera.

—¿Quién?

—Daniela Martíné, la escritora, la chica que estará en el teatro la semana que viene —me mordí el labio.

—No sé de quién me hablas —hizo un puchero.

—Diana, pero si esta en todas las paredes, hay carteles aquí afuera también —no me percaté si en verdad había, pero es más que seguro.

—Aaaaaah, la escritora, sí, sí, ya los vi. ¿Quieres ir a verla? ¿Desde cuando lees? —levantó una ceja y volvió a hacer aquel puchero extraño.

—No, bueno, sí, la verdad no, es decir, leo poco, pero creo que me gustaría ir, no tengo nada qué hacer el viernes ¿y tú?

—Pues vamos, ese día le toca guardia a Sebastián u puedo dejar a Mateo con mi mamá —se encogió de hombros.

—¿Sí? ¿Irías conmigo? Está bien ¿Qué ropa se usa para esos eventos?

—No sé, con todo te ves bien, tienes vestidos muy bonitos, la pregunta es qué cosa me voy a poner yo, tengo un vestido café que no me he puesto, sí... ese ¡Eh! Tal vez allá encuentre al amor de mi vida —sonrió con picardía.

—Diana, ya estás casada.

—Owww... lo olvidé —frunció las cejas.

El trabajo del día no fue pesado, adoro cuando los pacientes cooperan y entienden que no hay nada que temer, sí, hay procedimientos que duelen, pero el beneficio es mayor a cualquier dolor que pudiese traer una complicación futura.

Terminamos antes de que dieran las siete de la tarde. Me sentía nerviosa, llena de dudas, pero algo dentro de mí me decía que todo estaría bien, solamente sería una locura y al final una aventura sin sentido de la cuál me estaré riendo en navidad.

—Entonces ¿Si vas conmigo al evento? —Le pregunté a Diana.

—Sí, guapa, sí, ¿por qué tan entusiasmada por ir? ¿De cuando acá lees algo que no sea odontología? ¡Me preocupas, chica! ¿Estás tomando algo nuevo? ¿anfetaminas? Dime la verdad, te veo más

delgada —Me tomó de la mano, tratando de que le confesara algo. Aunque creo que el consumo de alguna droga en este caso sería lo más sano si confieso lo que en verdad está pasando.

—Amm... bueno, me atrapaste, me gusta la poesía, es todo... me daba un poco de pena contar este gusto secreto y quiero escuchar a alguien recitarla, tengo un corazón sensible, Dianita, no me juzgues por eso —mentí.

—Mmm... por favor, yo tengo gustos peores, lo sabes, no entiendo por qué eso sería motivo de vergüenza, pero adelante, ya sabes que a donde vayas yo voy, sirve y cultivo más este cerebritito —entrecerró los ojos y asintió con la cabeza.

...

capítulo 6: ¿Quién es ella?

...

Se llegó el día, la chica de la radio del programa del clima predecía una gran tormenta eléctrica que azotaría la ciudad, por un momento me alegré, pues pensé que posiblemente se cancelaría el evento. Tormenta o no, no me doy el lujo de descansar. Así que me fui al consultorio, ni siquiera desayuné nada, Daniel había capeado pan con huevo y solo el olor me revolvió el estómago, más cuando lo vi echarle miel y sal.

—Dianita, me alegra verte —llegó veinte minutos tarde, jadeando por venir corriendo, me dio risa que en la mano traía un paraguas, aunque todavía no se asomaban si quiera las nubes de tormenta.

—Perdón, no hallaba el tonto vestido café que te comenté, así que hice un desmadrito en mi recámara, pero encontré algo mejor iya verás más tarde!

—¡Ja! Diana, es solo un recital...

—Que puede estar el amor de mi vida ¿no entiendes? No puedo dejar que me vea en fachas. Tú como ya lo encontraste —bufoneó.

—¿Sebastián no es el amor de tu vida? —inquirí.

—¡Ay, Emilia! Sí, un cincuenta por ciento —dijo dudosa.

Decidí no incomodarla más.

Para mi sorpresa esas horas pasaron rápido a diferencia del resto de la semana. Cerramos a las cinco para que nos diera tiempo ir al recital.

Nos arreglamos dentro del consultorio, ni ella ni yo teníamos idea de cómo se debe uno de vestir para esos sitios, si formal, casual o un tanto más elegante. Opté por una falda lisa color negro con lunares blancos, la cual me llegaba hasta las rodillas, un tanto elegante, pero a la vez atrevida, acompañado de una camisa blanca de manga tres cuartos color blanca, me rodeé con una mascarada a

juego con la falda. En cambio Diana llevaba una falda tableada color vino y unas plataformas del mismo tono. Nos pintamos los labios con el mismo labial color terracota, también tomé un poco para colearme las mejillas que hacía buen juego con mi piel apiñonada. Esponjé un poco mi cabello con algo de laca por detrás, con ambas manos hice presión para marcar las ondas naturales del mismo, y el fleco lo acomodé con unas orquillas a los lados. Me observé de perfil, hace tiempo que no cortaba mi cabello, ya me llegaba a la cintura.

—vámonos, mujer, se hace tarde —vociferó Diana desde la puerta principal, pero no podía dejar de verme al espejo, sentía que no estaba a gusto con mi apariencia, es como si todo por separado luciera bien, más en conjunto todo fuera un desastre.

...

—Listo, vamos —la tomé del brazo.

Salimos del consultorio como todas unas estrellas de cine, me repetía a mí misma que todo estaría bien, y, sobre todo, trataba de actuar por Diana quien no sabía nada y ella inocente cree que en verdad solo vamos a escuchar un recital.

—¿Compraremos algo de comer? —preguntó al ver un puesto de golosinas.

—¿Qué?

—Sí, pues sino ¿qué haremos aparte de escuchar? No podré estar toda quietecita, espera, quiero algo —compró algunos dulces en el puesto. Yo sentía el sabor a bilis pasearse por mi garganta, lo que menos quería ahora era masticar algo.

Afuera del teatro había una fila larguísima, decenas de personas esperando pasar, la gran mayoría llevaba ya en sus manos libros de la autora, incluso había uno que apenas y podía cargar los siete ejemplares con ambas manos. Esperé encontrar gente joven, pero para mi sorpresa había de todas las edades, abundaban los de veinticinco y treinta, claro está, pero me llamaba la atención las personas de setenta, ochenta años que lucían un rostro emotivo, esperando pasar al evento. Una mujer canosa de quizá ochenta y dos años recitaba en voz alta a sus amigas de la misma edad:

*"Yo sé que no moriré de amor,
pero déjame pretender que sí,*

*no me digas que no lo vale,
porque lo valió todo.*

*Lloro porque me abstendré de verle,
porque me daré golpes a los pies
cuando se desvíen a su dirección.*

*Temblaré cuando le nombren
y me crujirán las cervicales cuando de mis labios pronuncie un
«no lo conozco»*

no explicaré que fue sueño y pesadilla en un solo día.

*Déjame quererle hasta que termine el invierno,
aunque en primavera te diga que me esperes un poco,
y en verano te platique que me es imposible,
pero que en otoño por fin le suelto.*

*Escribiré en cada melancolía,
y la leeré cuando no duela
para rescatar los fragmentos dignos de recitar,
solo así sé querer,
y no conozco otra forma de olvidar"*

Aplaudieron con entusiasmo, otras se secaban las lágrimas con un paño. Mi piel se encontraba erizada, no sé si por el poema, la voz de la anciana o por el aroma a melancolía. ¡idios! Varias de ellas deben estar atravesando enfermedades cardiovasculares y en lugar de no sé, ir a la playa o a algún sitio a observar un paisaje ¿prefieren venir a llorar por gusto? ¿Y si les da un infarto dentro? Esto es como un mortuorio, solo que todos con colores vistosos y perfumes costosos...

«perfume... ¡Olvidé ponerme perfume!»

—Diana ¿Traerás loción en tu bolsa? —le di un golpecito con el codillo. Ella estaba enternecida mirando a aquellas ancianas—. ¡Diana! —volví a llamarle.

—No, lo siento... lo dejé en el locker, pero —olisqueó—. No hueles mal.

—No es por eso,, solo que, me da cierta seguridad venir oliendo rico —me encogí de hombros.

La fila comenzó a avanzar tan pronto abrieron la puerta del teatro.

Nunca había entrado a este sitio, estaba tapizado en alfombra herrumbrosa, con paredes oscuras y candelabros dorados que titilaban luces cálidas.

Todos iban a sus asientos en silencio y si alguien emitía alguna palabra se escuchaba ese *Shh...* lo cual era extraño pues aún no levantaban los telones. Mmmm... no sé, deben ser seres sumamente ascendidos que creen que el ruido les descompondrá parte de sus neuronas.

Mis piernas estaban inquietas, comencé a comerme las uñas mientras observaba el escenario, cada que veía que las cortinas se me cortaba la respiración.

Diana sacó unos cacahuates de su bolsa, en cuanto se escuchó el ruido de la envoltura volvió ese *Shh...*

—qué delicaditos —musitó Diana. Le robé uno, sabía a sal y a limón, lo mastiqué lentamente, me costó tragarlo.

Poco a poco hicieron más tenues las luces y con suavidad abrieron los telones. Estaba algo lejos, pero podría ver con claridad.

...

...

Allí estaba... esa vieja espeluznante, vestida toda de negro como pesadilla, llevaba un pantalón ajustado y un suéter de cuello de tortuga, lo primero que vi fueron esas manos, los dedos largos y las uñas barnizadas de rojo sangre. Miraba hacia abajo, tal y como en las fotografías de los volantes, parecía que ni le interesaba el público, pues actuaba como si no hubiese nadie, solo ella en ese sillón y leyendo su propio libro. Hacía un jugueteo con los labios sin levantar la mirada... no era una mancha lo que había en la impresión, sí, tenía un lunar cerca de las comisuras.

Buscó una página y al encontrarla, levantó el rostro.

—¡MADRE MÍA! —Grité de manera espontánea.

—*Shhh.... Sh....* —Comenzaron a hacer el sonido de silencio en la sala. Yo estaba con las manos tapándome la boca.

—¿Qué te pasa? —Susurró Diana.

—No-no... no... nada... —dije con la voz entrecortada.

Sus ojos, los ojos, son ellos, los mismos, era ella ¡Era Espejo! Me sentía en el peor ritual satánico de la historia viendo como un cuadro

inanimado de repente había cobrado vida. Pero ¿cómo? debe ser un error, coincidencia, quizás, quizás, no sé, debe haber cientos de mujeres iguales o... como las modelos, todas se parecen al final, las mismas facciones y estilo de maquillaje...

—Me presento, soy Daniela Martíné, Orgullosamente mexicana... —Esbozó una sonrisa. Y no era algo nuevo, yo ya la había visto sonreír cientos de veces formándosele los mismos pliegues en las mejillas, le conocía hasta los dientes, la lengua y hasta lo que no se debe conocer—. Me siento muy feliz de haber vuelto, no tienen idea de cómo extrañaba la ciudad y está más preciosa de lo que recuerdo... —Sus labios se movían junto con aquel lunar. Dejé de escuchar su voz y me centré en todas sus facciones. Ella era un Daniel, se parecían tanto, su rostro afilado, la forma de la punta de la nariz y el pequeño hoyuelo debajo del labio inferior, eran como hermanos, no gemelos, pero tal vez primos, tenían algo que no me sé explicar.

Escuché a todos aplaudir, no entendí nada porque no escuché lo que dijo, solo la miraba de arriba abajo como hombre libidinoso, aunque sin esa intención, pero si ella es Espejo, entonces sé hasta la forma que tienen debajo de toda esa ropa.

Se acomodó su cabello detrás de las orejas. Idénticas a los malditos cuadros. La inspeccionaba queriendo encontrar algo que no fuese como en las pinturas, pero nada había diferente. Nuevamente todos aplaudieron y yo seguía sin escucharle. Diana se sonó la nariz con un pañuelo y volteé enseguida.

—¿Estás llorando? —Dije extrañada.

—Es maravillosa ¿cómo no la conocí antes? —pronunció con voz melancólica—, ¿no entendiste? Dios mío, ella habla desde mi corazón, ella me conoce, amiga.

—No seas ridícula —le contesté, poniendo los ojos en blanco y haciendo un mohín.

Daniela bajaba mucho la mirada, y al pasar la página le temblaban los dedos como si tuviera miedo, se supone que deben estar más que acostumbrados a estas cosas, convivir con gente, firmar libros, responder entrevistas y... recordé a Daniel. Él también lo es.

*«Tus silencios...
los malditos silencios,
como rea sentenciada a muerte,
así eran tus silencios,
inyección letal en mi vena,
silla eléctrica calcinando mi cuerpo,
¿qué hice mal?
Corazón humano ¿cuándo te hiciste de piedra?
Lanzaste tu última flecha desde tu boca,
pero tus ojos te imploraban no hacerlo,
¿por qué me has herido, amor?
¿por qué me has herido?
¿qué labios probaste?
¿qué pieles tocaste?
¿qué guardaban tus pestañas, amor, que no me mirabas?
Ejecutaste tu golpe final
sin ver a tu víctima,
cobarde,
mil veces cobarde,
si vas a disparar,
mírale antes y como villano de libreto,
confiésale por qué lo haces»*

Daniela derramó una lágrima al terminar la última frase y un silencio se hizo en la sala. Veintitrés señoras se levantaron mientras muchos otros se llevaban a la cara los pañuelos. Sentía mi rostro hirviendo, no quería parpadear, estaba luchando con la gravedad que iba a traicionarme, mire hacía abajo y vi las gotas en mi vestido. Diana me extendió una servilleta, aunque no quise tomarla. «¿Quién le hizo daño a esa mujer?» debe ser actuación del recital, quiero pensar ¿para qué expondría sus sentimientos ante un montón de desconocidos? ¡Bah! Ella vive de esto y es su trabajo hacer llorar a todas estas almas para incentivar que compren sus libros, es obvio el porqué.

—¿Estás bien, Emily? —me preguntó Diana.

—¡Bah! Sí, sí, me conmovió un poco, es todo. Qué necesidad hay de hacer llorar a la gente ¿no? —me tallé los ojos con brusquedad.

—Fue bonito, un amor que se va sin decir la razón —Diana suspiró.

—¿Sí? Es decir, todo trataba de una persona que se fue sin decirle ninguna razón, tiene sentido ¡Ah! Sí, por eso esa referencia de mirar a la cara a su víctima antes de disparar, vaya, vaya. ¡Qué loco es todo esto! —comencé a carcajear.

—Qué irreverente... —susurró una señora detrás de mí.

—Emily, habla más bajito —musitó Diana.

—¿Qué? Pues qué tiene, no estamos en un velorio, por favor, no tienen por qué estar todos con esa cara de angustia y desolación, hasta me hacen creer que esa Daniela les hace daño, deberían buscar otra cosa más emotiva que les ayude a salir adelante, aquí solo es lamento y depresión colectiva, ¡en fin! ya pagamos la entrada ahora nos esperamos —Diana me dio su bolsita de cacahuates. Seguro fue un "cállate". Hizo un puchero al verme. Al parecer ella sí lo estaba disfrutando.

—Qué rara estás —masculó.

Trataba de comerlos despacio y pensar otras cosas, en los pacientes de la siguiente semana, en mi vestido de boda que debo ir a medirme en unos días, la prueba del peinado, ¡aaaah! ¿cómo me peinaré? Me gustaría el cabello suelto y un poco de ondas o ¿tal vez recogido y un pequeño moño? Ya lo tengo lo suficientemente largo, quizás un nuevo corte. Quiero verme hermosa ese día, seguro saldremos en los periódicos. "Emilia de Gastón" en primera plana por todas partes, llenos de felicitaciones y regalos. Él sabe que miles de mujeres lo amarían por lo que tiene, pero conmigo es distinto, yo no amo al pintor ni al joven famoso, amo a Daniel el introvertido, aquel que detesta el sabor a la leche y ronca como si se hubiese comido el motor del primer coche de la historia, si él se quedara sin nada, yo ahí seguiría.

Divagué todo lo que quedó del evento para no tener que escuchar su voz infernal. Me terminé las uñas y entonces seguí mordiendo los pequeños pliegues de los dedos.

Diana me movió el brazo indicándome que aplaudiéramos, por fin había acabado. Personas se paraban de su asiento con la cara

hinchada, mirándola como si no hubiese otra persona en la tierra capaz de entenderlos.

Cerca de la entrada, se colocaron tres personas en una mesa con toda la colección de libros de la autora, los asistentes pasaban a comprar, también había postales con frases que servían para ser firmados.

Había quienes despilfarraban todo su sueldo comprando de dos a tres colecciones enteras, aquí lo sorprendente es que esa mujer hubiera escrito tantos, parecía tan joven, no debe pasar de treinta años, al parecer tampoco es casada, ni tiempo debe darle, debe estar todo el día pegada a la pluma.

—Emily ¿qué libro te parece más interesante? —Diana levantó dos libros de la mesa.

—¿Por qué o qué? —me extrañé.

—¡Ash! Pues para comprarlo, quiero que lo firme la autora, ya estoy aquí ni modo que desaproveche. Anda dime cuál o... ¡Ya sé! Tú compra uno y yo otro ¡Anda! ¿Sí? —frunció los labios, junto ambas manos en señal de súplica.

Me acerqué a la mesa, todos los libros estaban acomodados por orden alfabético, unos más gruesos que otros, forrados en pasta dura y serigrafiados en dorado y plateado.

Tomé uno que robó mi atención, era color negro, revestido en tela mate, titulado *corazón de acuarela* «¿Acuarela?» Debe ser una broma. Abrí la primera página y leí:

"Sigo tratando de resignarme a la muerte de alguien que sigue con vida"

Diana hojeaba un libro azul que llevaba la imagen de un ave en dorado, titulado *Nidos en la garganta*.

—¡Ah! Ya escogiste ¡Perfecto! Nos llevamos estos dos, señor —comunicó Diana al hombre que tenía la caja de monedas. Sostuve el libro, que, aunque quizás pesaba doscientos gramos, en ese momento, para mí tenía el peso del mundo...

«como en mi sueño»

Conforme más avanzaba la fila, también avanzaba la bilis subiendo por mi esófago. La tripa se me retorció como si dentro un montón de niños jugaran el tira y afloja.

Cada paso hacia adelante me permitía ver a Daniela con mayor claridad y entonces mis dudas se iban esfumando.

«Es ella»

—Me lo prestarás en cuanto lo termines ¿dale? —me susurró Dianita. Yo solo asentí con la cabeza, trataba de no parpadear, pues un cúmulo de lágrimas se juntaban para lanzar desde mi línea de agua—. Escucha esto, Emily, es muy bueno —Diana estaba apunto de recitar la primera página.

—No —interrumpí—. No, por... favor, no quiero escucharlo.

—Pero ¿Qué cosa tienes? Estás bastante extraña el día de hoy ¿Pasó algo con Daniel? Vienes de un genio terrible.

—¿Por qué? ¿acaso todos mis problemas tienen que ver con él? ¿No puedo estar mal por otra cosa? ¿siempre él? —me exasperé. Porque sí, siempre estaba mal por él, por sus secretos, por sus silencios, ¡por su maldita mentira!

—Si quieres ya vámonos, esto es incómodo —torció los labios.

—No.

Era mi turno de pasar, solo quedaba una persona delante de mí, iba a terminar esto, iría allí y le preguntaría ¿conoces a un tal Daniel Gastón? Sí ¿eres la otra o soy yo la otra?

Me temblaban las rodillas tanto como los dedos y los labios y eso me daba vergüenza, pues seguro esta pensaría que soy su admiradora y que me muero de nervios por verla. Apreté el estómago, erguí la columna y me acerqué. Daniela me brindó una mirada alegre donde ligeramente se le cerraron los ojos al sonreírme, sus iris eran una especie de verde, gris, y alrededor de la pupila matices de amarillo «*el girasol*».

Le extendí el libro sin decir una sola palabra.

«*Vamos, Emily, pregunta*»

—¿Qué nombre pongo? —preguntó en un tono un tanto infantil.

—¿Qué? —no entendí.

—Al libro ¿qué nombre pongo en la dedicatoria? —Sus labios rosas salmón se curvaron en una sonrisa, aquel punto oscuro a lado de ellos cintiló—. ¿Estás bien?

—Ah... ah... perdón... Victoria, me llamo Victoria —repuse.

—Un gusto, Victoria. Muchísimas gracias por haber venido, es muy importante para mí.

«importante? Si no me conoce, maldita mentirosa».

—El gusto... —tragué saliva con dificultad—. es mío —Daniela me dio el libro y me extendió la mano para despedirse. Ese movimiento hizo que la estela de su perfume interrumpiera mi aire... vainilla, praliné... no, no. Una capa vidriosa cubrió mis ojos.

—Di-disculpa... ¿Cuál es... tu perfume? —Contuve la respiración. La escritora se sorprendió y volvió a sonreírme.

—poésie de minuit

—gra... gra... cias... —Parpadeé, una lágrima salió de manera espontánea. Me quedé ahí, boquiabierta y sin decir más. Tomé el libro y lo presioné con odio, al darme media vuelta Diana me miró horrorizada. Sentía el corazón roto.

Sí es espejo.

Hice a un lado a todos, quería salir de allí cuanto antes.

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

capítulo 7: Quisiera odiarlo.

...

—Emily ¿Estás bien? —Diana intentó jalarme de un brazo.

—No, no quiero hablar —me zafé con fuerza.

—¿Qué sucede? Por favor, explícame.

—No puedo —aceleré el paso con brusquedad, choqué con todos sin pedir disculpas. Solo escuchaba murmuraciones y todos tenían los ojos sobre nosotras.

Corrí por toda la calle sin ir a ninguna parte, Diana seguía gritándome que me detuviera, pero la dejé atrás, me quité los zapatos y seguí corriendo sin fijarme por dónde iba, me dolía el pecho de una forma indescriptible, quería arrancármelo con las uñas, triturarlo y comerlo, que dejara de lastimarme.

El aire frío hacía que sintiera a mis lágrimas hacerse escarcha en mi rostro. No sé cuántos kilómetros recorrí descalza, tres, seis, ocho, no sé, pero mis pulmones me obligaron a parar. Me sostuve de un poste, inhalaba hondo, sentía que por la boca se me saldrían los intestinos.

Alcé el rostro y ahí estaba otra vez, una foto de ella. Lo arranqué y lo hice pedazos. Espejo ya no solo estaba en mi casa, ahora estaba en todos lados.

Daniel ¿Por qué me mentiste? ¿Quién carajo es ella? Todos estos años viéndolo una y otra vez terminar un jodido cuadro, encerrarse por meses, escuchar sus berrinches al rehusarse a venderlos con un sinfín de excusas, es que ahora entiendo, soy una imbecil. ¡No! ¡Yo no! ¡Yo siempre lo supe! En mi sala tuve a una de sus amantes todo el tiempo. Era obvio, así ton los pintores, dime dijo mi madre, él no sería hombre de una sola, su vida de escaparates, admiración, aplausos y ovación, él no se detendría a amarme, porque no soy una modelo, no soy una escultura, no hay nada en mí que sea especial.

Miré hacia abajo, estaba parada en un charco donde se pudo reflejar mi rostro. Me agaché, mi maquillaje estaba corrido, tenía la cara echa un desastre, debería odiarlo a él, pero me odio a mí. No soy ella, no tengo nada especial, no soy nada.

Me puse en pie, ya era de noche, las calles estaban solitarias y oscuras, caminé con dificultad hasta donde había un poco de luz, los pies ya comenzaban a punzar.

Tomé un taxi, me quité la vergüenza y me quebré en llanto en el asiento trasero. Creo que tenía derecho. La mentira duele, las veces que le pregunté y cínicamente me decía que no tenía de qué preocuparme, que no era nada, no era nadie, no había ningún significado importante, nada que indagar, porque nunca podría tener ojos para nadie que no fuera yo. Idiota, ¡Me dio el maldito perfume que ella usaba! ¿Con qué clase de descarado he dormido todo este tiempo? Ese maldito cuento de "no te tocaré hasta el matrimonio".

Tomé el libro entre mis manos, *Corazón de acuarela*. Me debatía entre si leer o no, tirarlo por la ventana, no indagar, no pedir ni dar explicaciones ¿qué explicación hay ante una mentira? ¿qué puede aminorarla?

—Señorita ¿es aquí? —inquirió el taxista con preocupación.

—Sí —me quedé viendo la puerta, mi casa ya no la sentía mía. Pagué y temblorosamente me bajé, las plantas me quemaban, pero se refrescaban con la acera mojada.

Abrí la puerta y otra vez, lo primero que vi fue a ella, ya no era espejo, ya tenía nombre "Daniela".

Caminé hacia ella.

—Lo has conseguido, maldita bruja, me has destruido, listo, quédatelo, no voy a pelearlo —Sentí odio, ganas de destruirla, rasgarla con mis uñas y que ese acto fuese mi venganza, su cuadro favorito, lo rompería como me está rompiendo a mí.

—¿Emily? ¿qué haces? —Escuché su voz y quise soltarle una bofetada, el rostro mi hirvió, apreté los dientes con furia, quería gritarle que lo odio por ser un monstruo mentiroso.

Le dirigí una mirada llena de resentimiento. Él al verme puso cara de susto, miró mi ropa empapada y llena de tierra por todos los charcos sucios que pisé.

—¿Estás bien? ¿Por qué estás llorando? ¿por qué vienes así? ¿Te sucedió algo? Te... traeré algo, una toalla ¿te pongo el agua caliente? —fingió preocuparse.

—¿Por qué no me pintas a mí, Daniel? ¿Qué me falta? ¿Qué me falta para veas en mí lo que ves en ella?

—¿por qué dices eso? claro que te he pintado, no me digas que nunca ha sido así, el cuadro de la recámara.

—Sí, una vez... y porque yo te lo pedí —No estaba lista para hablar de todo lo que ahora sé. No sabía cómo abordar que pasé la línea que me trazó ¡Debería tener vergüenza él, no yo!

Corrí por las escaleras, entré a la habitación y azoté la puerta, le puse el doble seguro. No quería verlo, no ahora. Me dejé caer al suelo, me llevé las manos al pecho. ¿Qué me faltaba a mí? dios Le he dado todo, no hay nada que le haya restringido, lo he amado cuando ni él se ha querido, en los días donde le abrumba todo y solo quiere llorar sin decir palabras, he estado ahí, y sí, sé que estoy fuera de su mundo y que no sé nada sobre el círculo cromático, colores primarios ni secundarios, no tengo el porte de una dama a la cual presumir en los eventos elegantes, pero soy quien se ha quedado cuando todos se han ido. Soy quien a amado al humano que habita detrás de la careta del famoso pintor. Aunque ahora sé que nada de eso ha sido suficiente.

Mi cuadro estaba aquí, frente a la cama, un cuadro del que nunca se alegró, pues está escondido, en una pared donde ni llegan los rayos de sol. Esa Emily estaba sonriendo, con los ojos más seductores que jamás haya puesto, ese día me había sentido toda una modelo, lo dicen mis mejillas sonrojadas naturalmente. Tonta de mí, que creí que después de eso sería yo lo que viera en sus trabajos, pues se daría cuenta de que también puedo ser bella, pero no, porque no soy Daniela.

Agarré el cuadro y lo azoté en el piso hasta romperlo, los marcos que aún estaban intactos los pise con toda rabia. Con los dedos magullé la tela. Deshice ese rostro iluso de la mujer que ya nunca volverá.

—Emily —Daniel tocó la puerta—. Emily, por favor, sal de ahí, habla conmigo. Habías quedado en ya no discutir por eso, lo

prometiste.

—¡Vete! Daniel ¡Vete! ¡No quiero verte!

—Yo sé que no hablas en serio, solo estás molesta. Por favor, sal, quiero hablarte de algo... —no contesté—. tomé tu consejo, iré mañana a Madrid, acepté uno de los murales que me ofrecieron, estaré con otros pintores ¿no te alegra eso? ¿Emi, me oyes?—Es que es un cínico. ¿Madrid? ¿Por qué a Madrid? Ahora irá hasta su ciudad a pintarla en alguna de esas calles, claro, para que ella lo vea ¡Todo tiene sentido! Me está pisando el corazón y cree que yo no lo sé. «Daniel, quiero odiarte»

—¡Pues vete! —vociferé.

—Morenita, abre esa puerta, por favor, no quiero irme así, dame tu bendición —Él tocó con más fuerza —, no me hagas romper la puerta ¡Emi!

—¡Que te vayas! ¡¿No entiendes?! Déjame en paz —grité. Arrastré el buró y lo coloqué frente a la puerta.

—Sé que no quisiste decir esto, pero está bien, dejaré que se te pase, cuando estés tranquila hablaremos. Te amo —escuché como sus pisadas se alejaron.

¿Te amo? Mentiroso.

Me encontraba allí, en posición fetal, recostada entre los pedazos de mi cuadro, llorándole a las mentiras, llorándole a él, a la traición, a la imposibilidad de odiarlo y que a pesar de todo, lo siguiera amando y deseara con todas mis fuerzas que me escogiera a mí.

Pensé en ese día que lo conocí y no me creí que un hombre como él me estaba sonriendo. Yo siempre quise correr, lo evité a toda costa, pero él se esforzó por entrar en mi corazón hasta que un día no pude sacármelo de la cabeza ¿por qué? ¿por qué me hizo amarlo? ¿Por qué me lastima de esta manera? Nada justifica esto, no tenía derecho, y sí, tal vez me ayudó con mis estudios e hizo su obra de caridad conmigo sacándome de la calle, pero eso no le da derecho a romperme.

Lloré toda la noche hasta que dejaron de salirme lágrimas, pero los músculos de mi cara aún se estrujaban causándome dolor. Tenía la lengua tan seca que se pegaba contra el paladar.

Traté de enderezarme, pero la cabeza la sentía tan pesada como

ebrio cuando se cansa de beber y se deshidrata y por fin decide irse a casa. Miré el techo, perdida, con la mente en blanco, viendo todo girar, no sabía qué hacer, irme, comenzar de nuevo en algún otro lado. Pero ¿Dónde?

Volvió a tocar la puerta.

—Emilia ¿me vas a abrir? —no respondí—, son las seis de la mañana, es hora de irme. Mi vuelo sale a las ocho. No quería irme así, abre por favor, déjame despedirme —seguí guardando silencio, hubiera querido decir adiós, pero tenía la garganta tan lastimada que no pude—. De acuerdo, hablamos cuando vuelva. Te quiero.

Al escuchar que cerró la puerta y dejé percibir sus pasos, calambritos abrazaron mi mediastino. Que vaya a pintar su tonto mural, total, no es sorpresa, ya sabemos qué es lo que hará. Una Daniela más adornando una bella calle de Madrid. Que la busque y sea feliz por siempre y a mí que me dejé en paz. Pude antes sin él, podré ahora, pues mil veces prefiero dormir en la calle en la misma cama que un traidor.

Otra lágrima estaba peleando por salir y no le detuve el paso. Humectó mi mejilla reseca, dejando un camino ígneo.

Cerré los ojos, traté de descansar. Nunca fui una persona que pudiera poner su mente en blanco, así que intentaba hacerme alguna película de mi vida donde nunca lo conocí, pero de alguna forma volvía aparecer y tenía que empezar de nuevo con alguna otra escena. Pensé en una playa, estar en un pequeño velero apreciando la borda y contar cada uno de los peces que se acerca a comer el moho de las orillas. Pero Daniel volvía a irrumpir.

Un día llegó a la casa como a eso de las cinco de la mañana, vestido con ropa holgada, cargando una mochila tipo explorador:

"Vámonos" me dijo de la ventana.

"A dónde?" pregunté.

Con su dedo índice me hizo una señal de silencio. Y sin avisarle a mi madre, nos fuimos a una terminal de autobuses, no me dejó ver los boletos, pero en cuanto habían pasado tres horas ya estaba comenzando a temer. Él se contuvo las ganas de responder todas mis preguntas.

"voltea" me dijo después de casi cuatro horas. Y vi la enorme bahía, habíamos llegado a Acapulco.

Le había dicho que yo no conocía el mar, pues en mi familia salir de viaje era casi imposible, fue un pequeño comentario, algo que no pensé causara relevancia, pero para él fue importante.

La vez que un chico desconocido se acercó a darme una gerbera naranja sin más explicaciones, pensé que le molestaría, pero no, Daniel me miró a los ojos y me dijo "te veo mañana en la casa a las 9:00 am", así, sin más contexto, al otro día él estaba afuera con un gran bulto de tierra y una pala: "Yo no te cortaré una rosa, yo plantaré un jardín para ti", y ahora el pórtico tiene rosas, las cuales están dando botones nuevos todo el año. Él y su tonta leyenda de "cada rosa nueva es como si yo la trajera para ti".

¿Por qué se empeñó en ser el mejor hombre del mundo? ¿cómo se supone que se encuentra el olvido en estos casos? Él lo tiene muy fácil. Puede tener lo que sea y cuando quiera, yo no tengo nada. Me rescató de la torre ¿y para qué? Me hubiera dejado donde estaba, algo hubiera hecho para bajarme, hubiera sufrido, me hubiera quebrado, pero todo hubiera sido mejor que esto.

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

capítulo 8: Resaca emocional

...

—¡EMILY! —Alguien gritaba desde afuera—. ¡EMILY! —lanzaron una piedra a la ventana. Abrí los ojos con dificultad, los sentiré resecos, pero Volví a cerrarlos.

Después una segunda piedra golpeó el cristal y crujió, marcándose una línea serpenteada por todo su espesor.

Era Diana. Me levanté como pude, aun sintiéndome mareada. Esta era la peor resaca jamás. Me tronaron las rodillas por haber estado en la misma posición tantas horas.

Bajé poco a poco y abrí.

—Per... dón, Diana, es que...

—¡Emily! Rompí la ventana ¡Perdón! ¡Es que no abríás! Ya te la pagaré después, pero —miró mi semblante y curveó las cejas—. Mejor dime qué te pasa ¿por qué estás así? Dirás que cómo enfado, pero no pude ni dormir, y dije que ya no iba a hablar del pelafustán de tu prometido, pero es que me preocupas —No dije ninguna palabra, solo sentí otra lágrima escapar por el rabillo del ojo—. Emily... ¿qué tienes? —Diana me llevó hasta el sillón y me sentó, me tomó de la mano—. ¡Emi! Estás herida de los nudillos ¡No me digas que Daniel te golpeó! —echó otro vistazo a mis piernas y también las encontró con ligeras escoriaciones —negué con la cabeza.

—No, mucho peor que eso, a decir verdad —metí las manos a mis bolsillos.

—¡Vamos con la policía! De inmediato, iré a ponerle una demanda a ese mamarracho ¡cómo se atreve! Mira que creí que era raro, pero esto ¡Esto es inaudito! —Se levantó del asiento profiriendo maldiciones.

—No, Diana, detente, escúchame, lo que hizo ni siquiera está penado por la ley.

—No me asustes... ¿Canceló la boda? ¿Es en serio? ¡Me va a por ese bastardo! —vociferó.

—Ojalá... —musité. Bajé la mirada.

—¡Basta, Emily! Habla.

—Ven... —saqué de mi bolsillo aquel retaso de volante—. Sígueme.

Abrí el cuarto de pinturas de Daniel con dificultad, no porque no abriera la puerta, sino porque sería latigearme una vez más.

Encendí las luces. El lugar más siniestro de la casa, cientos de ojos enfocándose, algunos tristes, compadeciéndome y otros mofándose.

—Mira, míralas todas, cada una de ellas, obsérvalas —le señalé.

—No estoy entendiendo.

—Hazlo, dales un vistazo a todas, mira los detalles ¿no te recuerda a alguien? —Diana observó cada cuadro con detenimientos, los bocetos en blanco y negro de las libretas, los bastidores más pequeños y amarillentos, así como los más grandes y barnizados.

—Emilia, así que digamos lista no soy ¿a quién se supone que debe recordarme? Pues me recuerdan a tu marido ¿no? Solo que con chichis y cabello largo, eso me dijiste... o... ¡Dios, no! no me digas... ¿Está pasando lo que con Lili Elbe? Yo sentía que sí, esto se me hacía raro, no quería decirte, pero mira...

—No, Diana, no es eso, toma, observa —le di el volante. Lo desdobló, volvió a mirar las pinturas, el cartel, las pinturas una y otra vez. Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué carajo?! Es... no ¡Jo! ¡Daniela Martiné está en todas las pinturas! ¿Qué? ¿Cómo no me di cuenta antes? —gritó con euforia—. ¡Qué pinche miedo! Pero, óyeme, explícame, esto ¿cuándo lo supiste? —Guardé silencio. No tenía palabras.

—Este enfermo lleva diez años o más haciendo a la misma mona —Recorrió la habitación nuevamente, pero ahora con otros ojos—. Está demente.

No pude evitar volver a llorar. Creí que me había quedado sin lágrimas, pero en este momento yo soy una fábrica de agua potable.

Diana me abrazó.

—Tú no lo sabías ¿verdad? Por eso querías ir, con razón, por ello te fuiste corriendo de esa manera. ¿Le dijiste? ¿Pelearon por eso? — con un pañuelo me secó el rostro.

—¡No pude decirle! Me dio vergüenza, lo vi y no pude, me acobardé.

—Entiendo —Diana me tomó de la mano y me invitó a sentarme —, pero tienen qué hablar de esto, la boda, las invitaciones siguen en pie, ya invitaron a medio mundo ¿cómo les dirán que ya no? Pídele una explicación, alguna debe haber.

—¿Qué explicación? ¿Que ha vivido diez años enamorado de la misma mujer y aún así decidió enamorar a otra? ¡Diana! No hay más explicación.

—Debe haber alguna —soltó un bufido—. Ya me imagino lo que van a decir.

—¡No me importa lo que digan! Ya nada me importa, es obvio, la ama, lo que no entiendo es por qué no la busca y vive feliz con ella ¿por qué hacerme perder el tiempo? O no sé si aún tengan algo, a estas alturas todo puedo esperar. Todos esos poemas de desamor de la ridícula Daniela, es evidente que también es para él. El libro "Corazón de acuarela" Debe ser para él. Danny comenzó su carrera con acuarelas.

—¿Ya lo leíste?

—No, no pude, no quiero leerla, no quiero saber más, vomitaré si lo hago.

—Dámelo, yo lo leeré ¿dónde está?

—Llévatelo, te lo regalo. —Subí a la recámara por él. Lo tomé con temor, ansiaba devorarlo, figurada y literalmente.

Diana fue tras mí.

Tragué saliva con dificultad y lo puse en sus manos.

—Toma un baño, relájate, ponte ropa limpia, llegaremos al fondo de todo esto, mientras iré a hacerte algo de desayunar ¿qué hay en la alacena?

—Debe haber pan, huevo, jamón —esbocé una sonrisa triste.

Esta vez no quería agua hirviendo, sino helada, mi cuerpo ya se calcinaba por sí solo, tenía erosionados los dedos, pues me había

lastimado con el marco del cuadro, estaba llena de pequeñas astillas.

Ojalá todo fuera una pesadilla, despertar y que nada hubiese pasado, que todo siguiera como antes, aunque sea con las pinturas, pero que en verdad solo fuera un personaje. Tal vez sí es buena idea irme, tomo un vuelo a ¿Cancún? Me gustan los lugares con playa, busco un empleo, empiezo de nuevo, conozco más gente, no seré la primera mujer que se va sola a buscar mejor vida, pero...

No puedo. De solo pensarlo me temblaron los huesos.

Tuve miedo, miedo a estar sola, a que la gente se de cuenta que no tengo a nadie. Miedo a no poder salir adelante, a que nadie me respete porque no hay nadie respaldándome.

«mamá, te necesito»

Di un golpe a la pared, llena de ira.

El agua fría había aminorado la migraña que me estaba irritando los cesos.

No escogí mi ropa, no tenía ánimos de combinar un atuendo, solo me vestí. Con dificultad tomé el cepillo para desenredarme un poco.

Diana estaba en la cocina friendo huevos con tiras de jamón, usando el libro como escudo para el aceite.

—¡Atrás, fiera! —bufaba hacia el sartén. Diana era una cosa que te sacaba una risa sí o sí, así estuvieras en un funeral—. Mana... qué bueno que llegas, ya tengo información, Daniela y Daniel se conocieron en la escuela de artes.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—¡Aquí dice! Bueno, en su novela se llaman Alexa y Alex ¿Te das cuenta? Daniel, Daniela, Alex, Alexa ¡Pff! ¿Ya para qué le cambia el nombre? Si todos ya lo sabemos.

—Préstamelo —se lo arrebaté. Apreté los ojos y respiré hondo, preparándome para lo que iba a descubrir...

...

Capítulo 9: Corazón de acuarela I

...

...

Salí del aula, con el estrés pisándome los talones, Tenía que llevar el borrador de algún poema para pulirlo en la siguiente clase, y para mi suerte, el síndrome de la hoja en blanco ya se había apoderado de mí. Buscaba en el cielo, debajo de la cama, entre mis libros y nada, ni una pizca de inspiración, no podía formular ninguna frase, pues de hacerlo, solo escuchaba las bullas del profesor mientras estruja mis poemas.

Quise darme una última oportunidad antes de rendirme e irme a casa. Comencé a caminar por los jardines de la escuela, husmear las clases de las otras aulas. En el ala derecha estaban los músicos, tocando violín, chelo, guitarra, otros tocando el pandero y danzando de manera espontánea, preparando la coreografía del festival de primavera. Parece fácil, pero yo creo que no podría bailar, lo he intentado y no me da más que mover un poquito los pies, pero, una rama en medio de una ligera ventisca tendría más ritmo que yo ¿cómo hacen para mover todos los músculos? Nací tiesa, creo yo.

Las chicas de los panderos llevaban vestidos largos y sueltos de colores pasteles, a sus panderos ataban listones del mismo color de su vestido. Era una escena encantadora, pero no pude escribir nada sobre ello. Me quedé nuevamente con una palabra y de ahí no brotó más.

Caminé a la otra ala, ahí se encontraban los cantantes, dos mujeres entonaban con dulzura *Pie Jesu*, como todas unas profesionales, y eso que eran de primer año. Hoy parecía que todos estaban llenos de inspiración y yo aquí, con una página solitaria.

Ya solo me quedaba ir al jardín principal, de toda la escuela, era mi lugar favorito, la verdad es que el gobierno le había invertido

bastante en esta área, pues a su cargo estaban seis jardineros que mantenían los rosales siempre perfectos, parecía que aquí no pasaban las estaciones, siempre estaban abiertos, así fuese otoño, así hubiese sequías.

Vi varios chicos con sus libretas tumbados en el suelo criticando sus bocetos, algunos dibujaban frutas, barcos, flores. Se mostraban entre ellos sus avances y realizaban cambios una y otra vez. Más al fondo, cerca de la fuente, tres chicos con sus caballetes estaban rodeando a una mujer, al parecer era su modelo. Los pintores tenían cierta fama, a veces le pagaban a mujeres para que posaran desnudas para ellos en el teatro. Aunque algunas otras lo hacían gratuitamente.

La observé, estaba sentada en el césped, con las piernas dobladas, entre las manos tenía una margarita, sujeta con delicadeza. Qué cansado debe ser estar en la misma pose por varias horas.

Me senté en el reborde de la fuente, la cual estaba sin agua así que, de caerme, no pasaría nada más que la vergüenza.

Veía las miradas de los jóvenes, tan serios, frunciendo el ceño como si eso les diera concentración y ella cual muñeca, casi sin respirar para no estropear nada... a veces así me siento yo, no, no como modelo, sino que siento que no puedo tener un movimiento libre, de hacerlo, estropearía todo, cada vez que trato de escribir lo que en verdad siento, resulta que está mal, que es bazofia y que no merece conocer mas que la oscuridad del basurero. Escribir se está haciendo mi condena, porque realmente quiero hacerlo, pero no quiero escribir lo que los demás dicen que es correcto.

Barreto a menudo me dice que soy una basura, que el verso libre es la peor cosa que se me ha ocurrido, y que todos los poetas se retorcerían en su tumba si me leyeran.

«Como si me importarán»

Creo que eso me bloquea, querer escribir y no poder, así que estoy como ella, por horas en una misma pose, quedándome sin circulación por no poder estirar mis extremidades.

*No te muevas, muñeca,
que los demás no sepan que tienes nervios,*

*no respires,
que los demás no sepan que tienes pulmones,
no hables,
que los demás no sepan que tienes cuerdas vocales.*

*¿Por qué querer tener vida?
Si tras la vitrina eres perfecta,
mira tu sonrisa,
¿por qué quieres que los demás sepan que lloras?*

*Que no te tiemblen las piernas,
nadie mira a las muñecas del piso,
nadie compra una muñeca rota.*

*Sé perfecta,
no te muevas.*

Era hermosa ¿cómo no inspirarse en ella? Creo que sus ojos también merecen un poema. Las cosas hermosas deben rescatarse del olvido, sino hay artistas para enmarcarla, se puede hacer mediante palabras y qué reto, pues, mi trabajo sería que quien jamás la haya visto, pueda recrearla en su mente, una mujer con el cabello rubio oscuro casi podría pasar por castaño claro, podría compararlo con una cerveza oscura servida en una copa siendo atravesada por rayos de luz, pues sol le daba destellos y pareciese que tenía algunos mechones más dorados que otros. Estaba despeinada, pero ese tipo de despeinado que parece haber sido arreglado de esa forma a propósito. Sus ojos eran azulados y pequeños, con pestañas castañas, cortas y lacias, como dos peceras de oficina que contienen betas solitarios. Pecas por toda la nariz y una que otra que perdió su rumbo estaba adornándole la frente y la barbilla, como cúmulos estelares. Y esto es lo bonito de la poesía, que para describir una sola mujer, tengo que traer recursos de todas partes, usar una bebida para el color de su pelo, traer animales acuáticos, ir al espacio y bajar polvo estelar de ser necesario, tan solo para que alguien más pueda conocerle y entonces yo haya cumplido mi cometido de detener el tiempo y preservarla, porque lo hermoso debe ser salvado del olvido, y no solo una mujer, una fruta, unas manos, una rosa o una tarde, porque ninguna es igual que otra.

El sol poco a poco estaba bajando, lo noté en cuanto en mi cuaderno se hizo sombra. Me levanté para ir hacia la puerta, pero me comió la curiosidad y quise ver las pinturas, husmear qué tanta justicia le habían hecho a la belleza de la mujer dorada con ojos marinos.

Como espía y a pasos lentos, me fui hasta atrás para que no fuera tan obvia mi intención. Poco a poco, de manera sigilosa me acerqué a uno, era bastante bueno, aunque le hizo ciertos cambios a la postura, entonces ¿para que tuvo a la chica tanto tiempo en una pose? Pero bueno, él sabrá. Pero de que era bueno, lo era, aunque no usó tantos colores para su cabello, de hecho, lo dejó mate. Omitió los mechones bailarines que se colaban en su nariz. Me acerqué al segundo, era una majestuosidad, él si observó los matices de la melena, era muy realista, unos tragos encima y seguro que hasta veo ondear los cabellos sueltos, parecía magia, haber realizado esto en dos horas, fue rápido, si yo no lo supiera, hubiera creído que tardo meses.

—Es precioso —no pude resistirme a decírselo. Creo que cuando alguien nota que otro hizo algo bien, no debemos callarlo, pues a veces somos muy duros con nosotros y no lo notamos.

—Gracias, y todavía no lo termino —me dijo el hombre de manera tímida.

—Pues ya se ve perfecto —contesté con entusiasmo. El joven me sonrió gentilmente, mientras lavaba sus pinceles en una jícara.

Iba a acercarme al tercero, pero al verme palideció y comenzó a querer guardar todo manera torpe, sus dedos entorpecieron al querer meter todo en un maletín y comenzó a mancharse la ropa. Me preocupé, así que me acerqué a ayudarlo.

—¿Estás bien? Déjame ayudar...

—¡No! No... —El chico se levantó de prisa y agarró el bastidor de golpe, pero hizo una mala maniobra al querer cargarlo junto al caballete y se le cayó de las manos.

«Qué tipo más raro» pensé.

—Te ayudo —me agaché y tomé el bastidor que había caído boca abajo. Me entristecí pues seguro se había arruinado, estaba fresco—. ¿Qué... qué es esto? —Lo que vi me dejó perpleja. Estaba

estropeado, sí, pero...

Parpadeé cientos de veces para asegurarme que lo que estaba viendo no era una alucinación. Sentía que la voz se me iba y que el corazón se me salía—. ¿Soy... soy yo? —al joven se le subieron los colores, su piel era incapaz de disimularlo. Yo buscaba su mirada, pero él solo miraba sus zapatos, movía sus pies indicando lo nervioso que estaba.

—A-ah e-em... es-te... —estaba balbuceando—, bu-bueno... sí, perdón, perdona, no quería incomodarte, te vi allí en la fuente y...

—No, no, al contrario, es precioso, creo que ni en sueños esperé que alguien pudiera... —me ruboricé—, fijarse en mí —murmuré.

—¿Qué- qué dices? ¿quién no lo haría? —levantó el rostro y clavó sus ojos en los míos.

—Gracias —contesté enternecida.

—Lo hice muy rápido, es una técnica en acuarela que recién estoy practicando, pude haber hecho algo mejor, pero...

—¿qué dices? No menosprecies lo que has hecho, así está perfecto, creo que el golpe con el césped le dio un mejor acabado —reí tímidamente.

—¿Te gustó en verdad? —se inquietó

—¡Claro que sí!

—Tómalo, quédatelo —lo extendió para que lo tomara.

Lo sostuve y lo miré. Mis ojos se humedecieron, efectivamente, estaba yo sentada en la fuente con una libreta y una pluma en la mano. El joven sin decir más había recogido sus cosas y se estaba dando la media vuelta.

—¡Oye! Pero no puedes dármelo así.

—¿Cómo así? —preguntó confundido.

—Fírmalo. Recuerda, no des una de tus obras sin firmarla.

—Eso no es una obra...

—¡Tonterías! —exclamé—. Imagina el día que seas famoso, esto valdrá oro. Así que firma todo, nunca sabes cuál será tu obra maestra, a veces las que menos pensamos, lo son.

—Tienes razón —Él sacó una plumilla de su pantalón—. ¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Alex —respondí.

—¿Alex?

—Bueno, Alexa. ¿Y tú?

—Alex —Ambos comenzamos a reír—, ¿Es broma esto? —dije, levantando una ceja.

—No, en verdad soy Alex —afirmó.

Tomé el bastidor, y sí, lo había escrito.

"Para: Alex

De: Alex"

Alex temblaba como si tuviera frío, me daban ganas de prestarle mi suéter, pero no le quedaría, era mucho más alto.

—Muchas gracias, tengo que... irme —dije apenada—. Se me hace tarde —le dije "adiós" con un ademán. Volteé el bastidor para que pudiese darle el aire mientras caminaba.

—Espera... Alex —me llamó.

—¿Sí? —vi sus mejillas sonrojadas, seguro igual que las mías.

—¿Qué harás mañana en la tarde? —se humedeció los labios y desvió los ojos.

—¿Me estás invitando a salir?

—Sí.

—No salgo con desconocidos —pronuncié.

—No creo que seamos desconocidos —se encogió de hombros.

«Tenía razón»

...

capítulo 10: Alex, Alexa

...

—Entonces fue así, Daniel, Daniela, Alex, Alexa. Ni cómo defender lo indefendible —El estómago se me comenzó a revolver, sentía el jugo gástrico asomarse por mi úvula. No sé si la historia me había causado náuseas o es porque no he comido desde hace horas. Cerré el libro y se lo di a Diana—. Haré las maletas ¿te vas o me ayudas? —dispuse.

—¿A dónde se supone que irás? ¿Un hotel? Porque creo que conseguir un buen departamento te tomará algunos días. Puedo hablar con Sebastián y hacerte un espacio en la casa si te apetece, solo lleva tu almohada porque ya no tengo —se encogió de hombros.

—No, cómo crees, no quiero ir a incomodar, debo arreglármelas sola, debo aprender, no puedo estar dependiendo de alguien para siempre. Me iré a un cuarto de paso unos días hasta encontrar algo decente y con pocas cucarachas, creo que todo es mejor a estar en esta casa con un mentiroso —hice un mohín.

Me siento como un diente en donde la fresa está tocando las fibras nerviosas y me recorren esa electricidad donde no sé si duele, incomoda, hiere, o lastima.

Hice memorias de cuanto tenía ahorrado en los cajones del armario, comencé a hacer un conteo con los dedos sobre cuántas semanas podría solventarme en lo que me acostumbraba ahora a tener todo el cargo de mi vida.

—¿segura que no hablarás con él antes? Sonará raro y parecerá que lo estoy defendiendo, pero todo el tiempo has hablado maravillas de él aun cuando yo me empecinaba en decirte lo contrario. Entonces quiero darle el beneficio de la duda. Tal vez él no tenga nada que ver con la vieja esa y solo es alguien que le inspira a

dibujar. Vamos, tú lo leíste, Daniela se inspiró en la modelo rubia como si se hubiese enamorado, pero no lo estaba, y con Daniel puede pasar exactamente lo mismo, tú lo has dicho, Daniel nunca sale ¿en qué momento se ve con Daniela? ¡En ninguno! No ha viajado a España nunca ¿no? Entonces no es un infiel del todo —Dijo Diana con ese tono de documental donde se trata de explicar lo inexplicable como si fuera lógico—. Aparte ya está todo lo de la boda y ya tengo mi vestido.

—Ya no me importa —mentí—, solo sé que tengo que irme de aquí, de todas formas, mintió, de ser verdad tu teoría ¿por qué no contármelo? —me crucé de brazos.

—¡Emilia! Sé una adulta madura, tienes veintinueve años, eres una mujer hecha y derecha. Si él te ha mentido, no seas cobarde tú, enfréntale, hablen y déjense formalmente. Aquí el de la vergüenza y la cara gacha debe ser él, porque tú le has sido fiel y sincera hasta el final ¿me equivoco? —me apuntó con su dedo acosador. Yo negué con la cabeza—, has apoyado cada una de sus decisiones, te has acoplado a su estilo de vida. Hablen cara a cara, no es necesario discutir, sincérense sin tapujos o sino... —Diana hizo un gesto malévolo—, ¿Cuándo vuelve Daniel? —inquirió.

—En dos o tres semanas supongo...

—Entonces... averigüemos todo nosotras —Diana dio una hojeada rápida al libro.

—Supongo, trataré de terminar ese libro a ver qué encuentro, dámelo.

—Emilita, no me refiero a eso. ¿Y si buscamos a la Daniela? Debe seguir en la ciudad, hace años que no volvía ¿no? Debe seguir aquí, hablemos con ella, vayamos en situación de admiradoras, que nos cuente más del libro, de la historia y así cuando regrese Dan, veremos qué tanto miente.

—Estás loca —Dije alterada.

—¡Por favor! Llega al fondo de esto. No hay nada que perder. Escucha. hay dos hoteles en los que puede estarse hospedando, vamos a fisgonear, preguntamos a los botones qué saben, ellos se pasan toda la información, se la venden a los *paparazzis*. ¿Qué dices? —levantó las cejas pizperetas esperando un "sí".

—No tenemos dinero para comprar la información.

—Pero tenemos otras cosas —meneó la cadera.

—Déjame pensarlo —Bajé la mirada y jugueteé con los dedos. No creo que la encontremos y de hacerlo ¿qué diré? ¿fingiré amarla y pedirle que me cuente acerca de su novela? Seguro al tenerla de frente querré romperle los dientes. Pero no niego que me gustaría que cuando llegue Daniel yo tenga todas las palabras necesarias respaldadas por hechos, decirle que ya no es una alucinación, ni una pelea más por tontos celos.

—Hecho —sostuve.

—Mira, debe estar en el hotel Gillow, ahí van todos los famosos. Acuérdate que me la pasé en una banca esperando que saliera Pedro Infante, que en paz descanse y lo pillé.

—Déjame cambiarme, parezco desquiciada —me eché un vistazo a los zapatos rojos y la falda lila.

—Y maquíllate, la frente en alto, querida —frunció el ceño.

Traté de vestirme lo más decente que pude, si tenía que hablar de nuevo con ella, no quería verme como vagabunda. No me sentía con los ánimos suficientes para usar algo colorido, así que busqué un conjunto negro, zapatillas punta de aguja del mismo color, un sombrero y unas gafas de sol para disimular mi rostro molido, me hice una trenza francesa con caída hacia el lado derecho.

—Creí que íbamos al centro, no a un funeral —me dijo Diana al verme bajar las escaleras.

—Literalmente no, pero figuradamente estoy en uno. En serio, dime dramática, pero siento algo muerto ¿te ha pasado? Como que algo dentro dejó de latir, no hablo del corazón, no estoy segura de qué, es un vacío, como un globo que se me ha atorado aquí en el esternón. Lo sentí cuando murió mi madre, entonces, sí, también hoy estoy de luto —Diana me abrazó y eso conmovió las lágrimas que estaba reteniendo.

—Estoy contigo, que se vayan todos, pero aquí me tienes, vamos a averiguar qué pasa —Sacó un labial de su pequeño bolso, y me pintó los labios. Y con una pequeña brocha usó el mismo para darme color en las mejillas—. ¿Una sonrisa?

—Sí —ladeé un retazo de sonrisa.

Salimos camino al centro histórico. En el autobús solo observaba a Diana leyendo el libro, sonreía y también carcajeaba. Me contenía las ganas de preguntar, solo estiraba un poco mi cuello para leer de reojo, pero veía un "Alex" y se me erizaba la piel.

Una sensación áspera donde quieres saber, pero tampoco quieres. Me distraía mirando de la ventana los edificios y tiendas como si fuera la primera vez que lo hacía, en eso Diana soltó una risa explosiva.

—¡Ahg! ¡¿Qué tanto dice?! —vociferé.

—Está buenísimo, no te molestes, independientemente de que sé quienes son, es bueno, cursi, meloso, pero creo que un poquito mejor que las novelas de la radio.

—¿Qué más dice? —No sé ni para qué pregunté.

—Ella recreaba historias de sus pinturas, él pintaba sus escritos, suena de cuentito ¿no? Voy a adelantarme un poco, porque es mucho romance, creo que la mujer exageró, lee esto...

...

capítulo 11: Corazón de acuarela II

...

—Cierra los ojos —dijo Alex, quien traía sus manos escondidas detrás de la espalda.

—Está bien ¿Ya? Dime qué es —insistí.

—Ábrelos.

Los abrí, él traía entre manos una pequeña maceta, de donde salía recién el capullo de una rosa.

—Es hermoso ¡gracias! Nunca había recibido una maceta —me alegré—. ¿Qué color será? Seguro que roja.

—Ya verás.

Nos recostamos en el césped del jardín de la facultad. Él estaba boca abajo haciendo un boceto y yo estaba con la cabeza en su espalda escribiendo.

*—En el pecho tengo una hoja de papel
que soñaba con ser un corazón,
late y cruje como hojas de otoño.
No hay venda que le dé soporte,
no hay reloj que le dé tiempo,
ni cronómetro que dicte su cuenta regresiva —recité.*

...

Alex se levantó al escucharme, y con índice y pulgar levantó mi barbilla. Sabía lo que significaba.

—¿Cómo vas con el libro? —inquirió, tratando de cambiar su semblante abatido.

—Ya lo terminé, pero... no es bueno —me encogí de hombros.

—Alexa ¿quién es bueno? ¿quién es malo? Yo no leía ni un carajo, leo desde que te leo a ti, si para un viejete eres mala, eso no significa nada. Y habrá más a los que no les gustará lo que haces y habrá millones que lo amarán. Escribir es lo tuyo —dictaminó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él decenas de veces te ha dicho que no sirves y sin embargo no puedes dejar de escribir, otro lo hubiese abandonado, pero aquí estás recitándome un verso recién horneado.

—Pero... —me calló con un beso, lo cual me tuvo silenciada varios minutos. De golpe Alex sacó su libreta y comenzó a hacer un boceto de manera rápida. Cuando llegaba aquella aura de inspiración tanto para él o para mí, sabíamos que debíamos callar, respetar aquel transe celoso y chocante que ha decidido elegirnos un momento. Es como si del cielo llegara un manto y nos recubriera, no sé muy bien qué le sucede a él, pero al menos en mi caso es una voz que me susurrara, he pensado que quizás es un muerto usándome de médium, pues me dicta con punto y poco, como si ya estuviese escrito.

Estaba tan concentrado en esa coreografía entre sus dedos y el cuaderno, haciendo líneas que solo él entiende de momento. Una gota de sudor resbalaba por su frente, deslizándose por su afilada nariz. Este era mi paisaje favorito del día, podría verle horas sin fatigarme.

—Listo, mira —me mostró. Era un boceto de una mujer sosteniendo un corazón en el pecho, algo estropeado, pero envuelto en pedazos de tela, con un reloj de bolsillo incrustado en el lado izquierdo.

—¿Soy yo? —inquirí.

—Siempre serás tú, ya lo verás cuando sea pintura, será abismal, ya lo estoy visualizando, usaré una paleta de colores semejante a las granadas, esos tonos rojizos y dulces, pero a la vez sombríos. Ya lo verás —dijo con misterio.

—Alex, amor —le tomé las manos—, quiero que sepas que, si un día tu decides usar a otra mujer para estas bonitas cosas, yo nunca me enojaría.

—No puedo, no me sale, ya lo intenté —se encogió de hombros—. Pero gracias, mientras haré lo que mejor sé hacer.

Estaba anocheciendo, el guardia de la facultad ya estaba en la rejilla, moviendo el pie para apresurarnos. Alex entrelazó sus dedos a mi mano, caminamos hasta mi casa, estaba a treinta minutos de

distancia, bien podíamos tomar el camión, pero él siempre tenía algo de qué hablar, así que era el tiempo mejor aprovechado.

Pasamos cerca de un parque, solíamos rodearlo, pero esta vez, decidimos atravesarlo, pues a diferencia de otros días, hoy estaba muy alegre, habían instalado un pequeño carnaval, entonces todas las jardineras estaban adornadas con papel maché y globos de colores.

Un par de payasos estaban contando chistes malísimos cerca del quiosco, pero lo que te hacía reír eran sus risas agudas y pegajosas. Miré el rostro entusiasmado de Alex, le comían las ganas por sentarse a ver el espectáculo. Sin más, se sentó en el suelo y le acompañé.

Un niño a lado de nosotros sin querer llamó "papá" a Alex, al darse cuenta, apenado soltó una carcajada y salió corriendo como si hubiera cometido una travesura. Él se enterneció y le revolvió el cabello.

—¿Cómo le llamaremos? —preguntó.

Yo no entendí a qué se refería.

—¿A quién?

—a nuestro niño.

—¡Qué dices! —reí—. ¿De qué niño hablas?

—¿También lo llamaremos Alex? —se frotó la barbilla.

—Ya hay suficientes, ja, ja, le pondría otro.

—Entonces sí... —pasó su mano por mi brazo acercándose a él.

—¿Sí qué?

—Has dicho que le pondrás otro nombre, entonces ¿también te ves conmigo? —bajó su mano a mi cintura. Me ruboricé ante su pregunta.

«no hay futuro en el que no te vea a ti»

—¿Cómo una familia?

—No, Alexi, tú ya eres mi familia.

Aquellas palabras me conmovieron el corazón, pues Alex era huérfano desde los seis años, su madre lo había dejado afuera de la casa hogar principal a base de mentiras. Nunca fue seleccionado por ninguna pareja, pues dice que siempre escogían a los bebés o en su defecto a los niños parlanchines y él era lo contrario. Dejó de

tartamudear a los quince años a punta de golpes en la escuela militar donde desertó a los dos años tras un accidente del que no quiere hablar. Entones él no conoció ningún sitio calientito que pudiera llamar casa y hoy él me decía "familia".

...

*Podría escribir libros enteros
sobre ese instante en que sentí sus ojos en mí por primera vez,
porque pareció eterno,
aunque solo fuera un segundo,
teniendo en cuenta que ya llevaba 20 años en su búsqueda sin saberlo,
porque es eso que uno pasa la vida buscando y lo sabe hasta que lo encuentra.*

*Hablar de sus ojos es un tema complejo
porque los adjetivos se terminan
y tengo que inventar nuevas palabras para dirigirme a él,
para describirle,
para que entienda que no tengo como explicar
qué lugar ocupas en mi pecho,
en mi vida y en la que sigue,
pues si hay otra
le quiero en ella,
porque no quiero imaginarme otra noche donde no recorra su espalda,
donde no muerda sus labios y enrede mis dedos entre su cabello.*

*Nunca creí querer pertenecer a un sitio,
pero es el único sitio donde quiero estar,
donde él está es donde yo puedo llamar "hogar".
podría amanecer cada día en su pecho,
porque es ahí el paraíso del que tanto se habla,
donde no te preocupa nada,
solo escucharlo contar la misma historia
de cómo vio pasar una estrella fugaz por primera vez
y cómo era posible que se pudiera pedir un deseo tan pronto.*

*Que pida los deseos que quiera,
seguro que todas las estrellas alzarían oído,*

*¿quién podría negarle algo?
si yo siendo el ser más necio
terminé totalmente doblegado él.*

¿no lo ve?

*Yo no era de nadie,
pero me muero por ser suya.*

•••

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

•••

capítulo 12: Me metí a la boca del lobo

...

No podemos estar hablando del mismo. Yo no tenía idea del pasado de Danny, sé que tiene poco contacto con sus padres, pero nada más, no sé nada de ese abandono, ni que estuvo en la escuela militar, a decir verdad... creo que no sé nada.

—¿Que no los padres de Daniel estaban en Brownsville? —preguntó Diana.

—Esa es la información que yo manejaba ¡Bah! Debe ser una escena añadida para darle drama a las cosas, porque de ser verdad, no entiendo por qué no me lo contaría —apreté los labios.

—Tienes razón, debe ser solo para la trama —quiso reconfortarme.

...

Y ahí estábamos, frente al hotel Gillow el cual gritaba "impagable" por todos lados, con ventanas grandes, bien pulidas, alfombrado e impecable. Hubo un momento de silencio, pues ni ella ni yo cruzábamos la calle, aunque no pasaran los coches.

—¿Crees que salga? —preguntó Diana.

—Ni siquiera sabemos si está ahí, no sé por qué te hice caso —nos sentamos en una banca, viendo entrar y salir a la gente del hotel.

Después de casi cuarenta minutos Diana se levantó.

—Iré por donas ¿quieres? A la vuelta hay un puesto, espolvoreadas en canelita y azúcar glass ¡Oh! Se me hace agua a la boca —se mordió los labios.

—No sé qué esperas para alimentarme, estoy muriéndome, solo veme —me quejé.

Me quedé sentada, aguardando que algo pasara, como quien ve una obra de teatro aburridísima, pero tiene fe en que algo va a salvarla. No creo que esté ahí, de estarlo hubiese algún reportero, fans, cosas por el estilo, pero nada.

Diana regresó con una cajita de donas, dando brinquitos y tirando la azúcar por la acera.

—¿Sabes qué? Iré a preguntar, espérame —dijo con la boca llena, me dio las donas y se sacudió las migajas de la cara.

—¿A quién? ¿Al guardia?

—Sí o, fingiré que voy a hospedarme, le saco plástica al recepcionista, tú quédate aquí —Diana se cruzó la calle con velocidad, vi como se dobló discretamente la falda para hacerla más corta antes de entrar, se acomodó los rizos, se enderezó y entró caminando como una súper modelo. Me guiñó el ojo a lo lejos.

Comencé a comerme las donas casi sin masticarlas, iba a agarrar otra cuando me di cuenta de que ya no quedaba ninguna, la garganta me carraspeaba al querer pasar saliva.

Ya habían pasado treinta minutos y nada que regresaba, no quería meterme a la recepción porque me daban muchísimos nervios y devolvería todo lo que recién comí, que de por sí lo sentía atorado en el esófago.

No aguanté más y fui en busca de algo de beber. No traía mas que cinco centavos en el bolsillo y todos los restaurantes de aquí cerca eran lujosos, gente bien vestida con un puro en la izquierda y en la derecha una plumilla y libreta.

Alzaba mi vista buscando la cafetería más cercana, pero solo había más restaurantes y joyerías.

El ambiente estaba helado, llevé mis manos a mi suéter y las apreté contra mi cuerpo, tratando de detener mis escalofríos.

Veía que en las paredes todavía había uno que otro cartel escurrido por la lluvia de anoche.

Caminé cerca de un kilómetro, aunque aquí en la ciudad de México las distancias a pie no se sienten. Llegué a una cafetería muy pintoresca, con paredes de madera blanca, mesas color caoba y una vitrina que exhibía panes pequeños repletos de frutas, daban el

aspecto de alhajas. Dentro había plantas sintéticas, pero que, si mirabas rápido o no eras observador, pensarías que son reales.

—Hola, buen día —toqué un pequeño timbrecito del mostrador. Miré a ambos lados buscando al barista.

—Hola ¿qué tal? —dijo un joven saliendo de la cocina, limpiándose las manos con un trapo. Me pasmé al verle, tenía un rostro tan lindo y luminoso, que me sonrojé de solo verle.

—Me... das un café con canela y leche evaporada, por favor —pedí apenada. Me quité las gafas de sol, pues si ya lucía tonta usándolas en el día más nublado de la historia, en un establecimiento cerrado me vería peor, entonces él cambió su semblante a preocupación y recordé lo mal que me veía. Sentí las mejillas hincharse de vergüenza, pero igual sonreí para disimularlo.

—En un minuto sale —contestó con angustia y entró a la cocina apresurado. Seguro sintió que me urge.

Ver tanto pan bonito hacía que me sintiera culpable de todas las donas con las que me atragante como bestia, debí haberme esperado. Seguro que volveré a este lugar, esa rosquita con fresas y crema tiene mi nombre.

Alguien más tocó el timbrecito, pero no puse atención, seguí coqueteando con los postres, pensando en que tal vez no me haría mal pedir uno ¿qué tanto es tantito?

—Disculpe, puede darme otro café grande, por favor —escuché.

«esa voz, esa voz, esa voz»

Volteé enseguida al escucharla. Abrí los ojos como si se tratase de un ente maligno. Ella también volteó hacia mí y posó esos tenebrosos ojos esmeralda sobre mí

—¡Victoria! —dijo en tono sorpresivo.

«Espejo, maldición»

—¿Qué? —contesté un poco confundida. Había olvidado que ese nombre le dije en su presentación. Pero lo más increíble es que ella lo recordara.

—Victoria es tu nombre ¿verdad? Me lo dijiste ayer en la firma o tal vez te estoy confundiendo con alguien más, discúlpame —se sonrojó, casi haciendo juego con su labial granada. Rápidamente

pensé en qué responder, tal vez podía decir no e irme rápidamente, olvidar todo este cuento o decirle sí y que pase lo que sea.

—Ahh... sí, soy Victoria —mis músculos tensos del rostro se obligaron a sonreír pareciendo estúpida.

—¿Estás bien? —preguntó con algo de preocupación. Otra que me ve la cara de apaleada. Es el día de juzgarme parece.

—¿Por qué lo dices? —fruncí la nariz.

—Porque ayer saliste corriendo de la fila, creí que había dicho algo malo, espero que no.

—Tomen asiento, les llevo sus cafés enseguida —interrumpió el apuesto barista, quien traía una mancha de café divertida en el cuello de la camisa.

—Ven, vamos a la mesa si no tienes prisa —La señorita Espejo fue a su mesa y me hizo una seña de que la siguiera.

«me estoy metiendo en la boca del lobo»

Nos sentamos en la parte de afuera de la cafetería, la temperatura seguía igual o peor de helada. Hubiese querido quedarme en una mesa de adentro, esta loca no sé por qué busca congelarse.

—Me alegra volver a vernos, te decía, me preocupé ayer ¿Todo está bien?

—Eh... —dudé en mi respuesta, piensa rápido Emily—. Todo bien, perdón, es que traigo todo un torbellino de emociones en la cabeza, el trabajo y la emoción de verte —me mordí la lengua—, no sabes cuánto... deseaba conocerte —mentí—. Perdón si te incomodé.

Bueno, no mentí, si deseaba conocerla, pero por malas y dudosas razones.

—No, para nada, al contrario, gracias por ir, de verdad ¿Desde cuándo me lees? —Daniela bajó su mirada al hacer esa pregunta y comenzó a jugar con una servilleta, al parecer estaba tratando de hacer origami ¿Cómo se llamaba su otro libro? Me bloqueé por un instante, trataba de recordar el libro que compró Diana, era algo de pájaros, venía un ave en la portada, amm... no, no recuerdo.

—¡Uff! Meses, muchos meses —apreté los labios.

—Genial ¿cuál te ha gustado más?

«Carajo»

—Co-corazón de Acuarela —cerré los ojos con fuerza.

—¡El mío también! Bueno, yo lo escribí, pero de todos es mi favorito.

—¿Por qué? —pregunté tan pronto terminé de hablar.

—No hablemos de cosas tristes. Mejor cuéntame de aquí, hace años que no venía y no tengo muchos por acá, los dejé de frecuentar, dime ¿qué hay de nuevo? ¿algo que me recomiendes ver?

—¿Alex? —Pregunté ignorando todo lo demás. Tenía que saber, no podíamos pasar de tema. Ella soltó el papel e hizo una mueca y bajó las manos de la mesa.

—Sí, Alex —pronunció.

—Entonces todo es real, digo, Alexa eres tú —apujé la mano bajo la mesa. Conteniéndome todas las ganas de abalanzarme a golpes.

—¡Ja, ja, ja! Soy tan obvia. No hablo de esto a menudo, la verdad siempre evado esa pregunta, pero se responde en automático. Dejemos eso de lado. Cuéntame de ti ¿a qué te dedicas? ¿siempre has vivido aquí? Estaré un par de días más y no sé qué hacer —el mesero trajo los cafés a la mesa.

—Soy contadora —mentí otra vez—, he vivido aquí desde hace más de veinte años, y sobre lugares, pues, puedes visitar el museo nacional, restaurantes hay por montones en toda esta calle, no conozco ninguno, pero a unos cuantos kilómetros hay uno muy bueno donde sirven comida francesa, *Au Pied* se llama. O no sé quizás buscas ¿Bailar? ¿Patinar?

—No, no bailo nada y tampoco sé patinar, pero sí, tal vez busque algo bueno que comer —me dijo mientras le daba un sorbo a su taza.

—¿Tú sola? Es decir ¿vienes sola?

—No, no tanto, vengo con un amigo, bueno, representante, él busca los lugares para las presentaciones y ve todo eso de las entradas, costos, regalías, etc. Debe estar por ahí dando vueltas, él siempre se ocupa de todo lo que no entiendo, bien, creo que sí estoy algo sola —se encogió de hombros. Y se retorció un mechón.

«¿qué pasaría si le arranco el cabello de tajo?»

—Bueno, pero sígueme hablando de ti, no puedo creer que estoy con una escritora famosa, ¿dónde está la prensa? ¿los paparazzis

locos? —me di náuseas por hablar así.

—No, cariño —ríó—, realmente los escritores solo somos famosos en los recitales, fuera de ellos se olvidan un poco. Los lectores buscan los libros, reconocen portadas, cantantes, actores, pero los rostros de los escritores no son algo que recuerden.

—O quizás es porque en las fotos que pegan en los carteles no ves a la cámara, je, je —ironicé.

—¡Ey! nadie me había dicho eso, creí que pasaría desapercibido ese detalle. Me dan pánico las cámaras. Todas esas cosas de la publicidad, las fotografías, las entrevistas, presentarme, no logro acostumbrarme, me gusta, pero si tuviera una máscara o un antifaz me sería más fácil —Daniela siguió con la servilleta.

«es muy inquieta»

—Creí que los artistas ya no sentían nervios.

—Oh, yo creí que desaparecería con los años, pero no, sigo sintiéndome tan nerviosa como la primera vez y está bien, ya intenté muchas veces batallar contra mí, pelear conmigo misma por ser tan tímida delante de tanta gente, pero ya no más, no me obligaré a ser quien no soy, soy Danny y soy tímida y ya está.

«como Daniel»

—Sígueme contando más de Corazón de Acuarela —Ella comenzó a darle vueltas a su café.

No podía creerlo, cada movimiento que ella daba me causaba un escalofrío, estoy hablando con la pintura, con mi enemiga de antaño, la bruja de la sala. La desgraciada que me ha estado quintando el sueño y la calma por años.

—Ese libro está compuesto por distintos pedazos de un corazón que aprendieron a vivir sin volver a unirse —dijo mientras se llevaba la taza de café a la boca.

—Déjame ver si entendí, Alex te rompió el corazón ¿no?

—No has terminado el libro ¿verdad? —Daniela ríó.

—¡Me atrapaste! No. Qué pena, la verdad es que comencé a leerlo anoche después de comprarlo, no lo he terminado y es mi favorito. Una historia de amor encantadora.

—Lo fue, fue la historia más bonita. Pero no hay historia eterna, tarde que temprano toca escribir el final.

—¿Terminaron?

—¿Quieres que te arruine el final? —rió—, no es muy ético de parte, mejor entérate.

—Por favor, sería un honor que la misma autora me arruine el final.

—Solo porque quiero hablar de ello, te lo diré. La verdad es que me entra la melancolía al volver a estos lugares, todo me recuerda a él ¿sabes? Me estoy volviendo loca, he creído verlo en más de veinte ocasiones desde que llegué, he estado sufriendo microinfartos por cada cuadra que recorro, toda la ciudad lleva su rostro. Pero referente a tu pregunta, sí, terminó. Él un día se fue —suspiró.

—¿Cómo así? ¿Se fue?

—Así, sin más explicación, no dijo nada, solo desapareció de mi vida tan abruptamente como entró —soltó una risilla—, íbamos casarnos, ya estaba casi todo planeado, pero un día se fue. No supe más de él. Me preocupé mucho, creí que algo malo le había sucedido, un accidente o alguna enfermedad, lo busqué por todos lados, en su casa nadie abría la puerta, todos me negaban haberlo visto. Solo se desapareció de la faz de la tierra. Te juro que hasta pensé que había muerto por ahí y ni quién lo supiera, fui hasta los hospitales, el reclusorio y nada, pero por otro lado pensaba en si yo había hecho algo malo, no sabes cuánta tortura fue para mí, como si me hubiesen quitado el aire —Daniela hablaba con dolor, no sé cuántos años tenía de no verle, pero era notoria la herida viva de Daniel en su forma de hablar y eso me causaba una especie de alivio.

—Qué extraño, pero ¿pudieron hablar? ¿volviste a verlo?

—Sí, eso fue peor, ojalá se hubiese quedado así. Volvimos a vernos, pero él fingió no verme. Fui a recoger unos papeles a la escuela de artes, él venía saliendo y quise aventarme sobre él, besarle el rostro, decirle cuánto la había extrañado, tocarle, preguntarle si estaba bien, pero él me miró un segundo y siguió, no hizo gesto alguno, como si yo fuera una desconocida y hasta el día de hoy sigo sin entenderle, es que no es posible que todo lo bonito haya sido mentira ¿verdad? —Se llenaron sus ojos de lágrimas, miró hacia arriba como para evitar que esas gotas se resbalaran sin

permiso—. Discúlpame, no quiero hacerte perder el tiempo, tal vez ya tienes que irte —Bebió su café deprisa y se acomodó su boina, trató de levantarse, pero la tomé de la mano para detenerle.

—No te preocupes, no me haces perder el tiempo. ¿Puedo acompañarte? —Una lagrima rodó por su mejilla.

Y ahí estábamos, dos mujeres heridas por el mismo hombre.

...

capítulo 13: Oferta de trabajo

...

¿Irse sin decir nada? Ser indiferente con una mujer que le amó, dejarla pensando si ella se equivocó y seguro quitándole el sueño cada noche y recapitulando en qué falló y él como si nada se fue a hacer su vida. Quizás Diana tiene razón, no la ama, solo la pinta. Nunca ha sido indiferente conmigo, cada vez que me he molestado me ha buscado, incluso hasta en mis berrinches sin sentido siempre fue tras mío.

—No sé por qué tomo café tan cargado si me pone ansiosa, no cabe duda de que buscamos nuestros males —dijo Daniela mientras se limpiaba la lágrima con el corazón de origami que había terminado.

—Sé de eso —contesté—, ¿Quieres ir a dar la vuelta? —pregunté dudosa. Daniela asintió con la cabeza.

Quise pagar mi café, pero ella se negó y pagó la cuenta de las dos.

Yo me abrazaba el cuerpo, queriéndome hacer más calor. El cielo estaba grisáceo, ningún esbozo de sol, debían ser las cinco de la tarde aproximadamente. Ella parecía apenada, así que quise romper el silencio.

—¿Y por qué decidiste irte a Madrid? —Regresé a verla.

—Sorpresivamente recibí una invitación para estudiar en la escuela de letras con una beca del cien por ciento. Pensaba rechazarla, pero después ya no encontré sentido de seguir en México, y bueno, las escritoras no triunfan en este país, tenía que salirme si quería ser algo.

—Pues fue una buena decisión, mírate, ahora regresas como toda una estrella. Creo que todo sucede por algo, eso me decía mi madre,

aunque aún sigo buscándole razones a ciertas cosas de mi vida a las cuales no encuentro porqués justificables.

—Cuéntame ¿cómo qué?

—¿Ya viste todos esos árboles? Se llaman jacarandas, me preguntó quién los plantó a todos —traté de desviar el tema.

—Victoria, vamos dime, qué es eso que no tiene explicación —el viento movía los árboles con fuerza, y las pequeñas flores lilas teñían el zócalo. Daniela se sostenía su chistosa boina contra su cabello—. Ajá, te escucho.

—Pues... he terminado recién con mi pareja, creo que él está enamorado de alguien más y ahora pienso que soy un estorbo en su vida, no sé a dónde ir o qué hacer.

—¿Cómo? Con lo hermosa que eres, qué tonto. La vida sigue, créeme, hay mucho que seguir construyendo, aparte eres contadora, es decir, eres inteligente, vas a poder con todo —me tomó del hombro con seguridad.

—¿lo crees?

—¡Claro que sí! Bella, no necesitas de un hombre, te lo prometo.

—Solo me gustaría verle y que me explique algunas cosas parairme tranquila. ¿No te gustaría hacer lo mismo con... Alex? —sus ojos bailaron ante mi pregunta.

—Han pasado muchos años, no vale la pena ya.

—Claro que sí, tal vez eso te haría descansar, cerrar ese capítulo y terminar por fin "corazón de acuarela".

—El amor se acaba y ya, Victoria. No hay explicación, él dejó de amarme y yo debo respetarle.

—Y tú ¿aún lo amas? —pregunté. Detuve mis pasos y la miré de frente. Era un poco más alta que yo, a pesar de que traía tacones de cinco centímetros. Se mordió los carillos y miró al piso.

—Me he hecho esa pregunta tantas veces y no estoy lista para responder y creo que jamás estaré lista para verle. Ya tengo una vida y no quiero que él aparezca con su semblante frío a derrumbarme todo lo que creo tener construido. Sería muy kamikaze de mi parte. ¿Sabes? Me está dando algo de frío ¿Vienes conmigo? Vamos al hotel —Daniela me extendió la mano—, o ¿ya tienes que irte?

—No tengo a dónde ir, vamos.

Caminamos de regreso. ¡Diana! La había olvidado, caramba, va a matarme, ha de creer que me dejé arrollar por algún auto por ahí cerca. Espero ya se haya regresado a su casa.

Llegamos al hotel, entramos y el policía la saludó de manera amigable.

—Señorita Martíné, me dejó este recado para usted el joven Oliver

—El policía le dio una nota.

—Gracias, qué amable.

Yo veía por todos los pasillos esperando ver a Diana todavía por aquí, pero ni rastro.

El hotel por dentro era mucho más increíble que por fuera, el piso era café chocolate reluciente, las escaleras eran amplias, las paredes verdes jade, con detalles dorados y cuadros preciosos, siento una paz cada vez que veo un cuadro y no es la señorita que viene delante de mí.

La habitación parecía un pequeño castillo, las luces pendían de un candelero plateado con luz cálida, las paredes eran color beige, verde y dorado. En la cama le habían dejado una charola con fresas frescas, pero lo curioso era lo que estaba a lado, una rosa roja con manchas blancas. El vientre se me llenó de calambres.

—¡Qué preciosa rosa! ¿Te la dejan aquí los del hotel? —inquirí.

—No, fue Oliver —Daniela abrió las cortinas para que entrara más luz.

—¿Es tu rosa favorita?

—Sí, amo las rosas payaso ¿No es maravillosa? No soy fanática de que me obsequien rosas, prefiero plantarlas, pero cuando se trata de ellas, todas son bienvenidas y secas se ven aún más majestuosas, en España me fue muy difícil encontrarlas, pero aquí hay muchas.

«Daniel también prefiere sembrar rosas»

—Pues qué detalle de Oliver, debe tenerte mucho cariño —Dije mientras tomaba la rosa para verle de cerca—, ¡Ay! Perdóname, yo tan confianzuda agarrando las cosas.

—No, no, adelante, toma fresas si quieres, son muchas, no me las voy a acabar, por cierto ¿Quieres ponerte otra ropa? Debes estar algo húmeda por el sereno.

—¡Qué pena! No —Daniela sacó una bata suelta color azul claro con rosas bordadas.

—Póntela, anda, ponte cómoda, igual me has dicho que no tienes a dónde ir hoy —Ella me miró con mucha ilusión. Accedí, la verdad es que sí ansiaba cambiarme de ropa. La bata era comodísima, era suave y olía muy rico, como a frutitas en almíbar. Daniela también se cambió de ropa. Se puso una bata parecida, pero color durazno. Se quitó la boina y comenzó a cepillarse el cabello en el tocador. El cepillo pasaba como mantequilla, era tan lacia. Mi cabello nunca ha tenido forma, no sé si es ondulado, rizado, quebrado, es una ruleta saber cómo despertará al día siguiente.

—Victoria.

«¿Debo acostumbrarme a que me llame así?

—Dime —me senté en la cama.

—¿Qué tal el trabajo? Hace un rato me dijiste que tenías problemas.

—¿Eso dije? ¡Ah, sí! Sí, recorte de personal, en el despacho contable ya no había más recursos para tener tantos y ya sabes, siempre sacan primero a las mujeres —menuda novelista me vuelto.

—Siempre es así, qué coraje me da, pero ¿qué harás? ¿hay algún otro lado donde te acepten? —dijo con preocupación.

—No sé, mi vida ahora es una noria, a veces estoy arriba, pero casi siempre estoy abajo —me encogí de hombros.

—A mí me hace falta un contador —añadió.

—¿Qué?

—Sí, me hace falta uno, bueno, lo tengo, pero no está dando el ancho, no sabe muy bien cómo manejar la contabilidad de un escritor y a veces me mete en problemas fiscales.

—Eso es... feo, pero puedes buscar alguien más, me imagino que en España debe haber miles—titubeé.

—Ven conmigo, puedes trabajar conmigo, te irá bien —Daniela se sentó a lado mío—, es más, puedes buscar allá un segundo o tercer empleo también. Déjame ayudarte si es que no tienes más compromisos, tu madre o tu padre, no sé. Te encantará Madrid —se entusiasmó. Puso ojos de gatito mirando el estambre más brillante de su vida.

—No tengo padres, no tengo a nadie de hecho. Me da mucha vergüenza, no quiero incomodarte, todo esto ha sido extraño —me puse en pie—. Daniela, tú no me conoces, podría ser yo una secuestradora, una mala persona o una asesina —fruncí la frente.

—Sé que no lo eres, no creo que una secuestradora tenga el cabello tan bonito, vamos, sigamos cumpliendo nuestros sueños, comienza de nuevo —esbozó una sonrisa abierta.

—Pero... pero, aún quiero hablar con él antes. Solo estoy esperando que regrese de un viaje para dejar todo en claro y a parte tenemos mucho que cancelar.

—¿Cancelar? —repitió con exalto.

—Iba a casarme —me mordí los labios.

—¡¿cómo!? ¿Están en preparativos de boda? no pensé que así de difícil estaba la situación, pero si ya tienen todo eso planeado ¿De verdad acabará todo? Es decir ¿No son suposiciones lo que me dices sobre qué está enamorado de otra? Tal vez si hablan y...

—No, no creo que haya más que arreglar, más bien solo quiero terminar todo de manera formal —asentí.

Tocaron la puerta.

—Señorita, Martíné, trajimos la cena —Daniela abrió. Era una señorita quien traía en una charola un plato de sopa y una taza de té.

—¿Puede traerme otro plato para mi amiga, por favor? —añadió.

—¡No! No, qué molestia —le dije a la mujer de la puerta—. A parte no tengo hambre.

—No la escuche —dijo Daniela.

—Enseguida —la mujer sonrió.

—¿Siempre eres así? —pregunté extrañada.

—¿Así cómo?

«como Daniel» Hubiese querido decir...

—Amable, esa es la palabra —Daniela cerró la puerta—, te diré algo, cuando te vi en la presentación me causaste otra impresión, creí que eras más, no sé, oscura —soltó una risilla.

—¿Por qué?

—No tengo idea. Eso parecía, pero eres como un... duendecillo alegre.

—¡Ja, ja! Gracias, creo.

Llegó la camarera con el plato de sopa faltante. Daniela lo recibió y lo colocó en una pequeña mesa cerca de la ventana—, Ven, siéntate, se va a enfriar.

La sopa estaba hirviendo, estaba a horas de enfriarse. Era de jitomate con pollo, tortilla, queso, verdura y crema. La verdad es que después de todo el frío que ha hecho en el día me vino muy bien. Mientras comíamos, noté algo que me causó sorpresa. Daniela sorbía la sopa y le daba una mordida también a la fresa, así, una y otra vez. Ni siquiera se pasaba un bocado cuando hacía la mezcla del otro.

—¿No quieres jarabe de chocolate también? —pregunté sarcástica. Al decir eso casi se le sale la sopa por la nariz. Río y se limpió con una servilleta.

—Perdón, perdón, qué tonta soy, es asqueroso ya sé, me prometí no hacer esto en público, perdóname —Daniela apartó las fresas.

—¡No! Solo me causó curiosidad. He conocido solo a una persona que hace eso.

—¡Ah! Debe ser fantástica —Daniela siguió sorbiendo su sopa sin tomar las fresas. Me sentí un poco mal de haberla incomodado.

—¿Tú pintas? —pregunté.

—No, eso no, soy un fracaso tomando lápiz o colores para hacer siluetas, solo puedo hacer monigotes.

—¿Tienes un pintor favorito? —Apreté las manos temiendo por la respuesta.

—Sí, claro, Monet —La que escupió la sopa fui yo esta vez. Su batita se salpicó de microgotas naranjas, se quedó perpleja y luego soltó una carcajada. Tampoco evité reír—. ¿Qué fue tan gracioso, eh?

—Nada, nada, no sé, creí que... olvídale.

—¿Y tú?

—No me gustan mucho las pinturas.

—Oh, entiendo, lo tuyo deben ser los números y todo eso. Ojalá un día puedas enseñarme un poco, pues me siento totalmente vacía en ese mundo de la contabilidad, los impuestos, los giros, reglas. De verdad, piénsalo, ojalá puedas venir conmigo —insistió.

—Lo pensaré —La veía bajar la mirada una y otra vez a su plato. Se me rizaba la piel, no podía evitar sentir un ligero enojo, por momentos me veía a mí en la sala de la casa, mirando el cuadro y con ganas de prenderle fuego, destrozarlo y sentir que los problemas del mundo se acabaron un instante, sin querer, comencé a apretar le puño.

—¿Pasa algo? —dijo al verme mirándola fijamente. Debo parecer una acosadora aquí delante, me obligué a relajarme. Posó sus ojos en mí e hizo esa mueca, la misma sonrisa que he visto por años, donde se le cierran un poco los ojos porque se levantan sus mejillas.

Daniel me dijo una vez la diferencia de las sonrisas de Espejo. Él tenía dos cuadros, ambos sonreían, me preguntó ¿Cuál no es feliz? No supe diferenciar, le dije que ambos eran idénticos. "No" me respondió. "En esta ella cierra un poco los ojos, ahí está realmente feliz, mira como se levantan sus pómulos, en la otra sus ojos se mantienen totalmente abiertos, ahí, su sonrisa miente"

—Nada, solo que me recuerdas mucho a alguien.

—¿Al que come dulce y salado? —volvió a reír.

—Sí, Danny, ojalá un día puedas conocerle.

—Yo encantada, no tengo muchos amigos, no me vendría nada mal conocer a alguien más.

—¿Cómo no vas a tener muchos amigos? ¡Debes estar rodeada de gente! —me sorprendí.

—Eso no es igual a tener muchos amigos —reflejó una sonrisa triste—, en este medio no niego que me rodeo de mucha gente, pero no todos quieren conocerme, es decir, sí a la escritora, pero no a Danny, a quien está detrás de las letras, la que habla con jergas y no como un ser iluminado.

—Pero te aman mucho, tus lectores, todos esos fanáticos por ti, la fila estaba llena de personas recitando tus versos, llorando al escucharte —dije confundida.

—Ellos aman lo que leen, la mujer que se imaginan que está detrás del libro, la seria y de mirada fija de los recitales que habla de manera técnica y como si se la pasara debajo de los árboles tomando inspiración y leyendo filosofía por montones para hacer un poema lleno de metáforas difíciles de entender. No todos pueden ver

a la persona real, la mujer herida, la que se le revuelve el estómago antes de estar frente a todos, la que escribe para no tomar un arma. Este es un ambiente solitario —apretó la mandíbula.

—Bien, pero yo soy tu —tragué saliva de golpe—, admiradora también, ¿por qué me tratas como amiga? —Su gesto cambió, Daniela soltó la cuchara y estiró su mano a la mía.

—Tú no me admiras, Victoria.

—¿Qué? —sentí que el sudor comenzaba a salirme de los pliegues. ¿Qué sabe? ¿lo sabe? ¿qué digo? ¿Pido perdón? ¿La noqueo y salgo huyendo?

—No, no me malentiendas. Es que no te siento de esa forma, eres diferente, no estás aquí por ser una lectora de mis libros. Todos comienzan a bombardearme de preguntas acerca los poemarios, que qué quise decir con cierta frase o título, preguntan por qué no hablo como en los recitales y veo sus ojos de decepción cuando no soy nada de la persona que se crearon en su mente.

—Daniela, la verdad es que no conozco tus demás libros y tampoco pensé que fueras un ser ascendido o algo por estilo, más bien, me he sentido mejor de conocerte tan humana —dije apenada.

—¡Y es excelente que no conozcas los demás! No has venido aquí entonces por la escritora, quizás también buscabas una amiga, alguien que entienda tu herida.

«Tal vez»

Daniela se levantó de su asiento y entre brinquitos como quien hace una travesura fue por un juego de baraja española.

—¿Juegas? —comenzó a barajar las cartas suponiendo que diría que sí.

—Claro, pero te advierto que soy súper buena —dije retando.

Jugamos aproximadamente dos horas, en todas las rondas le ganaba, pensé que se enfadaría, pero seguía persistente intentando hacer sus mejores tiradas, pero ninguna funcionaba. Me dolía el estómago de tanto bromear y reír, casi me quedaba sin aire y me dolían las mejillas. Aunque tenía episodios rápidos donde volvía a recordarme a mí en la sala, viendo de reojo a Daniel desde la puerta con lágrimas en el rostro mientras terminaba un nuevo cuadro, él lloraba mirándola y yo a la par sin entender. Y hoy todo se va

aclarando de manera lenta, pero a la vez tan rápida. Él me enseñó este juego, y yo siempre perdía, creo que en eso no se parecen.

—¡Siempre ganas! Eres una bandida, que bueno que no estamos apostando o me dejas en la quiebra —dijo entre risas.

—Apostemos, vamos —eché mi cabeza para atrás sujetándome con las manos.

—No puedo apostar contra ti, siempre pierdo —se encogió de hombros.

—Anímate, apuesta —seguí retando. Ella se frotó la barbilla y entre cerró los ojos pensando algo.

—Si yo gano, vamos juntas a España ¿Eh? —Esa apuesta me hizo dudar un poco, pero no iba a perder, así que acepté.

Comencé a barajear. Repartí las cartas, jugué como si no hubiésemos apostado nada, pero todo se volteó de pronto.

Ella me miró de forma retadora levantando una ceja y dedicándome una sonrisa ladina.

Había perdido.

—¡Qué! —me exalté tirando mi mazo.

—¡Te gané, Vicky! Vas a ir conmigo a España.

—¡No es posible! —me llevé el cabello hacia atrás.

—¿Quieres otra oportunidad? Está bien, dos de tres —Daniela arrugó la nariz burlándose, recogí las cartas, revolví y repartí. Ella recargada sobre su mano sin despegarme los ojos. Pasaron tres minutos y volvió a ganar.

«Ella me dejó ganar todo el tiempo»

—¡Lo hiciste a propósito! A esto se le llama estafa —me crucé de brazos.

—No —se hizo la desentendida—, es una señal para ti ¿entonces? Por favor, dos semanas por lo menos, quiero llevarte a conocer muchos sitios.

Mi cara quería delatarme e iluminarse, pues no era que no quisiera, es que no podía. Daniela no era mala persona, no era una bruja ni un ente demoniaco, ella no tenía la culpa de nada.

—Danny... hay un problema —comencé a jugar mis dedos.

—Dime.

—No tengo dinero para el vuelo.

—Yo no te estoy cobrando nada, Vicky. Te estoy invitando, Tómallo como vacaciones, debes mereértelas.

—¿Cómo sabes que las merezco?

—Trabajas mucho, no te valoró tu oficina, debes ser un buen elemento. A parte, te encantará y sabes que la invitación a quedarte allá estará vigente, piénsalo, no me lo digas ahorita.

Daniela comenzaba a bostezar, se recostó en la cama y quedó dormida de repente. También la conocía dormida, quizás por eso no me sentía con una desconocida, aunque lo que estaba pasando dentro de mí si comenzaba a cambiar.

—Gracias —le dije en voz bajita como si alguien más fuese a escuchar.

Me sentí terrible ¿Cómo explicaré todo esto? Me estoy metiendo en un remolino.

Me recosté a su lado y le miré levantar su abdomen en una respiración lenta.

¿Por qué quiere ayudarme?

Creí que cuando la tuviese enfrente pensaría en estrangularla y acabar con mis problemas, pero no, a decir verdad no siento odio y no creo que alguien pueda odiarle.

Cerré los ojos.

...

capítulo 14: un viaje en bicicleta

...

—¡Daniel! Voy a caerme —chillé, sosteniéndome con fuerza. Sentía que el vestido se me levantaba con el aire. Así que con un brazo le agarraba y con el otro bajaba el vestido.

—¡No! Sostente —Daniel pedaleaba con fuerza, como si mis gritos le dieran más cuerda.

La trenza se me deshizo con el viento, el cabello venía jugándome la cara. Yo nunca pude aprender a andar en bicicleta, nunca tuve una, aunque se lo pedía cada navidad a mamá. Pero Daniel amaba andar a toda velocidad, dejarse ir en empinadas bestiales y saltar de desniveles, no le temía a la muerte y eso me asustaba. Trató de enseñarme varias veces, pero casi pierdo dos dientes, así que un día regresó del taller con su bicicleta ajustada para que yo pudiera sentarme detrás, aunque el pedaleaba como si viniese solo.

El sol estaba cálido, besaba mi cara con gentileza. Dejó de importarme el vestido y lo abracé por la cintura, no por sujetarme, sino por sentirlo cerca.

El sueño de él siempre fue ahorrar lo suficiente e irse un par de años a un campo inglés, no porque los mexicanos tuvieran algo malo, pero ya varios han estado siendo invadidos por el narcotráfico y no era seguro. Pero para calmar sus ansias, veníamos a una colonia un poco retirada, donde casi no había casas, el césped se mantenía intacto, verde y húmedo. En este sitio nos recostábamos cuando no queríamos saber nada más del trabajo, las cuentas, las reuniones.

En cuanto llegamos Daniel se dejó caer al suelo, como soldado cansado y rendido. Los rayos le pegaron a la cara y frunció el ceño, pero no se movió. Acaricié su cabello lacio y él hacía ruidos indicándome que lo disfrutaba, pero lo disfrutaba más yo, era

delicioso verle con los ojos cerrados y sentirse confiado de dormir en mis piernas. No quería que terminara ese momento, ojalá la tierra se acabara en ese instante y quedáramos inertes en esta posición y solo esto fuera nuestra eternidad.

...

—Dulce Victoria, despierta —poco a poco abrí los ojos y comencé a enfocarlos. Por un momento me asusté, había olvidado que estaba durmiendo en un lugar que no era mi casa—, Victoria, ya despierta, cámbiate. Vamos a rentar bicicletas.

«no... puede... ser»

Me levanté de un brinco y se me revolvió la cabeza. Me sentía como si hubiese tomado tres botellas de vino, pues no sé cómo llegué aquí, o sea, sí sé, pero es como una pesadilla en la que no sabía que iba a meterme. No entiendo por qué le hice caso a Diana, es más, no sé por qué me sugirió esto, solo debí esperar a Daniel, en eso tuvo razón, hablar y listo, no necesitaba la versión de alguien más.

Daniela se estaba alistando, ya traía puesto un vestido beige con botones, colgada de medio lado una bolsita negra. Estaba frente al espejo recogiendo el cabello con un listón negro, el cuarto ya estaba impregnado de su perfume, aquel aroma me humedeció los ojos, pero me contuve.

—Vicky durmiente, ahí dejé tu ropa —Señaló a la cama. Había puesto un vestido corto para mí color verde escabeche y unos zapatos cerrados con correas—. Déjame peinarte —se colocó tras mío y cepillo mi cabello con cuidado.

—Te advierto que es un desastre —farfullé. Ella separó cada hebra con gentileza.

—No digas eso, mira, solo es cuestión de que tengas paciencia, separa cadejo por cadejo —Daniela comenzó a cepillarme y con su dedo formaba mis ondas.

—No soy paciente.

—Selo para ti, mira qué bella te ves —señaló al espejo.

—Yo no soy bella —dictaminé. Me hice a un lado.

—¿Quién te dijo esa mentira? Si eres tan hermosa —me amarró un moño verde que sacó de su cajón en una media cola. Me tomó

de ambos y ambas miramos al espejo.

—No te veas, mírate.

—Hermosa tú —regresé a verle.

—Sí, también lo soy, pero tú también, que un hombre no lo te lo diga no significa que no lo seas —tomó su frasco de perfume y me roció el vestido—. Ojalá te des cuenta.

El cielo estaba despejado sorprendentemente, aunque ayer parecía Alaska hoy se sentía un poco de calor, entonces, usar vestido no fue mala decisión.

—¿Qué desayunamos? —preguntó Daniela, dándose palmadas al estómago.

—Sé de un sitio donde venden desayunos a unas cuadas, ya sabes, esas cositas como sopa de tortilla, quesadillas, jugos de naranja.

—Dale, ya está, vamos, tú guíame —Daniela me tomó del brazo y lo entrelazó.

Ella caminaba lento, me costaba mantenerle el paso, pues yo estaba acostumbrada a ir más rápido, miraba mucho los edificios de arriba abajo, y cada diez o veinte pasos se detenía a ver algún detalle de una ventana, una pared, las ardillas de las jardineras les bisbiseaba tratando de que acercaran, pero no tuvo éxito. Me sentía desesperada por detenernos tanto, pero cedía a esperarle y respiraba hondo, tratando de evitar golpear el zapato con el piso. Era un hábito mío para apresurar a las personas.

Un niño como de siete u ocho años, con la ropa blanca un tanto sucia se acercó a nosotras vendiendo pequeñas muñecas de tela.

—¿Tú las haces? —le preguntó Daniela, poniéndose en cuclillas.

—Lele, las hace mamá —el niño trató de formular la oración en español.

—Quiero dos ¿Cuáles para ti son más bonitas?

—Rosa y morada —el niño puso las demás muñecas en el suelo, para darle las que el creyó mejor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Danny.

—Yoali

—¡Bien, Yoali! Me llevo estas dos muñecas. Muchas gracias —Le pagó y no permitió que le devolviera el cambio, solo le indicó que se

lo diera a su mamá. Aquel gesto me conmovió.

—¿Cuál quieres? —extendió ambas muñecas hacia mí.

—No tienes qué, quizás una amiga te está esperando en otra parte, puedes llevarle un recuerdo —dije apenada.

—Tal vez sí, tal vez no, pero te he preguntado cuál quieres.

—Está bien, la morada —la tomé. Era bonita, muy vistosa y bien elaborada, con ojos de tela, boca en forma uve, trencitas a los lados tejidas con estambre y listón.

Seguimos caminando a ese paso tardo hasta que llegamos frente al edificio de correos el cual estaba adornado con gárgolas y Daniela se detuvo, me esforcé por no tensarme ante otra parada. Ella se acercó a una para verle más de cerca, movía los labios como hablando sola. De su bolsillo sacó una libreta y anotó de pronto. Entonces me di cuenta de algo que no pude ver antes.

—Estás escribiendo sobre una gárgola ¿eh? —relajé mi rostro.

—Sí, es que no he usado la palabra "gárgola" en ningún texto, se me vino algo a la cabeza y no puedo perder la oportunidad porque después no me perdona.

—¿Quién no te perdona? —inquirí.

—Ella, esa cosa que me dice qué escribir, no te asustes. Es como una vocecita que me dicta lo que quiere que diga y si la ignoro y digo "Al rato lo escribo", olvídalo, creo que se lo da a otro, pues ya no lo repite —rió con nervios. Se pasó el cabello detrás de la oreja—, Perdona, suena raro, olvídalo, quizás ya te estás muriendo de hambre, no me distraigo más.

—No, no te preocupes —dije con voz serena—, solo quería saber, continua, termina —No pude evitar pensar en todas las veces que caminaba con Daniel y yo jalaba su brazo queriéndole decir que nos apuráramos, pues quería llegar al lugar que ya teníamos planeado y él muchas veces cedía a mis prisas, pero lo que él quería era ver, observar para pintar, inspirarse, escuchar a las estatuas, ellos ven el mundo de manera distinta. Yo veo una figura de piedra mal hecha que solo sirve para desaguar, pero ella ve una palabra digna de ser usada para describir quién sabe qué.

Daniela volvió a entrelazar mi brazo y caminó deprisa.

—No vayamos tan rápido, tranquila, no muero de hambre, perdón si me noté desesperada, de verdad —ella sonrió, sonrojada. Pero siguió caminando.

Faltaba poco para llegar al sitio, pero un pequeño puesto donde un señor doblaba tortilla con queso le distrajo.

—Quiero eso —dijo.

—¿Eso? ¿Quesadillas? ¿En serio? —pregunté confundida.

—Sí, huele bien —se acercó a pedir dos quesadillas para ella y dos para mí. Como no había donde sentarse, nos echamos en una jardinera, mientras ella continuaba tratando de llamar a las ardillas, ninguna se acercaba y eso me causaba gracia.

—Aquí hay muchas rosas —pronunció con melancolía. Las miró con dulzura, movía los labios nuevamente, como murmurando, hablando a sus adentros. De manera apresurada volvió a sacar su libreta para escribir, los dedos le volaban, llenaba las líneas en seguida. Respiraba con rudeza.

Al terminar me miró con los ojos líquidos y comenzó a reír, me dio la libreta para leer:

*"Seguiré regresando a este lugar,
esperando verte y a la vez no,
creyendo que aún recuerdas nuestra promesa,
esa de no alejarnos nunca,
tú la rompiste,
pero yo no,
porque puse mi corazón en tus maletas,
para que cuando alguien te hiera,
tomes el mío,
las piezas que necesites
y te reconstruyas,
aunque no esté,
aunque nunca volvamos a vernos,
aunque no sepa por qué huiste,
aunque no entienda por qué nos hicimos desconocidos,
sabré arreglármelas sin él,
total, él estaba muerto y latió por ti,*

*siempre fue tuyo
nunca mío"*

—¿Esto se te ocurrió ahorita? —dije asombrada. Ella movió la cabeza en afirmación.

—Ajá, te digo que algo viene y me susurra cosas —se mordió los labios—, ¿Te gusta?

—Es precioso. ¿Lo escribiste para quien yo creo?

—Sí y no.

—¿Por qué dices que corazón de acuarela es tu libro favorito si te rompieron el corazón? —dije confundida.

—Tal vez me hirió y aunque el final no fuese lo que esperaba, es mi historia favorita, porque nadie me hizo aprender tanto de mí como él, así que sí, escribo de él, pero por mí —apenas iba a responder cuando se levantó y se sacudió el vestido—. ¡Vamos! No sea que llueva y no podamos andar en bicicleta. Corre, corre —La seguí, esta vez sí íbamos muy rápido.

Llegamos a un puesto donde un viejecillo de pantalones bombachos estaba rentando bicicletas, algunas rudas otras muy adorables y de colores pasteles.

—Danny, no sé cómo decirte esto —me troné los dedos.

—¿Qué?

—No sé andar en bicicleta

—¿Cómo?! —Espetó. El viejecillo escuchó mi penosa confesión y se acercó.

—Señoritas, pueden llevarse esta, tiene un asiento alargado para ambas.

—¿Ves? Asunto resuelto, no te agobies —Daniela tomó la bicicleta y se montó —, ¿Qué esperas? Vamos.

—¿Vas a poder con mi peso?

—¿Bromeas? Puedo con otras dos personas, que no te engañe mi apariencia, sube ya —Subí con nervios, tratando de sujetarme a los barrotes debajo del asiento. Daniela comenzó a pedalear, primero iba despacio, pero poco a poco comenzó a alocarse y a gritar como si le hubiese picado una abeja. No tuve de otra más que tomarle de la cintura, pues la mujer no era muy buena ciclista que digamos,

veía que le titubeaba el manubrio cada vez que tenía que pasar entre dos objetos.

—¡Daniela! Ve más despacio ¡Vamos a matarnos!

—¡No puedo! —gritó.

Comencé a rezar para no partirnos la cara. Ella iba cantando una canción en no sé qué idioma, riendo como si le hubiesen contado un chiste buenísimo.

—¿Sigues viva?! —preguntó.

—No —Daniela se detuvo enseguida cuando me escuchó. Me solté a carcajadas—, obvio sí estoy viva.

—Tonta, me asustas, ja, ja, ja —Arrancó con más fuerza, ni siquiera sabía esquivar los baches, pero reía, una risa tan contagiosa, donde no evité reír también. De pronto la risa cesó y comenzó a pedalear más despacio, creí que por fin se le había acabado la batería, pero al detenerse, se llevó la mano al pecho, los labios se le veían morados y trataba de inhalar profundo.

—¿Es-estás bien? —me preocupé. Ella asintió tratando de poner su mejor rostro, pero notaba que le costaba respirar

—Sí, solo dame un minuto —se dobló y siguió respirando.

—¿Segura? —ella volvió a asentir. Su piel palideció, pero después de unos minutos que parecieron eternos, volvió a recobrar color.

—Maneja tú —me indicó el manubrio.

—No puedo.

—Súbete, vamos yo te agarro. Tú solo debes ver un punto y pedalear —dijo como si fuera lo más fácil del mundo. Sus labios poco a poco se tornaron a su color normal. Nunca había visto eso—. ¿Entonces? —insistió.

Me subí y puse un pie en un pedal, decidiendo entre subir el otro o no. Daniela tomó el manubrio.

—Nos vemos ridículas, Danny, esto debería ser a los 10 años, no a los veintitantos.

—¡Ay! ¿Cuál es la diferencia? Mira, lo peor que puede pasar es que te rompas los dientes.

—Ja, ja, ja, vaya, al menos sé reparármelos —bromeé.

—¿Cómo? ¿Cómo se reparan?

Acababa de decir algo que no debí.

—Pues, con... pegamento.

—Ja, ja, ja —ironicé.

Traté de pedalear, pero me iba de lado, ella me insistía de volver a intentar tratando de sostenerme, pero avanzaba un poco y me atacaba el miedo y me ganaba el peso, pero Daniela repetía una y otra vez "lo haces bien", y eso me animaba a darle otra oportunidad.

For I can't help falling in love with you 🎵

Una canción se escuchaba cerca del parque donde nos encontrábamos, un hombre cantaba a mitad de la calle con una guitarra a la que le faltaba una cuerda, "*Cant Help Falling in Love*", no era la voz de Elvis Presley, pero era igual de armoniosa. Me bajé de la bicicleta. Esa canción la quería para mi...

¡Boda!

—¡El vestido! —exclamé.

...

capítulo 15: El vestido

...

—¿Qué vestido? —me miró sin comprender.

—Hoy es ... ¡Ah! Tenía que ir por él, pero, bueno ya no importa, olvídalo.

—¿De qué hablas?

—El vestido de... mi boda. Da... quiero decir... El diseñador me dijo que pasara hoy por él, pero...

—No quieres cancelar nada ¿Verdad? —yo bajé la mirada ante esa pregunta—. Mira, no te acongojes, tú sigue normal hasta que él regrese y hables con él, dale la oportunidad de que hable.

—No sé qué es correcto ya.

—Vamos por tu vestido, si recordaste es porque quieres ir por él, te acompaño —subió a la bicicleta, haciéndome seña de que hiciera lo mismo.

Una parte de mí estaba decidida a votar todo, a él, a ella, pues le estoy dando vueltas a la sogá. Pero de irme viviré con el "hubiera", hubiera escuchado, hubiera esperado. Daniel nunca me prometió nada, pero hizo más de lo que se puede prometer, aunque decenas de veces fuera incomprensiva y no quisiera escucharle siempre me escuchó a mí, que si mi paciente, que si un mal diente, tratamiento radicular y demás. ¿Qué se hace aquí? ¿Cómo renuncio a quien me hizo tan feliz?

—¿Entonces? —volvió a preguntar Daniela. Ella quería que le dijera que sí. No entiende qué está haciendo aquí, si ella lo supiera, seguro me abofetearía y me enviaría al infierno—, ¿En verdad lo que pasó fue muy grave como para que no haya solución? Si tu respuesta es sí, vámonos —añadió. Desvié mi mirada ¿cómo contestarle que ella es la razón?

—Vamos —subí al asiento—, pero no vayas tan rápido.

—¿Está cerca?

—Realmente sí.

Daniela iba más despacio, aunque escuché que aún jadeaba un poco por el cansancio de hace un momento. Me ponía nerviosa que se distraía con facilidad y dejaba de ver al frente, trataba de no hacerle plática, porque automáticamente quería hacer ademanes y soltaba el manubrio.

—Es ahí, donde dice *Dress and Dress* —le apunté.

Al detenernos, ambas nos embelesamos en el gran aparador, había cuatro maniquíes sin rostro con vestidos esplendorosos, uno de ellos era tan largo como para ir trapeando todo el salón al paso. Danny me miró con mucha ilusión, como si llevara años de conocerme y estuviese feliz de acompañarme a dar un paso que esperó por mucho tiempo.

—Entra —me dijo, empujándome un poco por la puerta. Me dio un retortijón de tripa. Tomé aire y abrí la puerta. Una señorita estaba cambiando un maniquí con mucha dificultad, pues el vestido que traía en manos lucía muy pesado.

—Buenas tardes ¿Está Charly? —le pregunté.

—Sí, está atrás ¿quién le busca?

—Am... tengo una cita para medirme un vestido que le encargamos hace seis meses —la mujer fue al mostrador y sacó una libreta.

—Su nombre.

—¿Mi nombre?

«pues sí, claro, cabezona, te está preguntando tu nombre».

—Señorita Miranda —contesté. La chica me miró con desconfianza y volvió a revisar su lista.

—¡Ah! De acuerdo, permítame —La mujer desapareció por una puerta trasera. Sentí el sudor comenzar a traicionarme por todos los pliegues. Al menos Daniela no había escuchado, estaba mirando los vestidos con ternura, los tocaba suavemente con la yema de los dedos. No evité sonreír al verla, pero no de felicidad, sino de tristeza, pensé en lo que está sintiendo, sé en quién está pensando. Se soltó su coleta que ya estaba más que estropeada por el aire, y ni siquiera se le remarcó el pliegue del listón.

—¡Señorina Emilia! —escuché la voz de Charly tan entusiasmado al verme. Se me abrieron los ojos de espanto. Daniela regresó a verme con confusión.

—¡Charly! —contesté nerviosa—, vengo a medirme el vestido.

—Por supuesto, mi vida, es... ¡Maravilloso! *Wonderful!*, te verán los medios de todo México y dirán ¡La necesitamos de primera dama! Y seguro te preguntarán ¿quién ha hecho esa maravilla de vestido? Y tú dirás: Charly de dress and dress —dijo con entusiasmo. Tensé la mandíbula. Este hombre hablaba como para que toda la cuadra lo escuchara.

Sacó de un gran anaquel una caja rosada con detalles en plata, tenía estampado el nombre de su tienda. Ni parecía que dentro hubiese un vestido, más bien parecería que voy a sacar la corona de la Reina Isabel.

—¡Listo, sweetie! Aquí está, pasa, pasa al vestidor, por favor — Al tener la caja entre mis manos, no evité ver a Danny, ella al notarlo se acercó.

—Ve, disfruta esto, no pienses en nada más —opinó. Ella se sentó en los sillones acolchados que estaban frente a los vestidores. Apoyó su cara en sus manos y me miró con ilusión.

En el vestidor abrí la caja y lo que vi me dejó perpleja. Era precioso. Lo acaricié como si tuviera vida, se sentía tan suave. Oía delicioso, a tela nueva, pero con un toque de dulzor. El vestido tenía piedrecillas pequeñas y discretas, que al movimiento daría esos destellos rápidos con las luces. Era largo, ajustado a la cintura, y a partir de las caderas suelto. No tenía un escote pronunciado, pero era en forma de corazón dando una apariencia estilizada al pecho. Las mangas eran largas y terminaban en detalles de encaje. Era más bello que en el boceto. Me lo coloqué con delicadeza, no quería estropearlo. Se sentía tan cómodo para ser un vestido de fiesta. Daniel le había dado un boceto a Charly con su idea para el vestido, pues yo no tenía idea en un principio de qué quería, pero a él le hacía mucha ilusión dibujarlo.

Me quedé anonadada viéndome al espejo, di vueltas y sentía el movimiento que tenía la falda. Me quedaba un poco flojo de la cintura, eso me entristecía, había descuidado mi alimentación los

últimos meses, sentía más estrechas las caderas, pero sé que Charly podrá hacer algo.

Qué tonta, hablo como fuera a usarlo...

¿Lo usaré? Quisiera, qué más quisiera. ¿Por qué apareciste Daniela? ¿Por qué existes? Solo quiero volver a mis sueños, a mi antigua vida en la que no sabía de su existencia. Los músculos de mi rostro y nuca comenzaron a endurecerse. De la pequeña rendija que quedaba entre la puerta la vi a ella mirando hacia el frente, esperándome.

Charly se le acercó a Daniela, y algo le preguntó, pero desde aquí solo parecía cuchicheo. Salí en seguida con el susto en la garganta.

—¡Vicky! —Daniela se sorprendió al verme—. Se llevó ambas manos a la boca y se puso de pie—. Te ves... ¡Hermosa! Realmente hermosa —Charly se quedó con mi nombre en la boca en cuanto ella espetó el falso, pero no dijo más.

—¿Qué tal te sientes en él? ¿Qué le arregló? Mejor dime ¿Es divino sí o no? —preguntó Charly, inspeccionándome por todos lados.

—Es precioso, es mejor de lo que pensé.

—Sí, su prometido es un genio en todo esto, pensaré seriamente en ofrecerle empleo ¿crees que quiera? —esbozó una gran sonrisa, mientras se acercaba a mi cintura. Al oír "mi prometido" se me calentaron las orejas.

—Sí, sí, pues emm... de la cintura está un poco flojo ¿se puede arreglar cierto? —dije de pronto, para tratar de cambiar el tema. Charly asintió y dando vueltas como bailarina fue tras sus alfileres para sujetarle.

Daniela me miraba con los ojos cristalinos, con la cabeza hacia un lado como quien mira algo adorable. No quise preguntarle qué pensaba. Volví hacia el espejo principal que abarcaba toda una pared y me di la vuelta para verle por atrás. Imaginé la cara de Daniel al verme con esto, los ojos que pone al verme con un nuevo vestido siempre han sido irresistibles y en este quizás sería el doble, siempre se mordía los labios, y me tomaba mi mano para que diera una vuelta y así lucirle lo que traía puesto. Me viajé imaginando el

vals, tomando una copa, brindando, pero en todos esos pensamientos era feliz, por en ellos no existe Daniela.

La vi de reojo, estaba escribiendo algo en su libreta, la pluma volaba, escribía a una velocidad impresionante. Yo odiaba que Daniel sacará la libreta en todo momento, íbamos al teatro y la sacaba, al circo y la sacaba, a comer y otra vez. Me parecía una falta de respeto pues, era tiempo nuestro y al llegar a casa era otra discusión, pero ¿En realidad no pueden evitarlo? ¿De verdad algo los controla?

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, es solo que me recordaste tanto a mí.

—¿Cómo así?

—Yo dibujé algo parecido a tu vestido hace algunos años, inclusive lo había mandado a hacer, pero ya ves mi historia y nunca pasé por él, me imagino que así luciría —se le quebró la voz—. Perdón? Ignórame, te ves hermosa, no dudes eso. Él se sorprenderá al verte —Daniela me esponjó el cabello.

Fui a retirarme el vestido de la manera más veloz que pude, para evitar que aquellos dos hablaran, pero cuando presté atención, ya estaban hablando en el mostrador.

—Te juro que te he visto antes, cariño ¿segura que nunca has venido aquí? —Charly le jugaba un mechón a Daniela. Al escuchar eso intervine rápidamente.

—Aquí está la caja, es un bonito trabajo. Muchas gracias, entonces ¿cuándo paso por él? —interrumpí.

—En diez días puedes pasar por él o mejor te lo envío... creo que no tengo tu dirección, ¡Oh! Pero ¿Estás en la casa de Da...

—No, no, no te molestes, yo vengo por él —alcé la voz, para evitar que siguiera hablando —le di la mano y jalé a Daniela para ya irnos.

—Un placer, señorita Miranda —salió de sus labios mi apellido. Mis ojos se abrieron de par en par. Sonreí de manera nerviosa y me apresuré.

—¿Miranda? —me preguntó fuera de la tienda.

—Sí, em... Miranda es mi apellido —contesté titubeando.

—¡Oh! Es muy bonito.

—Escuché que hablabas con Charly en lo que me medía el vestido ¿De qué hablaban? Si no es indiscreción —interrogué.

—¡Ah! Es que él insiste que me ha visto en alguna parte, le estaba contando que yo llevaba diez años sin venir a México, qué tal vez en la escuela o algo por el estilo, ya que él estuvo en la clase de pintura, pero lo dejó por ir a estudiar moda a New York.

—Ya veo, puede ser, tal vez, sí, sí, el mundo es pequeñito.

—Ven, vamos a entregar esta bicicleta —Contestó con el semblante algo decaído, desde que salimos de ahí se apagó un poco. Quizá cometí un error al dejar que me acompañara. En cuanto me vio con el vestido se le iluminó el rostro, pero rápidamente pasó a ser el de una mujer en un funeral que pretende estar bien.

Pero lo que me mata aquí es el diseño. Daniel me hizo un boceto del vestido, y ya se me hacía extraño que un hombre tuviera en la cabeza un vestido como este, y ahora me entero de que le robó la idea a ella! ¿Por qué hizo semejante cosa? ¿con quién he dormido todo este tiempo? ¿Y si este es el vestido que ella nunca recogió? ¡maldita sea!

Daniela no habló más en el trayecto, no reía, no estaba gritando y tampoco iba a una velocidad rápida. Su tristeza era como un perfume donde su estela llegaba hasta el asiento trasero y podía chocarme en la cara, no niego que empatizaba, porque sé que es tener el corazón roto, pero una parte de mí quería reírse, mi rencor hacia Espejo quería salir a flote. Una estocada de venganza, es como si me hubiese metido a arrojar gasolina al taller y todos esos ojos y sonrisas las hubiera desbaratado como siempre lo quise. Espejo se ríó por años y ahora yo tenía la oportunidad de reírme. Pero luego volvía la Emilia que estaba sintiendo algo en el corazón. Era una pelea que solo yo sabía que estábamos teniendo.

En la central de bicicletas pregunté:

—¿Estás bien? No te noto como hace unas horas.

—Todo está bien —me brindó una sonrisa triste. El cielo poco a poco comenzaba a nublarse, y ni ella ni yo trajimos suéter. Pero pareciese que poco le importó que la temperatura estaba descendiendo.

Comenzamos a caminar sin dirección, solo caminar. Un policía turístico se nos acercó para darnos un mapa.

—Señoritas, les regalo un mapa por si buscan hotel, restaurante, museo, aquí vienen varios a los que pueden ir. Hay uno que montaron recién.

—¿De qué es? —pregunté.

—El primer museo de Van Gogh, está a unos doce minutos caminando en línea recta, verán varios carteles.

—Gracias —contestó Daniela.

—Sé que te ha llamado la atención ¿quieres ir? —Ella asintió con la cabeza sin decir palabras.

Yo abrazaba a las dos muñecas, pues el frío ya me estaba atacando, pero ella ni siquiera chistaba. El silencio se había hecho notar. No se me ocurría nada que pudiera decir para comenzar un nuevo tema. Veía a todos lados en busca de algo qué señalar, pero mi mente estaba en blanco.

Doce minutos exactamente y encontramos el museo, no lo había visto y eso que pasé por aquí ese día del recital, o no observé, siempre vengo pensando en mil cosas que no veo lo nuevo que ponen en la Ciudad.

Era muy pintoresco, las paredes estaban decoradas con flores amarillas. No había una fila larga, así que pasamos pronto. Dentro la luz era tenue, había murales haciendo representación de los cuadros del pintor.

—Qué triste que él no estuviera aquí para ver todo esto —dije.

—¿Quién? —preguntó confundida.

—Vincent Van Gogh, ha sido una pena que decidiera quitarse la vida, mira todo lo que han hecho en su honor, por su talento, si tan solo hubiese esperado un poco más.

—Desgraciadamente solo así lo notaron.

—Solo así notan a un artista —dictaminó.

Nos detuvimos a mirar los lirios y el almendro en flor los cuales estaban juntos.

Después pasamos hacia el trigal con cuervos y el café de noche. Creí que al entrar aquí Daniela estaría de Parlanchina, o sacando su

libretita cada tres pasos, pero no, cuadro tras cuadro y no decía más.

De pronto se llevó sus manos al rostro y lo talló con fuerza.

—Perdón, este sitio me causa nostalgia —confesó—. Siempre trato de huir de la melancolía, pero la desgraciada me encuentra a donde quiera que vaya.

—Lo dices por lo que me contaste ¿no? Del chico con el que ibas a casarte, la tienda de vestidos fue algo duro, supongo —una sonrisa quería reflejarse en mi rostro.

—Sí, pero más que tristeza, siento rabia conmigo misma, porque esas cosas deben quedar atrás y no puedo, ¡Han pasado años y siento que fue hace un segundo! —vi las lágrimas acumularse en su línea de agua—, a veces... Dios, no hay día que pase y no lo recuerde, quisiera tan solo que me diga que es feliz, que fue la mejor decisión de su vida y que ha encontrado a alguien más y entonces quizás pueda dejar de esperarle o no, tal vez quiero que me diga que se ha equivocado y que fue lo más estúpido que pudo hacer, pero esas cosas no van a suceder, ha tardado demasiado, debe estar haciendo una vida estupenda a lado de no sé quién y yo no puedo abrirle mi corazón a nadie porque ahí sigue, porque de querer meter a alguien tendrá que compartir habitación en mi corazón y eso no lo merece nadie. Quiero avanzar, te juro que sí, pero tengo miedo porque sé que sí puedo —Traté de poner la cara de una amiga comprensiva, fingir que no me está diciendo que al amor de mi vida quiere que vuelva con ella, que eso significaría que yo quedara varada. Pero al mismo tiempo me veía a mí rabiando por la casa, y sentí un goce ante lo que decía.

—¿Por qué lo amaste tanto? —reté—. ¿Qué pudo haber hecho para que le sigas esperando después de una década?

—Si te lo digo no lo entenderías.

—No importa, dime —contesté.

—Él era como yo, Victoria. Él era la casualidad más bonita que la vida me puso frente a mí. Siempre me sentí tan desconectada de todo y todos, en un mundo donde parecía que hablaba otro idioma hasta que apareció él, desde el primer día que escuché su nombre y le vi a la cara, sentí lo que puede sentir una pieza de puzzle al

encontrar a su par después de haber intentado con otras diez mil piezas. Este corto tiempo en el que he estado de vuelta, miro a todos lados esperando verle y a la vez no, quisiera que anduviera por ahí, aunque otra vez me desvíe la mirada, pero quisiera, solo quisiera saber que está bien y que está siendo feliz. Prometo que me iría, prometo que lo haría y entendería esta vez que todo cerró —Me ardía el tórax de escucharle, ver sus ojos mientras sus labios hablaban de él, me hizo sentir culpa, como si tuviera algo robado y que están a punto de descubrirme.

—Ojalá Alex hubiera visto en ti lo que tú viste en él —lamenté.

—Daniel, su nombre es Daniel.

El momento temido había llegado. Era mejor cuando escuchaba el nombre Alex en sus labios, aunque supiera que hablaban del mismo. Lo dijo. El nombre 'Daniel', salió de su garganta como hielo y fuego, claramente escuché como todo se cuarteó dentro, como si hubiese tenido miles de cristales apilados y una flecha con una punta muy fina hubiera caído a toda velocidad en el centro. Me llevé la mano al pecho y tal vez ese gesto para ella no significó nada, pero para mí, era tratar de contener la sangre de la herida. Solo Dios sabe cuánto me estaba doliendo.

El día que la vi en ese escenario fue un dolor fino y cortante, pero hoy es totalmente diferente, es duro, continuo y explosivo.

—Tiene... tiene sentido... era de suponerse, Daniela, Daniel, es curioso —dije nerviosa, titubeando y queriendo hablar lo más normal y fluido posible como hace unos minutos.

—De eso hablo, es la coincidencia más extraña, pero la más bonita. Él creyó en mí como nadie, si yo no le hubiese conocido, no estaría en donde estoy ahora, pero si no le hubiese conocido no me dolería despertar cada mañana tampoco. Siempre supe que se iría... ¿Crees en las maquinas del tiempo, Victoria? —cambió abruptamente su discurso.

—¿De qué hablas?

—Yo soy una, me siento atorada. Los días, los meses, los años pasan, pero yo sigo en ese instante en que Daniel pasa delante de mí como si no me hubiera visto. No puedo salir de ese bucle, despierto y otra vez estoy ahí, llega la noche y sigo ahí.

El dolor en sus ojos y su voz era inevitable no sentirlo. Entonces entendí, de eso trata todo, todo lo que escribe por eso arde, porque siempre ha escrito con la sangre de la herida. Por eso vi tantas veces llorar a Daniel con los pinceles, porque él... pintaba con la sangre de la herida.

—Pero ¿por qué siempre supiste que se iría? —Daniela inhaló hondo, le dio un vistazo a la noche estrellada y después regresó a verme.

—¿Has conocido a alguien con quien conectes en todos los aspectos posibles? No hablo de uno, dos o tres cosas, sino todo, como si alguien hubiera tomado a una persona y la hubiese dividido para hacer dos, algo así como las estrellas de mar, que las cortas y se hacen dos seres totalmente independientes e idénticos ¿Te ha pasado?

—No, nunca.

—A eso me refiero, y es normal, eso no debe pasar. Encontrar alguien idéntico a ti es una locura, es todo un salto a otra dimensión, pero pasó, lo encontré a él, y cada día a su lado era la cosa más jodidamente extraña, creí que el había sentido esa clase de magia conmigo, ahora creo que la única que lo notó fui yo. Lo visualicé para toda la vida y ese fue mi error, la vida me lo puso enfrente para descubrir la magia y ver que no es para siempre.

Al escucharla, la verdad casi se me salía de la garganta. Hace unos momentos sentía un poco de alivio verle sentir lo que puedo sentir yo, ese dolor de la traición y quizás hace unos meses hubiera reído a carcajadas, pero ¿Qué culpa tiene ella de lo que él me hizo?

Tal vez, de ser él, también lo hubiera hecho, no dejarla varada sin decir más, pero también estuviera como imbécil haciendo cuadros día a día de ella. Es hermosa, es realmente hermosa, con los ojos abiertos, con los ojos cerrados por timidez ante las cámaras, cuando habla y cuando no. El viento en la bicicleta hizo añicos su peinado, pero ¿quién lo notaría? Nadie, absolutamente nadie, si tiene defectos no podría verlo porque sus ojos acaparan todo. Es noble, escribe, tiene un corazón bondadoso, cree que estoy en la quiebra en mi trabajo y me tendió la mano, aunque no me conoce y iqué bueno que no! De conocerme me odiaría, quizás me hubiera

escupido en la cara y con justa razón. Trae el vestido arrugado por la bicicleta, algo sucio y con pequeñas manchas diminutas del desayuno, pero ¿Quién lo ve? ¿Quién le quitaría los ojos de encima? Ni yo lo he podido hacer desde hace días, tanto que aquí estoy como desquiciada en busca de ya no sé qué. Entiendo, entiendo al estúpido de Daniel, entiendo todo. Y no creo que haya dejado de amarla, de ser él, primero me daba un tiro antes de dejar que se fuera, debe haber una razón. ¡Ella fue mi peor pesadilla por años! Mi rival, la mujer con la que competía cada mañana, me veía al espejo y automáticamente pensaba en si ese día lucía mejor que ella, aunque solo fuera pintura, y no, no seré ella nunca, y no quiero. Me agrada, realmente me agrada ¿quién no se enamoraría de ella? Tiene todo lo bueno del mundo y estoy segura que incluso el corazón de Daniel.

«Debo decirle quién soy»

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

capítulo 16: Corazón de acuarela III

...

—¡Alexa, despierta! —me zangolotearon la cama.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué hora es? —ya había abierto los ojos, pero ella seguía meneándome bruscamente. Miré por la ventana, pensando que se me había hecho tarde, pero no, el sol todavía no salía.

—¡Mira! Lee esto —tenía un sobre en las manos el cual tomé.

«Universidad de letras, Madrid, España»

Cuando vi de donde provenía esa carta sentí que el aliento se me iría, leía una y otra vez el título porque no podía creerlo, no entendía el por qué estaba aquí ni por qué tenía mi nombre. Las manos comenzaron a temblarme. Como pude abrí el sobre. Mamá me miraba con cara de alegría, sorpresa y nerviosismo, entrelazaba sus manos una y otra vez para contener la ansiedad, olvidándose que también habían llegado cartas de adeudo.

—léelo en voz alta, cariño —dijo mamá.

—Sí, sí, voy.

«Srita. Alexa Nerea:

Hemos leído su manuscrito, ha sido revisado por varios de nuestros miembros del comité de letras de Madrid, y hemos tomado la decisión de hacerle la cordial invitación de entrar de manera directa a la facultad de letras de la capital con una beca del cien por ciento. Si así lo desea y lo solicita, podemos buscarle estancia en el campus. Pedimos nos envíe su respuesta antes de las inscripciones de otoño.

Le mandamos un cálido abrazo esperando tenerle pronto por acá.

F. G. Lorca»

—Hija, no me habías dicho que mandaste un manuscrito —comentó mamá igual de confundida que yo.

—No, yo no hice esto. Pero, sí, hay un manuscrito que no tengo en mis manos, sé quién lo tomó —contesté.

—¿De qué hablas, Alexy?

—Le di un manuscrito a Alex para que me diera su opinión hace como tres meses, debió ser él.

—¡Qué bárbaro! ¡Gracias a Dios! Pues a agradecerle al joven, tú deseabas esto, cariñito ¿no? ¿por qué no te veo entusiasmada? —me levantó la barbilla y puso sus ojos frente a mí.

—Lo estoy, de verdad lo estoy. Sí me entusiasma, creo que cualquiera que sueñe con escribir esto sería como una carta del cielo, solo que, no creí que a ellos les interesaría mi trabajo, es decir, es malo ¿no será una broma? —revisé el sobre, traía en orden los sellos oficiales.

—Y si eres mala ¿qué? —mamá me tomó por los hombros—. Ve y fracasa, qué importa, no pasará nada, vuelve a casa y ya está, comenzamos de nuevo, triunfando o fracasando sigues teniendo el mismo valor, hija —expresó. Yo asentí con la cabeza. Aparté las sábanas de la cama. Busqué algo en el armario, un vestido color magenta, unos botines y mi sombrero negro. Ni siquiera me pasé un cepillo por el cabello, solo lo mal trencé para que no me estorbara en el rostro. Quería ir corriendo al apartamento de Alex.

—¿No vas a desayunar algo, hijita? —dijo mamá al verme bajando de prisa.

—Regreso rápido —grité, mientras cerraba la puerta.

Estaba un poco nublado, gotitas pequeñas y ligeras caían por todas partes, recién se veían los destellos del sol por las montañas. Aceleré mi paso ¿qué estaba pensando al usar botines? Eran un poco altos, por lo tanto, me cansaban el talón, pero ansiaba llegar, tampoco había tiempo de esperar la ruta.

Dentro de mí había una pequeña Alexy dando saltos por todo el corazón, ni en mil vidas imaginé que pudieran aceptarme en esa universidad, es una locura, un sueño, parece una broma, como que en cualquier momento llegará una carta para decirme que fue una tontería su decisión y yo no replicaría al respecto.

—¡Alex! —Grité dirigiéndome a la ventana, pues sabría que solo tocar la puerta no sería suficiente para su sueño tipo hibernación—, ¡Alex! —No tenía respuesta alguna. Busqué pequeñas piedritas para arrojarlas hacia la ventana.

Lancé la primera y no le di. Lancé la segunda y entró por la ventana, de pronto escuché un pequeño alarido.

—¡Alex! ¡Despierta! —vociferé—. Aquel chico con el cabello revuelto asomó por la ventana, tenía esos ojos pequeñitos de quién se acaba de despertar. Entrecerraba los ojos para lograr enfocarme —, ¡Alex, ábreme! Tenemos que hablar.

Fui a la puerta a esperar, no sabía cómo íbamos a hablar esto. En lo que esperaba aproveché para ver las jardineras, había rosas color amarillo, esas no estaban hace cuatro días. Alex ya no hallaba donde poner otra maceta.

En cuanto salga le diré: *gracias, pero ¿por qué hiciste algo sin mi consentimiento?*

Lo diré firme, sí, porque no tuvo por qué pasar sobre mí decisión, le dije que lo pensaría y no respeto tal cosa. Bien, eso diré.

Me arreglé el cuello.

Abrió la puerta y cuando apuntó sus ojos olivos sobre los míos, olvidé por completo el discurso que venía pensando en el camino. Mi mente se puso en blanco, él estaba sin camisa, solo tenía puesto un pantalón de mezclilla. Se hizo a un lado para que pasara. En cuanto cerró la puerta iba a sacar la carta de mi bolsillo para que me explicara.

—Dime qué signifi... —Alex se fue sobre mí. Comenzó a besarme y poner sus manos en mi cabello. Mi boina quedó por el suelo. Me besaba con tanta suavidad, dulzura, pero a la vez con tanto salvajismo que era difícil soltarse. Me acariciaba con delicadeza y deseo. Me dejó caer en el sillón, este era el único momento donde permitía que fuera posesivo. Su piel olía a menta fresca, estaba tibio, pues recién había salido de la cama. Me daba pequeños mordiscos en los labios y eso me erizaba por completo. Se coló entre mis piernas, lamiendo desde mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja. No pude evitar reír ligeramente ante aquellas sensaciones.

—¿Qué es tan gracioso? —me decía sin apartarse de mí, tomándome de ambos muslos y acercándolos contra él.

—Nada, nada —jadeé.

—¿Nada? —No quedaba ningún centímetro de distancia entre nosotros. Encajaba mis uñas en su tersa espalda y eso le estremecía. De pronto tembló y respiró de manera profunda, deteniéndose.

Lo hice a un lado.

—Alex... espera —me acomodé el vestido.

—¿Sí?

—Vengo a hablar sobre... —me besó, callándome. Y entonces las palabras se me esfumaron de la lengua. Comenzó a desabrochar los botones de mi pecho con torpeza, pero abrí los ojos y de la barra vi a su gato Adolfo que nos miraba sin pestañear.

—Adolfo está en la barra —dije como pude.

—Puede esperar.

—No, no puede —lo aparté poco a poco.

—Vamos, dale de comer, no se irá de ahí —A decir verdad, me daba bastante vergüenza ver la mirada retadora de Adolfo como si supiera todos nuestros pedidos. Si fuera un humano, sería un señor barbón, barrigón de sesenta años con un puro de tabaco cubano en la mano izquierda mientras en la derecha sostiene el periódico matutino.

—Hmm... —refunfuñó con ternura—, me debes el doble —espetó. Alex fue a abrirle una lata de atún a Adolfito. El gato comenzó a arañarle el pantalón al escuchar el sonido de la lata.

—¿En qué estábamos, pequeña Amapola? —dijo con ternura. Quiso volver a lanzarme contra el sillón, pero le detuve.

—Explícame esto, por favor —le di el sobre. El al verlo palideció, pero en automático se puso eufórico y me cargó dándome vueltas, casi pisábamos al pobre Adolfo. Él bufó y se alejó de tanto griterío.

—¡Te aceptaron! Yo lo sabía, lo sabía, te lo dije, millones de veces te dije que lo intentarás —me llenó de besos el rostro.

—Sí, y debías esperar a que yo tomara la decisión ¿no? esto me correspondía a mí.

—Si te dejaba a ti tomarla, seríamos ancianos y aquí siguieras pensándolo.

—¡No seas grosero! —Repliqué.

—Es la verdad, niégalo, vamos, sabes que es cierto, pero eso ya no importa. Ahora sabes que tu trabajo es bueno ¡Mira la firma! ¡Ve quien ha firmado! —Alex seguía extasiado con la carta entre sus manos—. ven, tengo cervezas, festejemos —me llevó hasta la cocina.

—¿Y si no duro mucho allá? Tal vez me corran cuando lean lo demás —dije dudosa.

—¡Tonterías! Saldrás de ahí publicada, te lo aseguro.

—¿Y si no?

—No puedo responder a esa pregunta porque no pasará. Es más probable que fracases en México, vamos, solo publican a asnos como al mentecato de Barreto, y estoy segura que esos manuscritos no son de él.

—No puedo dejar a mí madre —bajé la mirada.

—¡Alex! ¡Piensa en ti una vez en la vida, por Dios! Tu madre estará orgullosa de saber que su única hija voló para ser una estrella —expresó—. No le haga eso, es más, no te hagas esto, aquí no serás nadie.

—¿qué pasará con nosotros? —pregunté inquieta.

...

Capítulo 17: despedidas

...

Regresamos al hotel, estábamos un poco mojadas por la ligera lluvia vespertina. Daniela estaba secándose el cabello con una camiseta y en cuanto me vio tomar la toalla y pasarla por toda la cabeza me detuvo.

—¡No! Espera, vas a romperte el cabello —me quitó la toalla y me dio otra camiseta—, mira, usa esto. Verás que el cabello se maltrata muchísimo menos.

Pedimos de cena panecillos con miel y leche caliente. Por lo visto en los ojos de Daniela se le había pasado un poco lo que hablamos hace rato y lucía un semblante un poco más radiante, tal vez ya es costumbre eso de bajonearse y reponerse de manera rápida varias veces al día.

—Mira ¿qué es eso? —apunté al tocador. Había un pequeño ramo de nardos. Daniela se levantó y lo olió.

—Huele a funeral, ja, ja, ja, espero no sea un mensaje secreto.

—¿Quién lo manda? —pregunté curiosa.

—¿quién más? Oliver, es seguro.

—¡Ah! Tu representante. Pero a ti no te gustan los nardos ¿verdad? «era de esperarse».

—No, en realidad muy poco. Cuando murió mi madre fueron las flores que más abundaron por todos lados, entonces me da algo de escalofríos.

—Oh, bueno, deberías contárselo a Oliver, quizás así para la próxima pensaría en otra especie de flor —Danny acariciaba los nardos que aún no estaban del todo abiertos.

—Él ya la sabe —soltó una risilla nerviosa.

La cena había llegado con la misma señorita amable de la noche anterior. No quería quedarme con las dudas así que de caradura me

atreví a preguntar.

—¿Hay algo más entre ese Oliver y tú?

—Mmmm... —Daniela se mordió los labios y comenzó a mirar a ambos lados—, ¿Algo cómo qué?

—Sabes a lo que me refiero...

—pues... no sé, en realidad nada, amistad, eso sí. Pero si te refieres a algo sentimental, Oliver ha estado por meses haciendo este tipo de cosillas, florecitas, dulces, tarjetas como la que me dejó con el policía, a veces me ha invitado a cenar, lee mis manuscritos, es algo distraído también. Pero es un buen hombre.

—Piensas darle una oportunidad un día ¿verdad? «*mujer metiche me dicen*» —Dan volvió a mirar a ambos lados y a fruncir el ceño.

—Tal vez, creo que tal vez sea lo mejor. No puedo quedarme guardándole luto a alguien que ni siquiera a muerto, debo retomar mi vida de una vez por todas, es decir, quiero retomarla —dijo Daniela un tanto desanimada. Tenía razón en gran parte, eso de retomar su vida y no seguir llorándole al pasado, pero... bueno, no conozco a ese Oliver, pero me parece algo terrible lo que hizo con esas flores, vamos una anécdota así no se te puede pasar.

—Pues sí, te mereces otra oportunidad.

—Como te dije hace un rato, no estoy segura. Es un buen amigo, siempre está, aunque ande de acá para allá y tenga miles de trabajos, para mí siempre tiene tiempo. Tal vez pueda llegar a quererlo más, sabe sacarme sonrisas, aunque sea por sus tonteras.

—Sí crees que será bueno y te hará feliz, está bien —contesté dudosa.

«No será feliz»

—¡Este pan es buenísimo! —dijo después de darle el primer mordisco.

—Oye, Danny ¿cómo fue que decidiste irte a Madrid?

—¡Buena pregunta! —dijo con la boca llena. Tragó de golpe—. Yo no lo decidí, me aventaron —rió—. no quería irme realmente, bueno sí, era uno de mis más grandes sueños, pero... —exhaló con fuerza—, yo era estudiante en la escuela de artes de aquí, de México, tenía un manuscrito ya casi totalmente terminado y pulido el cuál para un profesor fue malísimo, me ofreció un centavo por él, pero sentí que

no eso valía así que lo voté en la basura. Daniel lo recogió y sin mi consentimiento lo mandó con el director de la facultad de letras de Madrid, solicitó una beca haciéndose pasar por mí para estudiar ahí y en pocas semanas la aceptaron. Recuerdo lo furiosa que estuve con él por haber hecho eso. Fue una tormenta de emociones, ¡Vamos! Yo estaba sintiéndome poca cosa después de que aquel viejo calvo me aventara las hojas en la cara, creí que solo viajaría a ser un fracaso y me quedé ahí diez años, qué gracioso ¿no?—se encogió de hombros.

—No entiendo, Danny ¿por qué Daniel hizo eso para después irse?

—No sé, no hay explicaciones para ser un desgraciado, lo eres y ya.

—O no... —contesté dudosa, ya estaba entendiendo.

—¿O no? ¿lo vas a defender? —bromeó y se llevó otro pan a la boca.

—Tal vez no es extraño —musité.

—¿Perdón?

—Que es extraño, digo, raro, muy raro.

—Y sí que lo es, me lo pregunté por años, le he dado vueltas al asunto trillones de veces y mi única respuesta es esa, que es un hombre terrible. Mira, él tuvo una vida muy dura y sé cuánto deseaba cambiarla, y poco a poco fue teniendo la posibilidad. comenzó a ganar fama en la facultad, los profesores lo amaban, las alumnas igual, tenía grupos de fanáticas por los pasillos y ganaba muchas más en las presentaciones, quizás yo sería un impedimento para su carrera y no sabía cómo decirlo, yo no era nadie ¿cómo competiría yo con eso? no tenía plata, no tenía contactos. Lo buscaban por montones mujeres jóvenes de familias de renombre y yo me quedé atrás, es evidente.

Daniela se quería convencer de que él había optado por una vida de excesos y fama, pero ¿cómo decirle que eso no pasó?

—Tú no querías irte ¿verdad? —inquirí.

—No es que no quisiera, sí, pero para mí había cosas más importantes que ser reconocida y publicar, aquí estaba mi vida, mi madre, que con mucho trabajo después de años pudo irse conmigo,

pero murió una semana después. ¿Te das cuenta? Me perdí sus buenos años. Apenas he podido perdonarme.

—Siento lo de tu madre, la mía también murió.

—Es una herida que nunca sana, pero sigamos, ellas lo hubieran deseado —guiñó el ojo y puso mantequilla a otro pan.

—¿Por qué siempre escribes cosas que duelen? —no quise quedarme con la pregunta.

—Entre más escribo de lo que ahora, más respiro, sino cómo explicas que sigo aquí —sonrió.

De pronto tocaron la puerta a lo que servicialmente me levanté a abrir. Era un hombre alto de tez morena clara, con barba afeitada y de olor fragante. Venía bien vestido con un traje azul marino. Traía en las manos una pequeña caja de galletas envueltas en un moño. Al verme abrió los ojos algo desconcertado.

—¿Este no es el cuarto 214? —preguntó con una voz varonil y sensual, levantando sus pobladas cejas.

—Sí, sí es. Perdón, seguro buscas a Daniela, está adentro —se quitó los anteojos y se ajustó la corbata.

—¡Oliver, hola! Pasa —Dijo Danny aún con el bocadillo en la boca.

—Permiso —le dio un gran beso en la mejilla—. Danny, pero qué guapa que estás —dijo el hombre mientras se sentaba en el borde de la cama. Era inevitable no prestarle oído a su voz con ese acento español tan exótico.

—¿Bromeas? Vengo de la lluvia, pero gracias. ¡Ah! Mira, te presento a Victoria, es mi nueva amiga, la conocí hace un par de días. Victoria él es Oliver, mi amigo y representante —Cuando Danny dijo la palabra "amigo", hasta las cejas del hombre se entristecieron de manera ligera. Le di la mano, él solo dio un apretón fuerte y sonrió. Tenía unos dientes perfectamente alineados y blancos, es obvio que tiene cuidado en su aspecto, esos dientes han pasado por una serie de tratamientos.

—Un gusto, Oliver Cortés —se le marcaron los luirlos en sus mejillas.

—El gusto es mío, yo soy Em... —tosí—, Victoria.

—Vale, pues qué guay que habéis estado acompañada. Lo siento tanto, tuve que ir a una reunión urgente a Querétaro, pero está todo

más que arreglado ¿te dio mi nota el policía?

—Sí —Danny se sonrojó.

—Te he traído esto, espero que te guste, muñeca —Oliver le dio la caja.

—Galletas, gracias, son de...

—De nuez —contestó él.

—Gracias —rió con nervios—, qué cajita tan bella.

—Sí, sí, las vi en la ciudad e inevitable no pensar en ti.

—Oliver, Victoria es contadora, veo en ella nuestra salvación para por fin decirle a el señor Julio que ya no necesitamos sus servicios, sus bellos y pésimos servicios —dispuso.

—¡Tía, eso es maravilloso! —me miró con asombro.

—Sí, pero ella está dudosa aún en si ir con nosotros o no, pero la entiendo, es difícil dejar lo único que conoces —Contestó Daniela.

—Vale, pues hubiera sido buenísimo, sabéis igual que las puertas están abiertas. Danny —Regresó a verla—, nos tenemos que ir mañana, ya traje los boletos, pero que, si cambiáis de opinión, yo consigo el tercer boleto de eso no os preocupéis.

—¿Tan pronto se van? —pregunté en un tono triste. ¿Estaba triste? Sí, un pequeño agujón se clavó en mí. No quería que se fuera tan rápido.

Mi orgullo tan alto no quiere admitir que me agrada. Tal vez en otra vida...

—Sí, tenemos unas cosas que llegar a firmar unas cosillas, ver lo del nuevo libro —dijo Oliver.

—¡Pero te dejaré mi dirección! —Dijo Danny. Corrió a su bolsa para sacar un papel y una pluma. Comenzó a anotar su dirección.

«C. de los Reyes, 5,
28015

Madrid, España»

—Por si quieres escribirme una carta, seré feliz de leerla. O... por si un día quieres ir visitarme —Me contuve las ganas de soltar lágrimas. Ella me miraba como queriendo que yo le diese mi dirección, pero no podía, no era mía, era de Daniel.

—Lo haré —asentí.

—Bueno, señoritas, me retiro a mi habitación, tocaré la puerta temprano ¿de acuerdo, preciosa? —Le guiñó el ojo y salió de la habitación.

—Él está loco por ti —dije en cuánto cerró la puerta.

—¿Tú crees?

—Sí, parece buen hombre, ¿te imaginas si tuvieran hijos? Serían una chulada —bromeé.

—Uuyy... hijos, eso ya no es para mí, estoy vieja para eso.

—¿qué? Debes tener ¿cuántos? ¿28?

—27, imagina, cuando mi hijo tenga quince, yo tendré cuarenta y tantos, para la otra vida mejor —ríó—. Ya quedé para vestir Santos.

«y para allá voy yo a este paso»

¿Quieres una galleta? —dijo Danny, abriendo la caja.

—Pero come una primero tú, es tu regalo.

—Te diré un secreto, pero no le digas a nadie —musitó—. soy alérgica a la nuez —no evité carcajear al escuchar eso.

—¿Qué? ¿Y por qué no le dijiste?

—Ya se lo he dicho una o dos veces, pero te digo que él siempre trae millones de cosas a la cabeza, es normal, digo, me zafa de mucho trabajo, dice que solo me dedique a escribir y de todo el papeleo, reuniones, trámites, se encarga. Y no quise decirle, no quería quitarle la ilusión ¿viste su carita? Mejor come una anda, ayúdame.

—Yo creo que me iré de aquí con tres kilos más, me has tenido de engorda —dije bromeando.

—Te extrañaré, Vicky.

Mi risa se detuvo. El corazón se me hizo chinito.

—Y... «no lo digas» yo... yo a ti —tragué saliva de golpe. ¿Quién diría que extrañaría al ente demoniaco? ¡Por favor! Láncenme un rayo, cómeme tierra, embolia por exceso de azúcar llega ya, he pronunciado lo impronunciable.

Cuando cayó la noche y ya estábamos acostas en cama, quise decirle, era ahora o nunca, pero seguro me echaría en plena noche.

—Danny... quiero decirte algo —murmuré como si hubiera alguien más escuchando.

—Dime —contestó adormilada. Volteó a verme.

—Yo no te había conocido nunca, es decir, no sabía de ti, de que eras escritora, yo te escuché y leí por primera vez en el evento.

—Lo sé —bostezó—. ¿Qué con ello? —cerró los ojos.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé, no sé por qué, pero lo siento, no te he visto como una lectora y no pasa nada, para eso son los eventos realmente, a parte de que va gente que ya conoce de mi trabajo, llega gente nueva, no me voy a ofender por eso... no... —bostezó—, te preocupes.

—Sí, es que... un amigo hablaba mucho de ti...

—¿Sí? Luego me lo presentas —dijo Danny mientras se cubría con las sábanas.

—Sí.

—debe ser igual de bella persona que tú —Me quedé en silencio unos minutos. No sabía cómo abordar esto, el estómago se me retorcía como la primera vez que la ví. Me metí en esto y ahora no sé cómo salir, se va y no solucioné nada, nunca termino nada y eso me enfada de mí. No he ido al trabajo, he dejado a Diana, idiotas! Diana, debe estar preocupadísima por mí. No tengo idea de Daniel, no sé si me ha enviado un telégrafo o algo por estilo, debo tomar valor por una vez en la vida. Inhalé hondo...

—Daniela, tengo que decirte algo... —no obtuve respuesta—, ¿Daniela? —volví a echarle un vistazo. Ya estaba dormida.

Me quedé mirando al techo, latigueándome en mi mente.

Debieron pasar como ocho horas cuando tocaron la puerta.

—¿preciosa? —dijo Oliver detrás de la puerta.

Danny no se movía.

—Danny, despierta —dije—, creo que es Oliver. Danny saltó de golpe.

—¡Ah! ¡Voy! ¡Voy! ¿Qué hora es? Dormí mucho ¿Irás a dejarme al aeropuerto? —se levantó de brinco y se metió un vestido aprisa.

—Claro que sí.

Oliver volvió a tocar la puerta. Danny entreabrió.

—Dame 15 minutos, Oliver, por favor.

—Sí, muñeca. Estaré en el lobby.

Yo me puse la ropa que originalmente llevaba cuando la conocí. Ella se maquilló las pestañas a velocidad y se trenzó el cabello. Era

una cola larga y oscura. Dirigí a lavarme la cara cuando me llegó esa fragancia.

—Amas ese perfume —dije abriendo la puerta del baño.

—Es mi favorito, lo uso desde hace años y cuando no lo encuentro me vuelvo loca —contestó. Me dio el frasco para que me atomizara, pero no quise.

Ayudé a Daniela a doblar su ropa para que no se le hiciera tarde.

—Estás callada, Vicky ¿Pasa algo? —tocó mi hombro.

—No es nada, un poco de melancolía por las despedidas, hubiese querido darte un recuerdo, pero no traigo nada.

—¡Qué dices! Fueron unos días increíbles, más recuerdo no puedo llevarme, y entiendo la melancolía, pero no es un adiós ¿verdad? —cerró la maleta. Negué con la cabeza, ya no quería pronunciar más mentiras.

Al bajar al lobby estaba Oliver sentado con una agenda. Regresó a ver a Danny y corrió para ayudarlo con su maleta. Recordé lo de las galletas de nuez. Cómo es posible que el tipo no prestó atención a eso, imagina si no se da cuenta Daniela, la mata.

—El taxi está fuera ¿nos vamos? —preguntó Oliver.

—Sí, Victoria irá con nosotros al aeropuerto para despedirse.

—Perfecto, vamos —Oliver metió la maleta a la cajuela y nos abrió la puerta para subir. Nosotras nos fuimos atrás y él adelante.

—Al aeropuerto, por favor —dijo Oliver al chofer.

Danny venía jugando con su trenza, la deshacía y la volvía a hacer, también veía mucho las calles con esos ojos de nostalgia, como esperando ver algo, o alguien. Oliver la veía tras el retrovisor, embobado y ella ni volteaba.

Después de cuarenta minutos que se pasaron como agua, vi los grandes aviones estacionados. Yo nunca me había subido a uno, los veía despegar, tan gigantescos que parece imposible que esas cosas vuelen repletas de personas y maletas. Me dio miedo, creo que no aguantaría la adrenalina de ir en uno y hay gente que va y viene de manera cotidiana y hasta se duerme en el viaje como si no estuviese apunto de morir.

—Me adelanto para registrar el equipaje, te veo en la sala de espera, Danielita —dijo Oliver. Ella asintió.

Caminamos de manera lenta, como no queriendo llegar a la entrada. El cielo iba clareando poco a poco, tenía esa tonalidad lila, aún se apreciaban algunas estrellas.

Danny detuvo sus pasos y me abrazó, casi se me salía el aire por toda su fuerza. Me quedé varada con las manos abajo. Sentía su respiración agitada conteniéndose el llanto.

—Yo... yo no sé lo que es tener una amiga, y no me llames ridícula, dramática tal vez. Sé que fueron pocos días, pero no sabes cuánto voy a extrañarte. No quiero dejarte, te rogaría que te vayas conmigo, pero te respeto, tú tienes una vida aquí. Tendré que regresar sí o sí muy pronto a México, tal vez para mi cumpleaños, en octubre —expresó con emoción y nostalgia—. Te quiero, Victoria, eres alguien que escucha, que entiende y amé escucharte también. Espero con todo el corazón que soluciones todo con tu prometido y que se casen y uses ese precioso vestido, como me gustaría acompañarte ese día, pero ¿sabes? Sí... ¡sí puedo!... ¡Puedo hablar con Oliver! Y venir a acompañarte ese día si me lo permites ¿Te parece? —Solté a Daniela de mí y la miré, sus lágrimas ya le recorrían el rostro, sus ojos estaban rojos y eso hacía que el color verde de su iris luciera más intenso. No podía seguir esta mentira.

—Daniela, escúchame, no soy quien tú crees...

—¿Qué dices? —se desconcertó. Tomé aire.

—Es que...

—Buenos días, señorita ¿Usted es Daniela Martiné? —Un policía se acercó detrás.

—Sí, sí, soy yo.

—Tiene que venir con nosotros. Tiene ordenes de detención por la desaparición de Emilia Miranda.

—¿Qué? ¿pero...

«no puede ser»

...

capítulo 18: Escena del crimen

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

¿Desaparecida? ¡Diana! ¡Dios Santo! ¿¡Diana, qué hiciste!? Debió de ser ella, sabía que se preocuparía, pero no tenía idea de que haría esto. Las palabras se me escaparon de la boca.

El oficial regordete y de bigote sucio de lo que parecía ser glaseado de dona tomó fuertemente de las manos a Daniela poniéndole unas esposas mientras ella trataba de poner resistencia. El otro policía le pasó el brazo por el cuello para que dejara de moverse.

—¡Suéltlenme! ¡No sé de qué están hablando! ¡Debe ser un error! —chillaba Daniela moviéndose de lado a lado. Su trenza se deshacía poco a poco con el zangoloteo. Como pude reaccioné y salí de ese shock que me estaba causando la escena y me fui en contra del policía que la tenía del cuello.

—¡Esto es un error! Yo soy Emilia Miranda, no estoy desaparecida ¡Es una equivocación! Déjenla en paz ¡La están lastimando! —Forcejeé con el brazo del policía. A lo que corriendo vinieron otros dos hombres y otro me tomó de los brazos. Me sentía en una película de policías y ladrones, la cara me hervía de vergüenza, sentía rabia con Diana, en cuánto la viera seguro la arrastraría de los cabellos hasta el Ángel de la independencia.

—Señorita, deje de forcejear y será mejor —le dijo un oficial a Daniela sujetándola con dureza. Su piel se estaba enrojeciendo.

—Por favor, déjenla —chillé—. Yo soy Emilia, déjenla ir.

—Entonces, tienen que acompañarnos al ministerio público para declarar si usted es Emilia Miranda —dijo el oficial con el que había

forcejado.

—¿De qué estás hablando, Victoria?! ¿Emilia? ¿Qué carajo está pasando? —Gritaba Daniela mientras la metían a la patrulla. No le quitaban las esposas de encima. La gente comenzaba a acumularse en la escena, había quienes gritaban de miedo, otros se mofaban y algunos otros sin saber lo que pasaba gritaban que la encerraran solo por seguir la paranoia colectiva.

—Acompáñenos, señorita —me tomó un oficial del brazo, al menos más tranquilo que los anteriores. Me pesaba la actitud que tomaron con Daniela de manera agresiva.

—¡Victoria! ¡Victoria! —escuché detrás. Era Oliver—. ¿Qué está pasando, podéis explicarme? Oficial ¿Qué significa todo esto? ¿Daniela? ¿Por qué la han llevado de esa manera? ¡Hijoputa! ¡Qué coño pasa! —profirió.

—¿Usted es algo para la señorita Daniela Martiné? —preguntó el oficial.

—Soy su representante, ¡Pueden explicarme qué está pasando!

—Acompáñennos al ministerio público. Su cliente está detenida por la desaparición de Emilia Miranda, en la denuncia ella es una de las primeras sospechosas —aseveró el oficial.

—¡Qué soy Emilia les estoy diciendo! —berreé.

—Por ello debe acompañarnos para aclarar todo en el ministerio público.

—¿Qué estáis diciendo, Emilia? ¿Victoria? ¿Qué habéis hecho? —Oliver estaba molesto.

Llegó todo esto muy lejos.

Nos subimos a la camioneta. El auto donde llevaban a Daniela ya se había arrancado. Yo sentía los jugos gástricos en la garganta.

Oliver estaba a lado profiriendo maldiciones, pidiendo que detuvieran esto en cuanto antes.

—Subnormales ¡Es solo una mujer! Se le dieron encima, malditos bastardos, cualquier rasguño que tengo, os haré pagar carísimo, gilipollas, cerdos —el policía no respondía nada a sus ofensas.

—Oliver —dije, apenada.

—Señorita, lo mejor es que guarde silencio hasta que lleguemos al ministerio, ahí tendrán mucho de qué hablar —indicó un oficial.

Así que callé. Con el rabillo del ojo observaba a Oliver, su piel se había tornado de un color rojo, estaba furioso, con lágrimas en los ojos de cólera, tronándose los dedos y moviendo el pie aprisa en signo de desesperación. Yo pedía al cielo morirme, me odiaba como nunca he odiado a nadie. Solo rogaba que Daniela estuviera bien.

Apenas llegamos al ministerio público, Oliver se bajó de golpe.

—¿Dónde podemos arreglar toda esta barbaridad? —dirigió Oliver cabreado.

Al bajarme no pude evitar ver reporteros por montones fuera del ministerio público. Todos se fueron encima del representante preguntándole acerca de Daniela.

—¿Oliver Cortés? ¿Qué nos puedes decir acerca de la detención de la famosa escritora Daniela Martiné? —dijo un hombre que traía una grabadora. Otro se le puso del otro lado para preguntar exactamente lo mismo.

—¿Usted sabe algo, señorita? —comenzaron a acercarse a mí. Me estaba poniendo ansiosa entre tanta gente, me llegaba hasta acá el olor a sudor y perfume de toda la multitud.

—Acompáñennos por favor —Dijo un oficial haciendo paso entre el tumulto.

Nos escoltaron tres policías a una cámara. Ni él ni yo contestamos a ninguna pregunta de las periodistas. Pero, aunque no hayamos contestado nada, eso no impediría que hubiera una nota vespertina más tarde. Me llevé las manos a la cara, pues sentía que se me caería.

Dentro todo olía a desinfectante de limón penetrante. El olor me revolvía el estómago. Todo parecía la escena de un crimen inmenso, pero realmente ¡No estaba pasando nada! No hay desaparición, aquí estoy y no entiendo por qué no quieren escuchar y lo hacen tan difícil.

—Oficial, por favor, terminemos esto, yo soy Emilia ¡Deben parar! —ordené. Pero ante mis gritos, ellos hacían caso omiso, ni regresaban a verme.

—Tome asiento aquí, joven —le indicó el policía a Oliver—, Usted acompañeme, señorita —le seguí.

Me llevó a un cuarto, de dos por dos metros, con paredes negras y solo un foco de iluminación, había ahí otro oficial mejor vestido en una mesa, acomodando un expediente. No esperé a que hablara cuando me lancé a implorarlo casi poniendo una rodilla al suelo.

—Por favor, por favor, pare esto, dejen salir a Daniela no ha hecho nada.

—Tome asiento señorita —de manera mustia me indicó.

—Por favor, escúcheme —él seguía acomodando su papeleo sin hacer gesto alguno ante mis suplicas—, Ha sido un malentendido, todo esto es un error, tienen que creerme.

—Bien —me mostró un documento, era una denuncia por desaparición. Donde los principales sospechosos eran Daniel Gastón y Daniela Martiné quienes mantuvieron una relación amorosa hace años y al ser yo la prometida, estaban relacionando todo con un crimen pasional.

—Esto es incorrecto, todo este tiempo estuve con ella, no pasó nada, no me secuestró, estuve por voluntad propia, solo que olvidé notificar que estaría ausente de casa unos días, es todo ¡Créame por favor! —vociferé.

—Le creo, solo estamos esperando a Diana Ramírez y a Daniel Gastón al cual ya se le envió citatorio y a lo que tengo entendido ha tomado un vuelo esta mañana, todo esto es para que la identifique y podamos dar por finalizado el asunto, son protocolos, señorita Miranda. Tomé asiento y esperé, lo hacemos por su seguridad, sabemos que hay victimas que son obligadas a mentir a base de amenazas, entonces queremos asegurarnos de que este no es el caso, si todo está en orden, en uno o dos días la señorita Martiné podrá irse.

—¿Días? No, días no, hoy mismo tiene que finalizar —alegué. Las manos me temblaban de ansiedad, quería arrancarme la piel de la cara. Daniel venía en camino y eso solo empeoraría las cosas—. Déjeme ver a Daniela, por favor, necesito hablar con ella, quiero ponerla al tanto de qué está sucediendo, debe estar confundida.

—Está en una celda al fondo, pero si deja de gritonear, en un momento la escolto —puso los ojos en blanco.

Él seguía con su maldita documentación, tan sereno como si no tuviera delante un problema que resolver. Hacía ese ruido con las uñas sobre el escritorio para meterle presión, pero solo exhalaba y seguía en lo suyo.

Abrieron la puerta de manera lenta y esperé entrara otro oficial, volteé para también hacerle el lloriqueo, pero no era ninguno, sino...

—¡Emily! Dios mío, estás bien, aquí estás ¿Qué te hicieron? ¿Estás bien? ¿Estás lastimada? —Diana se abalanzó sobre mí, comenzó a querer inspeccionarme como buscando algún rasguño. Me abrazó por la cintura, pues para su estatura ahí le llegaban los brazos.

—¿Qué hiciste, Diana? ¡¿Qué has hecho?! —la lancé a un lado. Comencé a gritar furiosa, apartándola de mí. Los ojos de Diana pasaron de impresión a confusión mezclado con tristeza por la manera en cómo le estaba hablando—, ¡Has cometido el peor error de tu vida! ¡De mi vida! No tuviste por qué armar todo esto —quería arrancarle los pelos de tajo.

—Pero ¿dónde estuviste todo este tiempo? —inquietó.

—¡Eso no te importa! Pero estoy bien, siempre estuve bien, armaste el más grave drama de la historia y ¡por nada! ¡Ya estarás feliz! —La mirada de Diana cambió a rabia. Soltó mis manos que la sujetaban de los hombros y me dio un empujón.

—A ver, mujer, deja de hablarme con ese tono ¿Qué querías que hiciera? Estoy segura de que hubieras hecho lo mismo por mí en caso de no encontrarme por días ¿o no? ¿estoy equivocada? ¿no te hubieras preocupado? No te presentaste al trabajo, tuve que hacerme cargo de tus pacientes y lo entiendo lo he hecho una y otra vez desde el último año aunque también tengo mis ocupaciones, pero esta vez no tenía señales de ti, fui a tu casa día y noche, me subí por el enramado de plantas que tienes hacia la ventana ¡Casi me caigo! No estabas por ninguna parte. Ese día que fui a verte tenías los nudillos lastimados, por un momento pensé en que quizás no me constaste toda la verdad y que discutiste con Daniel a golpes ¿qué podía pensar ahora que estabas desaparecida? Pensé lo peor, que quizá te secuestraron, te tiraron en algún barranco o yo qué sé, se ven tantas cosas a diario. Vine aquí al ministerio público, me

pidieron detalles y me dijeron que posiblemente estábamos bajo un crimen de la pasión.

—Crimen pasional —corrigió el oficial.

—Sí, eso, eso me dijeron, y claro era convincente, tú lastimada, buscando a la ex de tu prometido, tu prometido prófugo, la mujer escribe cosas que pareciesen suicidas y con metáforas extrañas donde habla de un criminal ¡Mi cabeza voló! Y no voy a pedir perdón por eso, porque cualquier mujer en su sano juicio haría este tipo de cosas, y estás bien, y me alegra que estés bien, pero ahora sabes, señorita, que no puedes largarte por días, votar tu trabajo y no avisar, este problema no me lo quieras meter en los hombros. Este problema es tuyo y nada más que tuyo —Diana habló tan rápido que se quedó sin aire. Y tenía razón, yo hubiese hecho lo mismo.

—Tienes razón, es mi problema, tú me lo sugeriste, pero al final accedí ¿no? Ahora por mis tonterías, esa mujer está en una celda —ironicé. Sí, era mi culpa en gran parte, pero ni loca se me hubiese ocurrido haber llegado hasta acá si no me hubiera orillado.

—Pues sí, pero no es culpa mía, debe entenderlo, le explicamos y...

—Y nada, Diana, hay cientos de periodistas allá afuera manchando su nombre con chismes baratos, le estamos arruinando la carrera y de paso —la voz se me comenzó a quebrar, sentí un nudo en la garganta—, a Daniel, que va a llegar en cualquier momento y ahora dos personas inocentes estarán bajo la primicia de secuestradores, de criminales. Todo llegó muy lejos. Nunca debí haberte escuchado —me llevé las manos a la cabeza, las sienes me punzaban.

—Sigues culpándome —contestó Diana.

—Eres tan culpable como yo, en menor medida, pero culpable.

—Entonces ¿si estuviste con ella?

—Sí, todos estos días estuve con ella —las lágrimas comenzaron a salir—, por favor, oficial—, me dirigí a él—, déjeme ir con Daniela, necesito tres minutos solamente, por favor, se lo suplico.

—De acuerdo, acompáñeme, solo una por favor —Me tallé la cara y las lágrimas. Salimos de esa cámara y caminamos al fondo. Era un área de celdas, barrotes oxidados y olor a suciedad, a agua estancada, había sillas rotas, astilladas, lavamanos en pésimas

condiciones, retretes sin privacidad y mohosos, mi culpa aumentó a la máxima potencia.

Y ahí estaba ella, en la última, tenía las manos en posición de súplica, con los ojos cerrados mientras movía los labios. Al escuchar nuestros pasos, abrió los ojos los cuales estaban enrojecidos, los párpados hinchados, con la máscara de pestañas batida por sus mejillas. Las condiciones de ese sitio eran humillantes, mil veces debería estar yo.

—Listo, señorita. Cinco minutos —dijo el oficial mientras se sentaba en una barda metálica y se cruzaba de brazos. «*Tonto chismoso*»

—Da-Danny... —dije titubeando.

—¿Qué me tienes que decir, Emilia? ¿qué te hice para que yo terminara de esta manera? ¿en qué momento? Explícame ¿te contrato alguien? ¿algún periódico, algún programa de radio, algún escritor que cree que soy su competencia? Dime, ¿quién eres? porque no sé, porque la cara inocente y linda que me diste no es más que una máscara hecha de retazos de basura —la voz dulce de Daniela se había esfumado y no esperé que pudiese yo conocerla, no de esta manera. Aunque me había limpiado las lágrimas antes de verle, no podía detener las que seguían.

—Yo no quise que esto terminara así —dije.

—¿No? ¿entonces cómo? ¿qué querías? ¿dinero? ¿estás en quiebra? ¿fama? Lo pudiste haber dicho y no te lo hubiera negado, ya me estabas embabucando como tonta.

—¡No! No, no, yo no quiero dinero, nada de ti realmente, esto fue algo que se me salió de las manos. Tenía rato queriéndotelo decir, por favor, escúchame, cuando te dije que yo no había sabido de ti antes era cierto, realmente te conocí ese día de tu recital, solo que fui, porque, porque... —inhalé hondo—, el amigo que... te dije que me hablaba de ti... es... Daniel, Daniel Gastón.

—¿Qué estás diciendo? —apretó sus manos a los barrotes— ¿Daniel te mandó a hacerme esto?

—¡No! ¡Santo Dios! ¡No! Él sería incapaz de hacerte eso. Él... es... mi prometido y...

—No, no, no estés jugando conmigo, eso no es cierto —El rostro de Daniela era un mar embravecido después de mi confesión. Apretaba con tanta fuerza que parecía que rompería las rejas.

—Sí, sí lo es. Pero Danny, te busqué porque quería saber qué había detrás, él te sigue pintando, siempre, desde que lo conozco no hace otra cosa. Tal vez allá en España no se sabe tanto de él, porque nunca ha querido salir del país, pero él tiene nuestra casa repleta de ti, sus libretas, sus bocetos, sus exposiciones, siempre has sido tú, nunca me contó quién fuiste, en cada pregunta él me decía que era su alter ego, un espejo, otra realidad de él y que no tenía de qué preocuparme, pero un día te vi en los carteles y tenía tan impregnado tu rostro hasta en la sopa que fue inevitable no reconocerte, por eso fui, por eso compré tus libros, por eso te busqué, porque quería saber la verdad, quise decírtelo el primer día, pero estar contigo fue como estar con él, sus manías, sus gustos, sus expresiones, todo, y me llené de más curiosidad, pero salió de control, no avisé que no estaría en casa, no regresé al trabajo y mi amiga se preocupó, puso esta denuncia y de principales sospechosos eran tú y Daniel porque contó toda esta historia y todo indicaba ser un crimen pasional, luego, yo tenía heridas en los nudillos porque rompí un cuadro y se malinterpretó todo. Y ahora no sé cómo remendarlo, me dice el oficial que en uno o dos días todo estará bien, quedará como un error, solo tenemos que esperar un poco —finalicé. No sé por qué no lo dije antes, me sentí como si me hubiesen quitado cinco toneladas de la espalda, hasta pude respirar con tranquilidad.

—Eres terrible, Emilia, Victoria, quien quiera que seas ¿Fingiste querer y ser mi amiga por una estupidez de celos por tu prometido? ¿Me usaste?

—¡No! No, lo admito, me acerqué a ti fingiendo, pero todo lo demás no, lo que hablamos, y lo poco que pasamos, yo nunca fingí nada, al contrario, yo no tenía idea de lo que estaba a punto de conocer en ti. Y sí, en un momento sentí celos, pero después todo cambió y te juro que hasta he terminado entendiéndolo —Daniela no me creía, lo veía en sus ojos y las palabras se me habían agotado.

—Me llevaste a la tienda de vestidos —habló entre dientes—. te probaste enfrente de mí el vestido que usarás en la boda con Daniel ¿de qué se trata esto? ¿Restregarme algo? ¿sentirte ganadora? ¿Es eso? Una mujer enloquecida de celos que vino a querer decirme que se llevó un premio ¡Vaya premio! Por ello me preguntabas si aún lo amaba, para lastimarme. Qué podrido corazón el tuyo... sabes, de amarlo en verdad, hubieras respetado su pasado que si él me dejó ahí es por algo.

—No, tú no eres pasado para él, eres y serás presente, entiéndelo, por eso te busqué, ¿no me escuchas? Él se iba a casar conmigo, pero sigue enamorado de ti.

—Pintarme no es suficiente razón para pensar eso, es una pintura y ya, así como mis libros, solo son letras y ya, vivimos de esto y no tiene que significar algo ¡Basta ya! Vete, prefiero que metan mi cabeza en es e retrete a seguirte viendo a la cara —se dio la media vuelta, escuchaba su respiración forzada y difícil entre ataques de tos.

—Daniela, perdón —supliqué. Pero ella ya no quiso voltear. Escuché unas pisadas que se acercaban rápidamente, era un oficial quien traía a Oliver.

—¡Danny! —Oliver corrió hasta la celda—, ya viene en camino un abogado para dar por finalizado todo esto hoy mismo —Oliver le tomó las manos tras los espacios entre los barrotes—, te prometo que nos vamos hoy mismo, cariño, no pienso dejarte la noche acá ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —la tomó con amor.

—Listo, los cinco minutos han pasado, señorita Miranda. Regresemos a la sala. Yo creo que después de todo lo que he escuchado y que se firmen unas cosas, saldrá ella hoy mismo, tranquilos, esto pasa a menudo —Los dejé solos. Regresé a la sala principal, Diana estaba sentada en un sillón, así que me senté del otro lado, no quería estar junto a ella.

—Me informan que ha llegado ya el señor Gastón, lo haré pasar —dijo uno de los oficiales.

Nunca el nombre de Daniel me había causado tanto malestar como hoy, sentía la garganta apretarse, si por alguna cosa me toca hablar, no creo que pueda emitir voz.

Abrieron la puerta trasera, volteeé enseguida, era Daniela quien venía entrando a la sala, lucía un semblante más pálido y decaído que hace cinco minutos, notaba otra vez en sus labios ese tinte ligeramente violáceo, su cabello estaba despeinado y con partículas de polvo por la pintura del techo de la celda la cual se estaba despegando. En su cuello y manos traía marcas de lo que seguramente serán hematomas el día de mañana o pasado, los policías habían sido demasiado severos al forcejear que también le habían rasgado la ropa. Ella se llevó la mano al pecho en cuanto entró. Oliver le susurró algo y ella solo negó con la cabeza, se quitó su saco y se lo puso. La sostuvo con tanto cuidado, pero a la vez urgencia, puso una de sus manos en su cabeza acercándola a él, ella cerró los ojos y le correspondió el abrazo. Oliver besó su frente con ternura.

Movieron la manija de la puerta principal, y los latidos se me subieron a la garganta. Daniel, quien no había visto hace algunos días, pero a la vez sentía que no lo había visto hace años. Lucía una piel un poco más bronceada, llevaba una camisa blanca, un pantalón café y un cinturón con tirantes. Venía junto otro hombre, quizás un abogado, un amigo, no lo sé. Pero lo primero que hizo fue regresarme a ver con preocupación y sorpresa ¿estaba enterado? No sé, supongo que sí, mal informado quizás. Entró con pasos largos y vi como de manera escurridiza miró a Daniela con su cabeza recostada en los hombros de aquel hombre. Una mirada fija, penetrante y con dolor, yo conocía su mirada, sabía que era ella. Pero volvió a dirigirse a mí fingiendo no importarle lo demás. Me levanté del asiento.

...

Capítulo 19: Reencuentros

...

—Daniel, puedo explicarlo... —titubeé.

—Sé que sí —contestó, para mi sorpresa, con total serenidad y me besó en la mejilla con dulzura. Me dio un abrazo fuerte que sé fue para poder verle a ella otra vez.

—Tomen asiento, por favor —dijo el oficial.

Daniela levantó su cabeza al escuchar la voz de Daniel. Sus ojos verdes se hicieron el doble de grandes en un instante, *«no quisiera ser yo en este momento, pero mucho menos quisiera ser ella»*. Él ya la había pintado un par de veces llorando, pero nunca unos ojos tan tristes como los que estaba viendo ahora. Hizo un gesto de sorpresa muy pequeño y disimulado, pero pude escuchar ese suspiro entrecortado, seguro se acordó que debía fingir que a ella no le importa.

Oliver le recorrió la silla, él ni interés le puso a Daniel *«si tan solo supieras quién es, Oliver, sentirías lo mismo que yo ahora»*.

Daniel se sentó junto a mí, me tomó de la mano debajo de la mesa, entrelazó nuestros dedos como siempre lo hacía al sentarnos en algún sitio. Esto me confundía más, esto no debería ser así. Me sentía como la otra.

—Señor Gastón, un gusto conocerle, he escuchado mucho de usted —le sonrió el oficial Héctor Islas, o eso leí en su gafete el cuál hasta ahora que le he prestado atención—, Bien, señoritas, señores, quiero que sepan que esto pasa más a menudo de lo que se pueden imaginar, en fin, siempre esperamos que todo tenga una buena resolución, y me alegro mucho de que así sea, tengo aquí el expediente, entonces lo redactado hasta ahora es lo siguiente: la señorita Emilia Miranda estuvo todo este tiempo en el hotel Gillow junto a Daniela Martiné, no hubo amenaza en ningún momento,

todo fue en pleno consentimiento. Entonces con eso podemos cerrarlo si están completamente de acuerdo, necesitaría solo algunas firmas y huellas digitales.

—Ajá, sí, cerrarlo, pero esto no puede quedar así, oficial, han manchado la carrera de Daniela ¡Joder! Yo quiero levantar una demanda por todo lo que se le ha hecho pasar ¡Madre mía! —Profirió Oliver. Daniela le puso una mano en el hombro y negó con el rostro.

—Basta, déjalo así, está bien, qué importa —musitó.

—¿Cómo que qué importa, Daniela? Perdonadme, mujer, pero es que no podemos dejar esto como si nada, ¡coño! sí yo sé que tienes un gran corazón, pero por favor, ¿estáis consciente? Esta decisión me corresponde a mí como representante y yo sí quiero exigir una indemnización del daño —añadió Oliver.

—Daniela, una disculpa enorme, por todo lo que hemos causado —dijo Diana apenada—, no tenía idea, yo solo estaba preocupada por Emilia, en verdad, perdón, no tengo más palabras, pero sé que me entiendes, tú hubieras hecho lo mismo por una de tus amigas.

—Haga la demanda, joven, pagaremos la indemnización —dirigió Daniel sin prestarle atención a Daniela.

—No —protestó Daniela—, no quiero.

—¿te habéis vuelta loca? Sí, Daniela, sí, quiero levantar una denuncia en este preciso momento —irrumpió Oliver con autoridad.

—Hazlo y te despido —respondió. El silencio se hizo en la sala ante aquella respuesta—, dígame dónde firmo —añadió. Daniela se arremangó el saco y vi las heridas que los oficiales le habían causado.

Oliver solo se mordió los labios y cedió a su mando.

El oficial se levantó, nos dio los documentos a cada uno, firmamos y pusimos nuestras huellas con tinta negra. Al terminal el cerró la carpeta y dio una ligera carcajada.

—Bien, señores, sería todo, si gustan hablar unos minutos, la sala es suya, me alegra que todo haya quedado aclarado. Ah, señor Gastón ¿Me firmaría esto? —el oficial le dio una hoja en blanco.

—¿Esto por qué? —preguntó Daniel.

—Soy un gran admirador de sus obras desde hace algunos años, he ido a dos de sus exposiciones —dijo Héctor Islas. Dudo mucho que sea admirador, no ha notado acaso que la mujer que tiene enfrente es el cuadro moviéndose ¿o solo lo noto yo?

Le firmó rápidamente y al terminar se puso en pie.

—¿Nos vamos, Morenita? —me tomó el hombro. Yo me quedé estupefacta, miré a Daniela, lo miré a él, tenía respuestas sin preguntas, y tenía preguntas sin respuestas.

—Pe-Peró... ¿No vas a decir nada? —fueron las únicas palabras en forma de pregunta que pudieron salir de mí.

—¿Cómo qué? Ya se resolvió todo, vámonos, Emi —contestó sin regresarla a ver.

—Pero, pero ¡Pero, pero! ¡Daniel, por Dios!

—¿Pasa algo? —preguntó, haciéndose el desentendido.

—Daniel no seas así, por favor, tú no eres este hombre cruel —dije.

—No te entiendo.

Regresaba a ver a Daniela quien hablaba en voz baja con Oliver mientras ella se volvía a llevar la mano al pecho, sus labios rosas ahora eran dos libras pálidas.

—Vamos rápido, Daniela —dijo Oliver levantándose del asiento.

—¿Puedo ayudarles en algo? —les preguntó el hombre con el que venía Daniel.

—¿hay alguna clínica cerca? Daniela se siente algo mal.

—Sí, a tres cuadras de acá —contestó Diana.

—Harry, llévalos en el auto, por favor, creo que es lo mínimo que podemos hacer por las molestias causadas, nosotros tomaremos un taxi a casa —le dijo Daniel a su amigo, no sin antes susurrarle—: paga lo que necesite —le dio una palmada.

Daniela salió junto con Oliver y Harry, no sin antes volver a ver a Daniel, pero él no la vio más. En cuanto cerraron la puerta, quise correr tras ellos, acompañarla, hablar con ella, estaba angustiada, y él como si fuese una desconocida.

—Daniel te ofrezco una enorme disculpa, perdón por interrumpir tu viaje, estoy sumamente apenada—, dijo Diana.

—No te preocupes, gracias por hacerlo, gracias por querer así a mi Emilia —él Sonrió, Diana bajó la mirada y salió dejándonos solos.

Después hablaría con ella, sé que ella entenderá mi comportamiento y sabrá perdonarme.

Él me tendió la mano.

—¿Y bien?

—Daniel ¿por qué estás haciendo esto?

—¿Hacer qué, Emily? Si pudieras explicarme —apretó mi mejilla.

—¡Ve tras ella! —grité—. ¡Corre! ¡Se va! No lo hagas otra vez, no la dejes ir.

—¿Por qué? —él seguía haciéndose el que no sabía que pasaba.

—Porque es ella, es Daniela, es tu... es ¡ARGH! tú sabes quién es, deja de fingir que no la conoces, por favor, ¿por qué le haces esto? ¿Por qué te haces esto? —abrí la puerta y salí corriendo hacia el estacionamiento.

—¡Daniela! —Ella ya no alcanzó a escucharme. El sol ya estaba metiéndose.

Vi cómo se iban en el auto. Daniel salió tras de mí, lo regresé a ver con odio, aunque lo amara era inevitable sentirlo, estaba siendo un perfecto criminal tal y como lo describía ella.

—Daniel, Espejo va en ese auto, la mujer que has pintado todos estos malditos años ¿no harás nada? —Él dio una mirada rápida y la vio alejarse sin hacer expresión.

—¿Me amas, Emily? —él puso su mano en mi barbilla para que regresara a ver sus ojos. Quería decir que no, quería decirle que lo odiaba, pero creo que ambos sentimientos habitaban en mí ahora.

—No evadas mi pregunta.

—¿Me amas? —repitió.

—Sí —me encogí.

—Yo a ti, vámonos a casa entonces —volteó buscando algún taxi.

—¿Y ella? Daniela es la mujer de tus cuadros.

—Lo sabes ahora.

—Sí, lo sé, siempre supe que era alguien ¡SIEMPRE! ¡No estaba loca! —exalté.

Daniel paró un taxi y me abrió la puerta.

—¿Subes?

Quería armar la peor escena de la vida, pero subí.

—Colonia Girasoles III por favor, Coyoacán —indicó.

Esperé a que dijera algo, pero por lo visto no estaba dispuesto a hablar de lo sucedido.

Daniel tenía la vista a la ventana y su mano en la barbilla. Él buscaba mi mano en el asiento para tomarla. Pero yo no podía actuar como siempre. Me crucé de brazos y recosté mi cabeza en la ventana, cerré los ojos un momento, sentía que el cerebro iba a explotarme.

—Emilita —estiró su mano a mi hombro ¿Quieres recostarte en mí? —preguntó con dulzura.

—No.

—Ven, vamos, está dura la ventana —Él me movió hacia él. Las gotitas de lluvia comenzaban a empapar la ventana. No pude negarme —el entrelazó sus dedos en mi cabello, de arriba abajo.

—¿Quién es Harry? —inquirí—. nunca lo había visto.

—Un viejo amigo, fue a recogerme al aeropuerto, es músico. No te lo había presentado, después lo invito a comer a casa, te caerá bien.

—¿Estudió en la escuela de artes?

—Así es —me besó la frente.

—Entonces también sabe quién es ella —Enmudeció ante mi pregunta.

Este hombre ocultaba tantas cosas las cuales quería tapar como quien quiere cubrir el sol con el dedo meñique y no sé cuánto tiempo más piensa seguir así, las mentiras tienen pies cortos decía mi abuela.

Llegamos a casa, y sí, noté que Diana quiso subirse por la ventana, había roto el enramado que llegaba hasta ella. Daniel no prestó atención, aunque gran parte de sus rosas se habían arruinado, abrió la puerta y colgó su maletín en el perchero.

—¿Qué haremos de cenar? —dijo despreocupado.

Me paré frente a él, quería que dijera algo sin que yo volviese a preguntar, el abrió la alacena—. tenemos sopa de letras, puedo ir a la tienda por unas zanahorias y papa, mira, también queda queso seco.

—Vamos, mírala —le dije apuntándole el gran cuadro que por años estuvo adornando la sala.

Ambos lo miramos por varios minutos, era un cuadro donde Daniela estaba apoyando su rostro en su mano, con el cabello suelto, peinado hacia el lado derecho, una manta transparentosa de color durazno—, Me mentiste —dije.

—No.

—¡Lo has hecho todo este tiempo! ¿Por qué no tienes el valor y los pantalones de hablar esto? Siempre me hiciste sentir que era una loca por celarme de tu trabajo ¿qué hago ahora que sé que existe? ¿cómo sobrellevo esto? Yo luchaba contra mí misma día a día por no explotar y tirarte las cosas en la cara, por respetarte, apoyarte, tal vez poco entendía de tu mundo, pero tampoco entiendes el mío y no me importaba. Eso nos hacía únicos a cada uno, tal vez nos faltó tiempo de hablar más de lo que sentíamos, pero hubiera sido posible si hubieras sido sincero conmigo —bramé, la voz que emergía me lastimaba el pecho, como si salieran espinas desde mis pulmones.

—¿En qué te mentí?

—En todo, en tu pasado, tu familia, tu infancia, en ella ¡Me dijiste que no era una persona real!

—Nunca preguntaste eso.

—¡Lo hice! ¡Daniel, me vas a volver loca! —Fui a la puerta del estudio, la abrí y encendí las luces—. Tal vez no te hice la pregunta de esa manera, pero sabes a lo que me refería.

—Tú preguntabas quién era ella y yo te dije.

—Fuiste a Madrid porque sabías que allá estaba ella, ibas a ir a pintarle en su ciudad ¿cierto? ¡Eres un cínico! ¡descarado! —proferí.

—No —Daniel fue a su maletín y sacó una hoja y me la dio—. Obsérvala.

—¿Qué es? —la arrebaté—, ¿Por qué haces esto? —miré el boceto —, ¿qué clase de monstruo eres?

—Eres tú, ese es el boceto de lo que interrumpiste en Madrid ¿sigo siendo todas esas cosas horribles que dices?

—¡Sí! Lo reafirmo y me quedo corta, ¿quién carajo eres, Daniel? ¡Me estás lastimando! —tenía unas inmensas ganas de abofetearlo.

—Tú siempre has querido ver el pasado, siempre has intentado saber lo que ya no tiene importancia para mí, has escarbado hasta lo último, desenterrado mis fantasmas y pescando mis pecados, ya está, ya lo tienes ¿qué más? —Salió del estudio y se dejó caer en el sillón, se llevó las manos a las sienes y frunció el rostro.

—¿Qué más? ¿Crees que no lo sé? Daniel, tú fingiste no amarla, para que ella pudiera irse a Madrid, sabías que, ella hubiese cambiado todo por ti —Al decir esas palabras, Daniel se tensó.

—No sabes nada —pronuncio. Tomó el cuadro de la sala y lo llevó al patio lanzándolo con iré. Los marcos crujieron desbaratándose. Entró rápidamente por más cuadros de su estudio e hizo lo mismo.

—¿Qué estás haciendo? ¿a dónde los llevas? ¡Daniel! —grité y fui tras él. Los apiló, uno tras otro. De su estudio trajo una garrafa con no sé qué líquido y lo roció.

—¡No! ¡No! ¡No! —traté de forcejear, pero no podía ni moverlo. Estaba tan airado y con una fuerza descomunal.

De su bolsillo tomó una cerillera y lanzó uno ardiendo.

—¡No! —grité.

Mi deseo se había cumplido, llegó el día en que por fin podía ver arder los cuadros, pero yo no tenía ninguna copa de vino ni ganas de danzar ni ese deseo piromaníaco enfermo de cada mañana. No tenía ninguna satisfacción, sino un dolor taladrante. Daniel entró a la casa deprisa, en un instante traía consigo otros seis cuadros en los brazos.

—¡Daniel, basta! No hagas más esto, tú no quieres hacerlo —forcejé con él. Quería quitarle los cuadros, pero eran pesados, fallé en el intento, logro echarlos a la lumbrera que se hacía más intensa —, Daniel ¡Detente! —grité con voz severa al ver que quería meterse otra vez a la casa. Lo empujé con todas mis fuerzas y le di de golpes al pecho—. ¡Mírame, Daniel, mírame! —le tomé el rostro. Él se dejó caer al suelo.

Comenzó a sollozar, morderse los labios para no emitir sonidos de llanto. Daniel siempre fue un hombre sensible, pero a la vez con un toque de dureza, pues, aunque lo había visto llorar de felicidad, llorar al pintar, hoy eran otro tipo de lágrimas, estaba ardiendo por dentro.

—Háblame, Danny, quiero entenderte, por favor —le supliqué rodeándolo en mis brazos.

Las gotitas de lluvia que cada vez eran más grandes comenzaron a luchar con la hoguera.

Sus lágrimas no podían confundirse con la lluvia, eran espesas y continuas—, No estás haciendo esto porque quieres ¿por qué lo haces?

—¿Cómo sabes qué quiero?

—Tienes la misma mirada que ella al verte, te rompió, deja de fingir.

—No es así.

—Me prometiste que jamás me mentirías ¿te acuerdas? Esa vez que me diste esto —dije señalando mi anillo—, pero lo estás haciendo. Entiendo que mis preguntas no estuvieron bien formuladas, pero tú sabías a qué me refería, preferías decirme una verdad a medias, y eso es traición.

—Te amo, Emily, en eso yo no he mentido —Lo acerqué a mi pecho. Ante ese acto, soltó su cuerpo, llorando como el niño al que abandonaron. Besé su cabeza, hoy no lo abrazaba como mi prometido, sino como una amiga que quiere entender.

—Yo sé que me amas —contesté. «*pero no como a ella*» hubiese querido decir—, no quemes los demás, prométemelo.

—Siempre quisiste que lo hiciera, tú lo deseabas y si esto pone fin a todo, lo haré —trató de levantarse y le detuve.

—Lo quise, pero ya no, por favor, me lástima que lo hagas.

—¿qué dices? —él estaba confundido.

—Ven, vamos adentro que la lluvia se arrecia —su cuerpo temblaba. Mañana tendrá resaca de lo que acaba de hacer.

...

capítulo veinte: soy suficiente.

...

Le sequé el cabello y le desabroché la camisa húmeda, aún habitaba en mí la preocupación de que enfermara.

Él no hacía otro gesto, solo mirar la pared vacía, seguro arrepintiéndose de la tontería que acababa de hacer.

—Deberías ir a verle a la clínica —dije, mientras le tallaba el pecho.

—¿Para qué? Seguro el hombre con el que estaba le hace una buena compañía, no tengo por qué entrometerme —detuve mis manos.

—Hasta donde sé nunca has sido un hombre celoso, y hoy eso pareces... pero descuida, ellos no son nada —asentí—, así que puedes ir a hablar con ella, les hará bien.

—Quiero hablar, pero contigo —me tomó de las manos, mirándome hacia arriba.

—Estamos hablando.

—Emilia, yo te amo.

—¿y a ella también le amas? —enmudeció ante mi pregunta—. Daniel amas la vida que tienes ahora, no me mientas —me senté junto a él—. Amas esto, tu zona segura, tu vida arreglada, una mujer que espera por ti en casa, un estatus respetable, que no digan que eres un solterón amargado, amas tu conformidad, claro, mejor esto que arriesgarte, temes explorar el mundo, temes hablar de tu pasado, ocultas tus inseguridades, ¿por qué? ¿Por qué elegir esta vida de apariencias donde pretendes que tienes la vida perfecta? no digo que no me quieras y no te estoy diciendo que ya no te amo, lo hago y me odio por seguirlo haciendo. No eres malo, sino que, por miedo has dejado ir lo que más quieres, por temor a que los demás se decepcionen de ti ocultas de dónde vienes y lo que

sientes, tanto así que prefieres encenderle fuego a las cosas antes de que griten, terrible, Daniel, meter el polvo debajo de la alfombra no significa que la casa esté limpia.

—No sabes mucho, Emily —evadió mi mirada. Se levantó, una directo a su taller.

—Has tratado de convertirme en ella para de alguna forma traerla de regreso, ¿el perfume que me diste? ¿las rosas? ¿los pasos en bicicleta? ¿el vestido de novia que ella usaría? Y solo Dios sabe cuántas cosas más. ¿Sabes qué es lo peor? Que aquí dentro algo me lo decía, por eso pasé años comparándome con ella, discutiendo con mi rostro, con mi cabello, comiendo más y corriendo a la báscula a ver si ya había hecho efecto, y otras tantas descuidándome por estar pensando todo el día qué he hecho mal, porque yo quería que los mismos ojos que ponías en ella los tuvieras para mí —inhalé hondo—. Quiero... quiero quien pueda amar a esta Emilia imperfecta que no sabe tomar un lápiz, pero sí una fresa dental, que no sabe de flores, ni de parecer una dama delante de los demás, pero es igual de maravillosa, no quiero ser la mujer con la que alguien se conforme porque tengo millones hermosas, cosas que no pudiste ver, porque, aunque estaba tu cuerpo aquí, tu corazón, tu mente siempre estuvo con ella.

—Emilia...

—Ella no quería irse —le interrumpí—, tú la empujaste. ¿No es así? —puso ojos de desconcierto—, sabías que solo rompiéndola podrías obligarla a irse de México ¿verdad?

—Y no quería verla morir —musitó.

Él no estaba negando mis palabras, al contrario, estaba completando lo que yo ya había conjeturado todos estos días.

—¿Verla morir? Está enferma ¿Verdad? —pregunté. Daniel comenzó a tronarse los dedos uno a uno, ese sonido me era desesperante, pero quise omitirlo y serenarme para seguir hablando con él.

—No quiero lastimarte.

«ya lo hiciste»

—No me lastimas —mentí—, es decir, me hace bien que me digas las cosas tú a que yo comience a seguir añadiéndole más guiones a

este problema —Daniel suspiró, sus ojitos verdosos que siempre pensé sabrían a miel, se llenaron de lagrimas, donde si él no hablaba, ellas lo harían, su nariz tan blanca, ahora era un tono cereza al igual que sus mejillas.

—Daniela... —él sonrió ligeramente al pronunciar su nombre—, es una escritora maravillosa, pero siendo realistas, en México no iba a triunfar, las editoriales siempre les dan el paso a los hombres antes que a una mujer, los profesores de la facultad no prestaban atención al trabajo de las compañeras aunque fueran excepcionales, incluso, las persuadían para comprárselos y ellos publicarlos con su nombre. Eso no solo pasa en las letras, sino en la pintura, la música, lo sabes, poco a poco van cambiando las cosas, pero hace diez años parecía imposible. Millones de veces la quise impulsar a irse del país, pero tenía tanto miedo , y ya sé, ¿quién soy yo para hablar de miedos? Pero la veía cada vez más apagada, se llamaba basura así misma, no creía en su potencial o quizás sí, tal vez sí sabía, pero prefería estancarse a separarse de su madre, a separarse de —tragó saliva—, mí... "*¿qué pasará con nosotros?*" Fue una pregunta que me hizo reiteradas veces, y entonces supe cuál era el problema principal, yo lo era. Verás, ella padece una enfermedad del corazón, algo de nacimiento por lo que sé, no entiendo mucho, solo sé que es algo que no tiene vuelta atrás, llegué a estar con ella en el hospital en dos o tres ocasiones y escuchaba malos pronósticos de los doctores, le decían que no fuera tan loca y que dejara de andar creyendo que sería eterna cada vez que corría disparada y sé que su madre murió hace unos años de ese problema. Daniela se anotó en la lista de candidatos a trasplante de corazón en cuanto se abrió, pero eso va a tardar muchísimo en comenzarse a hacer y tal vez para cuando eso pueda ser realidad ella no esté, y, aunque es todo inseguro, la enfermedad puede pasarle factura en un año, diez, veinte o mañana mismo, no lo sabemos, por eso quería que ella saliera de aquí lo más pronto, ¿Fui un criminal? Si le quedaban pocos años o no, yo no quería que se detuviera, quería que triunfara, escribiera, viajara ¡Y lo hizo! Mírala, es una estrella, la más bonita de todas, una mujer encabezando periódicos, premios, con más de siete libros publicados, una novela que la hizo saltar el charco. Estoy tan

orgullosa, y no, no me arrepiento, fue lo mejor que pude hacer, aunque eso me costara perderla. Fue un trueque, mi felicidad por la de ella, no me quedaba más que resignarme y olvidarme. Yo no la pintaba porque quisiera que regresara, Emily, yo la pintaba porque era la única manera de aprender a dejarla ir.

—Entonces, siempre estuviste al pendiente de su carrera ¿eh?

—Sí, llegué a colarme en los periódicos internacionales para leerlos ahí mismo en el puesto y no traerlos a casa, pero, era solo para asegurarme de que no tomé la peor decisión de mi vida.

—Tú sabías que siempre estuvo escribiendo de ti, sus poemas de dolor donde te preguntaba el por qué te habías ido, ella siempre estuvo mandándote cartas y pidiéndote explicaciones por medio de ellos ¿y eso no te hizo reconsiderar las cosas?

—Eso la hacía brillar —Daniel río—, siempre supo transformar el dolor en algo impresionante, todo pasó como tuvo que pasar y fue lo mejor —dictaminó.

—La pintura con el corazón enfermo, la pintura con aves en la garganta, la otra con el corazón y los pinceles, tú... tú siempre estuviste pintando sus poemas, es como si...

—¿Yo le contestara? Sí, así es, pero sabía que era más complicado que mi arte llegara allá, no se hacen copias de cuadros, no todavía. Siempre fue así cuando éramos chicos, ella escribía, yo lo recreaba en pintura. Pero eso no significa mucho, podré de dejar de amarla y no dejaré de pintarla, y ella podrá dejar de amarme, pero no de escribirme, así es esto, las musas se quedan para que las personas se vayan —despejó mi rostro, pasando hacia atrás mi cabello—, no me conformé contigo, Emily, eres una mujer preciosa, inteligente, con un corazón noble que me hizo aprender y entender cosas de mí, no fui infeliz jamás, cometí errores, miles y sí, después caía en cuenta. No debí hacerte esto, tú no has hecho nada malo nunca, tú no tienes la culpa, ni significa que no seas suficiente. Ella no es mejor que tú ni viceversa. Perdón, perdóname, no quería... —dejé de entender sus palabras.

—Daniel, toma —me quité el anillo y se lo puse en la mano—, esto no es para mí, pero ojalá sea de alguien un día, o de ella, no lo sé —Daniel tomó mi mano y la besó.

—Es tuyo. No lo veas como promesa de matrimonio si no quieres, pero lo compré pensando en ti, te lo juro, quédátelo, aparte es la medida de tu dedo y es muy pequeño —volvió a colocarlo en mi dedo anular. Me dio un abrazo el cual no rechacé. Respiraba con dificultad y su pecho temblaba. Y creo que ambos sabíamos lo que significaba ese abrazo.

—Gracias —dije.

—¿Por qué me agradeces?

—Por todo. Has sido un buen hombre —me aparté.

—No es verdad.

—Nadie es perfecto, pero, gracias, estuviste ahí cuando murió mamá, cuando perdí todo, me ayudaste a terminar mis estudios, tengo mi consultorio y equipo porque creíste en mí, cometiste errores, pero eso no quita lo bueno que hiciste por mí. Me hiciste la vida un poco más sencilla.

—Hubiera querido ser el hombre que mereces, Emily, porque mereces más —Daniel besó mi mejilla.

No aguantaba las lágrimas y el dolor del pecho, pero no quería soltarme en llanto delante de él, ya no importa hacerle saber si me duele o no, ya está. Con la poca fuerza que en el corazón me quedaba doblé mi ropa, y en cada prenda recordé días que pasé con él, las cenas, los viajes, aquellos donde nos escapábamos al amanecer y regresábamos a la media noche, el último fue hace dos meses y ni si quiera lo aproveché lo suficiente.

Llené dos maletas medianas, aún estaba mi cuadro hecho pedazos en el piso, me acerqué a recoger el rostro de esa Emily que un día usó un vestido largo queriendo parecer modelo, sonreía mostrando los dientes, me sentía la mujer más pequeña del mundo, pero dispuesta a llenar un gran espacio, pero no entendía que por más que me escorzara, era imposible, no porque yo fuera poco, no lo soy, y para los ojos incorrectos nunca seré suficiente.

Me abracé a mí misma como tratando de pedirme perdón por todas las veces que quise obligarme a cambiar, por las discusiones interminables al espejo donde me sentía insignificante y me llenaba de comparaciones tontas, me alisaba el cabello con la plancha de ropa y luego me culpaba por haberlo estropeado. Esta soy y no

tengo nada de malo. Daniela es preciosa, talentosa, pero también lo soy, otro mundo, otro ámbito, pero soy hermosa a mi manera y sé que en algún lado habrá quien me vea como lo único que quiere plasmar en una pintura, una foto o una canción y no tendré que pedirlo porque verán que también brillo y que valgo toda la pena del mundo por detener. Nunca volveré a pelear con mi existencia, que una persona no me elija no significa nada, un día alguien no tendrá que mirar a la izquierda ni la derecha y solo me verá a mí y viéndolo bien, si no pasa, tampoco me importa, tengo vida, dos manos, un gran cerebro y mucho por construir.

Abrí las cortinas, la luna llena esbozaba entre las nubes, y por las de fijabas pasaba el aire frío. Los pensamientos comenzaron a bombardearme, todos hablaban al mismo tiempo, ¿y si no puedo? ¿Y si mejor me quedo? ¿y si termino mal?

¡Pues que me vaya mal! Tampoco es que me haya ido muy bien últimamente. Dicen que la paz no tiene precio y mejor vivir debajo de un puente, pero con tranquilidad.

Terminé de empacar. Me senté al pie de la cama a mirar la ventana, tenía urgencia de que saliera el sol. No me quiero mentir, cuánto lo voy a extrañar. No vale la pena decírselo, pero tal vez sí escribirlo.

Me tumbé al suelo con una hoja. Él siempre me llenó de primeras veces, y esta era otra, nunca había escrito una carta, no sé cómo se redactan.

«Daniel:

Te conocí en un verano, una deslumbrante sonrisa jugueteaba conmigo desde otra mesa y yo volteaba a todos lados dudando que fuera a mí a quien te dirigías. La verdad es que yo quería correr, me sentía tan pequeña e inmadura, pero por cosas del destino caí prensada en tu red, y no por ello me siento un pez, quedé atrapada por decisión propia, yo me lancé.

Te amé, digo esto en tiempo pasado porque ojalá el día que encuentres esta carta sea así.

Pensé que seríamos un para siempre en lo que nos quedaba de vida, pero ahora que lo veo, me doy cuenta de que desde que nos conocimos éramos una cuenta regresiva.

Te conocí y sin saberlo, ya nos estábamos perdiendo.

Yo tenía un corazón totalmente vacío listo para que alguien pudiese habitarlo, pero tú ya lo tenías ocupado y gentilmente quisiste darme una recámara, lo agradezco, sé que no fue con mala intención, pero en cosas del corazón y sus habitaciones, no cabe la solidaridad.

No diré que nunca sentí amor, me sentí querida todos los días, pero no como yo lo merecía, porque sé que, así como tú, merezco alguien que solo tenga ojos para mí, que me mire como el cuadro más bonito que pudiese tener en la sala principal y no solo de sala, sino de su vida.

Merezco a alguien que no trate de hacer de mí una réplica de un amor del pasado, nadie es igual a otro, y hay mucho en mí, interno y externo lo suficientemente bueno y valioso como para que quieran retocarlo.

Ahora lo sé. Todos estos años viví una eterna competencia, luchando porque tus ojos solo fueran míos y qué tonto vivir todos los días en una carrera absurda donde alguien ya estaba en la meta y no había nadie que me avisara que era inútil correr. Y no es que debamos todos estar compitiendo, es que nunca nadie tendría que hacerlo.

Me voy y no te guardo rencor, si en tus labios cabe un 'perdóname', lo hago, te perdono, sé que los daños que causaste en mí no fueron con dolo, quiero creer que estás tan perdido como yo, pero agradezco todo lo que pasamos, los días que me diste y el apoyo que me brindaste, porque cuando todos se habían ido y quedé con las maletas en la calle, tú no dudaste en abrirme las puertas, yo te dije que me quedaría unos días, pero cada vez que estaba a punto de irme, te interponías, y no es que no fuera nuestro momento, no era nuestra vida.

No me voy sintiéndote un error, tenías que pasar por algo, lo que aprendí no se va a ir, y lo que me enseñaste y causaste, lo bueno, lo llevo aquí, también lo malo, para no volverlo a permitir.

Te amo, Daniel, y ojalá un día deje de hacerlo, porque no quiero terminar haciéndole a alguien lo que hiciste conmigo.

Triunfa, viaja, acepta todas esas colaboraciones y eventos, tienes mucho talento, sigue poniendo el corazón en cada pincel.

Espero que el día que vuelva a verte, sea de otra manera, donde ninguno nos reconozcamos, pero sepamos que somos nosotros.

No te digo que ojalá cumplas tus metas, porque lo harás, pero lo que en verdad deseo es que encuentres la felicidad.

No te conformes, no busques a otra persona por temor y repitas la historia.

Te digo adiós por la misma razón que tú lo hiciste una vez, por amor.

Este no es un trueque, me voy también para ser feliz.

Cuídate,

Te quiere,

Emily»

...

Doblé la carta y la dejé arriba del buró, no tan escondida, porque sí quería que la encontrara pronto. Me recorrió un escalofrío, le temía al cambio, a dejar lo que ya conoces por un camino donde no sabes si habrá piedras, enramados o desvíos a acantilados.

Una parte de mi grita que quiere quedarse porque este es el lado que ya conoce, pero no se debe escuchar a esa voz por muy fuerte que sea, es el lado conocido, pero no el correcto. Supongo que muchos ceden a esa voz porque preferible es la infelicidad que enfrentarse a lo desconocido, a la ansiedad de no saber cuál vía tomar, por ello Daniel terminó así, por ello, Daniela está así. Yo no quiero quedar igual.

No sé lo que haré,
no soy fuerte,
pero un paso a la vez.

...

El sol comenzó a dibujar sus rayos, me levanté, pero sentía los pies tan pesados y desobedientes. Quería avanzar, pero no se movían.

Miré mi cama una última vez con un poco de nostalgia y sin pensarlo más tomé mis maletas. Cerré los ojos con fuerza y busqué un poco de valor, que al menos una migaja debe haber.

De manera lenta y sin ruido bajé las escaleras, el estudio estaba cerrado, seguro Daniel estaba dormido allí dentro, no quería despertarle ni siquiera quería despedirme.

La pared lucía extraña al estar totalmente vacía, definitivamente es un muro feo sin ella. Pero sé que él podrá recrearlo. Deseo que lo haga.

Tomé mi saco. Abrí la puerta, no volví la mirada atrás.

«Vamos, Emily, yo voy contigo» me dije a mí misma.

De mi boca salía humo en cada exhalación y de mis ojos brotó una gota que se hizo escarcha al llegar a mi mejilla.

«Adiós, Daniel»

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

capítulo 21: un año después...

...

01 de octubre 1966

Después de un año todo lo veo tan distinto, ya sé que es la misma ciudad en la que viví por años, pero mis ojos hoy son otros.

Parece que fue ayer cuando abordé ese avión a quién sabe dónde, tomé el vuelo más próximo que había, total, no llevaba nada y nadie me esperaba en ningún lado. Llegué a Quinta Roo, tengo imágenes borrosas porque me mantuve llorando todo el vuelo, la azafata muy amable me preguntó tres veces si no necesitaba alguna pastilla para el dolor, pero no había analgésicos en el mundo que me ayudaran en ese momento, pobre de mi compañero de asiento, veía de reojo como lo despertaba con mis chillidos. Ojalá hubiese disfrutado más el viaje, era la primera vez que me subía a un avión y ni siquiera me importó ver la ventana, solo deseaba que se cayera y acabara con todo lo que conozco de una maldita vez. Pero qué bueno que no pasó, descubrí que siempre sí me gusta vivir.

Llegar a Chetumal, la capital fue entrar a un portal de otra dimensión, allí el verano es eterno, los arbolitos de navidad con escarcha artificial

me parecen una payasada cuando el termómetro dice que estamos a cuarenta grados. Al principio pensé que sólo los locos buscan vivir en costas, porque el calor es inhumano, me la pasaba con un atomizador regándome como plantita dos veces por hora, pero después le tomé mucho gusto al calor, tanto que ahora, a plenos 19° me siento en Alaska y como extraño mi playita chula.

No supe qué hacer, solo tomé un periódico, busqué cuartos en renta y el que mejor me acomodó fue un edificio donde solo admitían señoritas, era barato, y tenía todo lo necesario cerca, tienditas, paradas de camiones, un consultorio médico y un parque.

No era como la casa a la que estaba acostumbrada, pero no tardé en ambientarme, busqué trabajo, toqué mil puertas y para mi suerte encontré un consultorio dental donde necesitaban ayuda, la paga era malísima, bueno, para las mujeres siempre la paga es pésima, pero con el paso de las semanas conseguí que el doctor admitiera mi potencial y me subiera el sueldo. Lo bueno de todo es que llevaba varios ahorros en la bolsa, Daniel siempre se había hecho cargo de toda la casa, por lo tanto, lo que yo obtuve de mis consultas estaba intacto. No fue fácil enseñarme a administrar, pero tampoco tan imposible como lo pintaba mamá.

Adopté un perro, uno que me siguió después del trabajo porque se me cayó un pedazo de pan y creyó que le había alimentado y después no supe cómo desmentirle y por la pena dejé que me siguiera a casa, a veces creo que me proyecté demasiado en ese animalito. Lo llamé bolillo porque eso fue lo que lo condujo a mí.

Ha sido difícil, he llorado la misma cantidad de litros que posee el mar muerto y no es una hipérbole, realmente creo que, si suben los niveles de sal y marea en el mundo, tendré que pedir una disculpa pública ya que yo he sido la razón.

Mi primera parada era ir al correo postal, me ha dado por escribir últimamente todo lo que en su momento no me pude decir. Y tengo atorado un *perdóname* que me está matando todas las noches. No espero respuesta, pero quiero que mi alma sepa que sí estoy haciendo todo porque descansemos en paz un día y nos vayamos sin rencores ni problemas. Le causé tantas molestias a esa mujer y no hizo más que tenderme la mano, yo creo que de haberla conocido en otro tiempo habiéramos sido buenas amigas, lástima que todo se nos fue patas arriba por un hombre.

Al llegar al buzón, saqué el sobre de mi bolsillo, me temblaban las manos, pero he aprendido a hacer las cosas así muere de miedo.

Lo solté en la rendija y sentí que respiré mejor. Ya sé, faltan meses para que le llegue o quien sabe, puede que se pierda, pero no me quedé de brazos cruzados.

Tenía otra cosa importante este día «buscar a Diana» quien para mi sorpresa no puso otra denuncia por desaparición este año. Tardé en dejar de paniquearme cada vez que veía un policía en las calles.

Fui severa con ella, malagradecida y tonta, pero sé que me perdonará.

Pasé cerca del hotel Gillow y no pude evitar reír, lo bueno que ahora me da risa y ya no vergüenza, creo que eso es lo que deben causar algunos problemas en la vida, que después de tiempo te rías y ya no llores, aunque sí quiero llorar, pero ya no con el mismo dolor.

—¡Diez pesos! ¡Diez pesos! —escuché a un hombre con bastón gritar a unos pasos de mí. Traía un morral con varios libritos—, ¡Diez pesos! —, volvió a ofrecer.

—Me da uno, por favor —le dije con voz dulce.

—Sí, sí, son diez pesitos, hija, Dios te bendiga —contestó el gentil hombre—, le encantará el librito, me lo leyó mi hija hace unas semanitas.

—Gracias —asentí.

Era un libro un poco maltratado "herido amor" decía en letras rojas. Lo llevé bajo el brazo como chica intelectual.

Moría por un café y el más cercano era ese, donde conocí a Danielita, por un momento creí que estaría ahí otra vez. Me quedé en la puerta con un pie dentro y otro afuera echando un vistazo por si no andaba ahí su boinita roja bailarina en el mostrador.

—Pase, señorita —dijo una voz grave y amable. Abrí los ojos de par en par al verle, era ese apuesto barista, lucía igualito, tampoco es que haya pasado mucho tiempo, pero estaba con el mismo semblante y el cabello ondulado peinado de la misma forma, imposible no reconocer sus ojos pispiretos.

Al menos, esta vez no me veía tan jodida como hace un año.

—Gracias —me limpié los zapatos—, me das un café cortado grande, por favor.

—Claro, tome asiento —me dijo de manera lenta y sensual o así sonó en mi cabeza.

Me senté en la mesa del fondo, una a lado de donde había platicado con Danny. Casi podía ver nuestros fantasmas en aquella mesa. Tomé una servilleta para hacer origami.

Observé mi nuevo libro, no eran mucho de mi agrado las novelas ni la poesía por razones bien obvias, pero quería esta vez darle una oportunidad:

...

La razón siempre ha carecido de lógica cuando se trata del corazón, ¿quién lo entiende y quién lo comprende? Yo con tres divorcios y más de seis quiebres amorosos, sigo preguntándome cuándo voy a aprender a quedarme quieto, pero no puedo, tengo un enorme agujero en el pecho que se queja cada noche. En intentos por repararlo lo he rellenado con caricias que no son de mi medida, y como era de esperarse, no desaparece, se hace más grande. ¿Quién dejó ese enorme vacío? Solo pudo ser ocasionado por un meteorito, ella, Michelle. 'El desamor de mi vida' como me gusta llamarle.

La amé a niveles no permitidos. A veces suelo imaginar que quien me creó, en un acto de jugarreta, me dividió y la hizo a ella. Porque no me explico entonces cómo es que a su lado todo encajaba de manera perfecta, mi mano entre la suya, y su cabeza con el tamaño ideal para recostarse en mi hombro, su voz emitía el sonido ideal para hacerme dormir y también para quitarme sueño.

Entre más pasábamos tiempo, más tomaba sus colores y ella los míos, me convertí en un mosaico de sus manías, comencé a usar jabón de lavanda porque a ella le gustaba, a bailar rock & roll porque era su pasatiempo favorito y ella comenzó a ver fútbol, entenderle y fascinarle, a comer más vegetales y menos carne porque era mi dieta diaria, una especie de mimetismo extraño como si poco a poco dejáramos de ser dos, para ser uno, literalmente, donde no hay izquierdas, no hay blancos, no hay opuestos, una palabra al unísono salía de nuestros labios, tanto la veían mis ojos y la sentían mis células que nos mezclábamos. Verle era verme, entenderle era entenderme.

¿Coincidencia o magia? Me gusta llamarle magia, porque coincidencia nunca ha sido, debía encontrarla.

Si existe un mundo invisible entre nosotros, seguro que una arteria nos une, porque la sentía como me sentía yo mismo.

¿El final de mi arcoíris? ¿el cordón de mi meñique? ¿Mi alma gemela?

No tengo un nombre para lo que teníamos, pero algo de cierto y mentira debe haber en todas esas historias. Y otra cosa cierta es,

que hay algo que se va a oponer.

Dicen que si dos planetas se acercan demasiado, pueden causar cataclismos terribles, y si dos imanes en su polo gemelo corren a toda velocidad para encontrarse, una fuerza enorme los va a repeler y a lanzar. Y eso nos pasó a nosotros.

Tengo miles de interrogantes, pero ahora solo estoy en busca de mi reparación o en busca de ella, quizás sean sinónimos. Eso de sustituirla no me está resultando y me sale muy costoso en cada firma de divorcio.

Lector, deseo con el corazón que nunca encuentres a tu alma gemela, porque si no puedes estar con ella, pasarás toda la vida sintiéndote incompleto, buscándola en otros ojos, en otras manos, en otros labios ¿y sabes? podrás tener lo que desees, pero nunca llenarás su espacio.

...

Cerré el libro de golpe como quien lee algo prohibido, miré mis brazos, se me había erizado la piel por completo, me froté queriendo que esta sensación se quitara. Sostuve el libro y observé nuevamente la portada,

Autor: Mitchell Tomás Castillo.

—¿Está todo bien, señorita? —dijo el joven con el café en la mano.

—Sí, no es nada —repuse.

—Me parece conocida —dijo.

—Sí, vine aquí hace poco más de un año, también te recuerdo.

—¿De verdad? —dijo con emoción. Me sonrojé y bajé la mirada. Él chico atrevidamente se sentó—, lo siento, es que... bueno, desde ese día deseaba que usted se volviera a presentar.

—¿sí? Qué extraño —me sorprendí. Agité el café, tratando de usarlo para desviar mi atención.

—¿Puedo preguntar su nombre?

—Emilia, mucho gusto ¿y el tuyo?

—Emilio.

...

capítulo 22: Marchito.

...

—Hola, buenas tardes —abrí la puerta del consultorio. Diana estaba recostada en la silla dental dormitando—. pero cómo trabajas —me burlé. Ella abrió sus enormes ojos y se levantó deprisa. Corrió a abrazarme. Casi olvidaba su cuerpo tan chiquito y su enorme fuerza al envolverte en sus brazos. Le correspondí de la misma manera, la abracé tan fuerte que la cargué por un momento y traté de darle vueltas.

—Emilia, te extrañé infiernos, ¿dónde estabas? perdón, perdóname —dijo con desesperación.

—La que debe pedir perdón soy yo, tú no hiciste más que quererme, perdóname a mí —los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Eres una tonta, me tenías preocupada. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido? ¿A dónde te fuiste?

—Mejor que nunca, te lo juro —sonreí. Me limpié las lágrimas con el suéter—. tenemos mucho de qué hablar, ya habrá tiempo. Diana asintió.

—Espera, dejaron algo para ti aquí —fue al locker y sacó una bolsa negra—. Toma, vino Daniel hace más siete meses creo y me dijo que sí te volvía a ver te diera esto.

—¿y cómo lo viste?

—Mal, sí te refieres a que sí se veía guapo, no, se dejó crecer la barba, traía los ojos hundidos y el cuerpo hecho palo, he pasado por su casa y está irreconocible, dejó secar su jardín. Me daba hasta pena, quería ofrecerme a ir a regarlo si es que no tenía tiempo, pero después de la nota del periódico al día siguiente del incidente, seguro me iba a escupir a la cara —soltó una risilla nerviosa—. no, hermana, tengo vergüenza.

Abrí la bolsa, venía una carpeta y unas llaves.

«Las llaves de su casa»

Diana se entrometió queriendo leer lo que decían las hojas.

—Tú no cambias nada, chismosa —reí.

—¿qué? Antes di que no lo abrí ¿qué dice? —inquirió—. ¿Te pide que regresen? ¿Le dirás que sí?

...

Yo, Daniel Gastón M por este medio hago público que este documento es mi voluntad y que estoy en plenas facultades, con edad legal, y no actúo bajo presión ni influencia. Cedo mis bienes así como las regalías de mis obras a Emilia Miranda Naez, dándole total derecho de hacer uso o lo que mejor le parezca.

—¡Pero se volvió loco, cabezón! —vociferé. Diana me arrebató la hoja.

—¡No manches! —se llevó las manos a la boca—, ¿qué vas a hacer?

—Nada, no tomaré nada, se le ha zafado la cabeza, yo devolveré o anularé esto. Seguro siente que me debe algo y —suspiré—. Tengo que hablar con él.

—¿Quieres compañía?

—No, lo haré sola.

Guardé el documento y fui hasta su casa, tal y como dijo Diana, todo estaba marchito, el césped y las jardineras oscuras, los Rosales amarillos y rojos que adornaban el pórtico, no eran más que ramas secas. Tragué saliva con dificultad y me acerqué a la puerta. Sentía un nudo en el pecho y temía por lo que fuera sentir al verle a los ojos otra vez.

Levanté la mani para tocar cuando de pronto se abrió, me paralicé, sentí que el estómago se me subía a la garganta.

—¿Señorita Miranda? —preguntó, un hombre joven y con el cabello crespo.

—Sí, eres... eres el músico ¿no? El amigo de Daniel. Te vi en el ministerio hace un año, Harry ¿Verdad?

—Sí, sí —dijo nervioso—. ¿Sabes algo de él? —inquirió.

—¿cómo? ¿No está?

—Tiene siete meses que no regresa.

—¿Qué? —exalté—. ¿cómo así? ¿Y no lo has buscado? ¿No has avisado de su desaparición?

—Me dijo que tomaría un vuelo a la Ciudad del Cabo, que lo había invitado a la universidad pública a participar en la pintura, pero ya pasaron meses y no sé nada.

—No, yo... yo menos, acabo de regresar a la ciudad y mi amiga Diana me dio esto, me dijo que Daniel se lo dejó para mí.

El joven tomó mi carpeta y comenzó a leerla. Pasé a la casa sin pedir permiso, todo estaba tal cual recordaba, el muro vacío, el patio con retazos de los cuadros hechos cenizas, las toallas en el sillón.

Abrí las habitaciones como buscando algo, olía a polvo, salían pequeñas arañas de las esquinas. Esto no era más que un sitio muerto.

El taller tenía la puerta cerrada, pero tomé valor de girar la manija. Estaba concentrado el aroma a aguarrás pues no se había ventilado el sitio. Encendí la luz, estaba desordenado, había manchas de dedos en las paredes. Se me aguaron los ojos al ver el lugar tan olvidado.

Miré el único caballete armado y estaba ella, había recreado su cuadro favorito.

...

Capítulo 23: Daniel

...

DANIEL

02 de diciembre 1967

El primer museo que se abría con mi nombre, no había rincón en el que no estuviese una pancarta con mi foto anunciando la inauguración, no creo que porque sea una eminencia, pero después de que se notificó la desaparición no había noticiero, programa de radio o periódico que no hablara de mí, parece que solo así disparan las carreras artísticas, a base de infortunios. Pero ya no tengo por qué mirar atrás y arrepentirme, las cosas pasaron como tenían qué y ahora veo todo con ojos nuevos, quizás sea el único pintor al que se le da el privilegio de ver esto.

La inauguración era una fiesta de la realeza, donde cada asistente llevaba su mejor traje, su mejor vestido, mujeres que pasaron horas peinándose, expertos de todas partes del mundo con lupas, pluma y papel anotando detalles, criticando, chismorreando, ofreciendo cantidades en secreto por un cuadro, otros queriendo ser socios del sitio para agrandarlo más, aunque ya era lo suficientemente amplio.

Mi apellido se pronunciaba entre discusiones, risas, lágrimas, lamentos y tragos de *champagne* con bocados de galletas saladas con queso de cabra y especias.

El museo era enorme, paredes de cuatro metros de alto blancas, matificadas para no quitarle el protagonismo a mis obras, luces apuntaban uno a uno mis cuadros, pequeños, grandes, algunos a la mitad, otros en boceto, pero la principal socia quería todo, incluso los cuadros quemados que pudieron restaurarse un poco se exhiben en una sola sala.

Pasaba entre los pasillos una y otra vez, tomaba varias horas recorrer todo, los invitados me felicitaban con ojos bailarines,

sonrisas inquietantes, aroma a alcohol y perfume francés. Debería ser el humano más feliz, supongo, cientos de mis compañeros venderían el alma por llegar a este punto.

Miraba cada muro con una mitigante nostalgia.

Había recreado el cuadro principal que no se salvó de los daños y quedó en cenizas, pero ahora al tamaño doble, que, aunque es casi idéntico, nunca será el mismo.

Había quiénes hacían teorías del significado de ellos, por qué en uno la mujer tenía espinos por todo el cuerpo y por qué en otro tenía una sola ala. Otros querían entrelazar historias de uno a uno, pero siempre respondí con la misma historia «*soy yo*», y no es mentira, nunca lo ha sido, porque ella siempre ha sido mi espejo, una parte que vive en mí y una parte de mí que vivirá en ella.

Las luces del museo eran tenues, hacía más elegante el ambiente. Tuvieron la delicadeza de rociar *poésie de minuit* en cada área. Mi memoria olfativa, intrépida y perspicaz siempre trae de vuelta su piel con ese perfume, tonto error mío querer ponérselo a otra mujer, creo que debí considerar escribir un libro también con todos los errores que he cometido queriendo sustituirle, esa era la palabra '*sustituir*', Miles de veces me callé su nombre para no dejar ver mi delito.

Había varios espejos por todos lados simbolizando evidentemente el nombre de la musa '*espejo*'. Pero había uno enorme justo en la entrada, tan alto como para que un gigante se diera la vuelta para ver qué tan bien se le veía el traje de noche. Me vi ahí, tenía más ojeras de las que recordaba en la adolescencia, los años me estaban pasando por la piel, aunque aún no llegaban al cabello, seguía castaño. Pasé mis dedos por él queriendo acomodarlo hacía un lado, cuánto anhelaba que un día mi mano fuera la de ella y ese segundo convertirlo en un por siempre. A lado de ese espejo había una pintura titulada '*esta es la última carta*', Espejo traía en las manos un montón de sobres, tantos que se le salían de las manos, un hombre preguntaba "¿Habrá un error en el título?, yo veo que son decenas de cartas" Pasé cerca de él y le susurré: Es que ella siempre decía que sería la última.

Un grupo de mujeres miraban con recelo las pinturas donde espejo aparecía con poca ropa, decían que ellas lucirían mejor. A menudo una gran cantidad de jóvenes me pedían ser mi modelo, clientes y compañeros me lo sugerían entre comentarios que podían contactarme con ciertas señoritas expertas que dedicaban las veinticuatro horas a su apariencia y no dudaba en que seguro eran hermosas, pero no podría, este soy yo, y por ella es que estoy acá.

Antes de Daniela solo pintaba aves y frutas en pequeñas charolas plateadas, pero cuando la vi sentada en el reborde de esa fuente no pude ver nada más.

Ya sé que el amor a primera vista suena imposible y que miles de libros dicen que no es cierto y que solo es atracción, pero yo puedo jurar con la mano al pecho, que una mirada me bastó para amarla, pues si en ese instante alguien me hubiese pedido mi vida a cambio de la de ella, sin duda, la daba.

Todos tenían los ojos en aquella joven ucraniana en medio del césped, pero Daniela reflejaba algo más que un rostro bonito, fue el primer rostro que hice y me juré que sería el último.

El reloj se movía aprisa, estaba exhausto, pero no quería que terminara la noche, todavía me quedaban partes por apreciar.

Tomé de una charola una última copa, la bebí de un sorbo, era amarga, pero con chispas dulces que despuntaban después de pasarla. Sacudí mi cabeza queriendo bajar el mareo que me había provocado el trago y de reojo observé una mujer muy atenta a un cuadro al que para mi sorpresa pocos le prestaban atención, quizás porque era sencillo y con una gama de colores de negro al borgoña, algo lúgubre, muy distinto a los otros alegres, melancólicos y dulces. Pero esa mujer no se movía de ahí.

La gente comenzaba a irse, veía los pasillos despejarse. Di una última caminata antes de ir a casa, recorrí hasta el último rincón queriendo saborearme esta victoria. Los músicos estaban guardando sus instrumentos, los meseros recogían los vasos y los socios contaban las ganancias en una habitación, prácticamente quedaba yo.

Quise ver si aquella mujer se había ido, pero no, volví a esa esquina y allí estaba, una mujer con un vestido negro, el cabello

largo y unas zapatillas rojas.

Me recargué unos minutos para observarla, pero ella no volteaba, seguía dándome la espalda. Me acerqué lentamente, quería preguntarle qué veía en él, pues de todos, ha sido el menos comentado, de hecho, de él jamás recibí pregunta alguna, ni oferta.

—Buenas noches —saludé. Ella no volteó ante mi saludo—. ¿Está todo bien? Noté que mira mucho este cuadro y me causó curiosidad, pues —estiré mi cuello para verla de frente y lo primero que observé fueron sus manos, traía cargando una boina roja, me quedé boquiabierto y con la voz a punto de desaparecer—, Eres... —Ella volteó antes de que terminara de hablar—, Daniela.

—Buenas noches, Daniel —movió sus labios y salió mi nombre, mi nombre, mi piel se erizó al escucharle hablarme de cerca.

—Daniela —susurré.

—El cuadro —señaló—, *un reloj controla mis latidos, ojalá fuera de sol y no de arena* —recitó.

—Sí, así es.

—Todos los cuadros son por un poema mío.

—Sí —afirmé con emoción.

—Me estuviste leyendo todos estos años... —dijo. Asentí con la cabeza.

—Y ni así volviste.

—Danny —intenté formular una explicación. Sus ojos se encendieron contra mí, tal vez amor, tal vez odio, ambos a la vez.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me hiciste esto?

—Escúchame, sí, solo escúchame. Yo quería lo mejor para ti, Danny, quería que el mundo te leyera. Tú estabas empeñada en quedarte y yo ya no sabía cómo convencerte, cuando me dijiste de tu enfermedad, sentí el reloj de arena hacer la cuenta regresiva y tú no confiabas en ti, no me creías cuando te decía lo buena que eras. No me diste opción, en mi cabeza sonó a que era buena idea —expliqué con dificultad. Ella negaba con su rostro. Quise tomarle las manos, pero se soltó con brusquedad.

—Por eso fingiste no conocerme esa vez en la facultad —se le llenaron los ojos de lágrimas y dio un paso atrás.

—Sí, pero te juro, mi amor, te juro que me dolió el alma hacerlo, créeme, por favor, yo quería que aceptaras esa beca, y mírate, mírate ahora, eres una mujer exitosa, todo lo que tienes, tus libros, tu reconocimiento y premios, tus frases inundan los cafés y las avenidas, los grandes poetas y novelistas te reconocen ¡valió todo! ¿No lo ves? —Ella guardó silencio. Sus labios palidecieron.

—¿Lo valió, Daniel?

—Sí, claro que sí —contesté—. ¿no lo ves?

—Tú y yo siempre fuimos como un ala de la mariposa, tú derecha y yo izquierda, pero algo debe haber de diferente —no pude contenerme al verle mover esos dulces y rojos labios. La tomé del rostro y la besé, la saboreaba como solo lo podía hacer en mis sueños todos estos años, sabían a miel, a vino y a anís, los ojos se me llenaban de lágrimas, ella me correspondió. Me besó con apuro, con desesperación. La tomé de la cintura y la acerqué a mí, sentía su cuerpo cálido y su respiración agitada unida a mi piel otra vez, pasaba mis manos por su cabello, por su cuello tibio, daría todo por perder el control en este momento. Toqué su rostro con mis manos. Me miró hacia arriba, y volvió a negar con la cabeza.

—Daniel —me hizo a un lado. Sus pupilas estaban dilatadas como los ojos de un gato a medianoche—, hay más cosas importantes que el éxito o el dinero, para mí eras más importante tú, yo cambiaría todo lo que tengo por regresar el tiempo y vivirlo contigo. Yo no sé cuándo Dios me mande a llamar, no sé en qué número de la cuenta regresiva estoy ni cuánto le quede a mi reloj, pero mira, todos estos años no había pasado nada y... —comenzó a quebrarse su voz—, pude haberlos pasado a tu lado. A mí no me importaba que mi nombre no fuese reconocido, yo te amaba a ti ¿qué es la vida con riquezas si estás sola? ¿qué es tu vida ahora con todo esto si no tienes a nadie que te espere en casa? ¿te llena todo esto? ¿este sitio te llena el corazón más de lo que te pudo llenar estar conmigo? Porque a mí ni todo el dinero, ni toda la fama pudo hacerme feliz.

—Perdón, perdón, por favor, mi amor, Danny —le tomé las manos y trataba de acercarla a mí, pero se rehusaba.

—Supusiste que lo más importante para ti también debía ser lo más importante para mí, en eso diferimos.

—Lo siento, te juro que lo siento —la besé, una y otra vez la besé. Quería acabármela en besos. Recuperar todos los que no le di.

—Sé que lo sientes —me alejó con sus manos—, Pero ya no es correcto, yo... yo solo vine a ver todo esto, no lo creí cuando me lo dijeron.

—Siempre has sido el amor de mi vida, Danny —fijé su rostro contra el mío, sentí su respiración golpearme la nariz.

—Siempre serás el amor de mi vida —cerró los ojos—, pero ya no de esta —Quitó mis manos de su rostro con suavidad y me dedicó una última lágrima. Ella se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, sus tacones hacían eco por toda la sala vacía.

—Espera... ¡Daniela, espera! —grité.

—¿Qué quieres? —dijo sin regresarme a ver.

—¿En la otra vida lo seré? —pregunté.

—No lo sé, no sé si existan más vidas.

—Pues te buscaré antes y no te dejaré ir, te lo juro.

...

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

...

D A N I E L A

03 de diciembre de 1967

—¿Daniela? Despierta, Daniela —decía una mujer, acariciándome una mejilla—. Doctor Bernard, la paciente ya está despierta.

Aquel hombre en bata blanca se me acercó, colocó su estetoscopio en mi pecho.

—Respira lentamente —me indicó—. ¿Duele?

—Poco —respondí.

—Estarás bien, Martiné, vas a escribir mil novelas más —rió—. ¿hay algún familiar de la paciente afuera?

—Sí —dijo la enfermera.

—Llámelo, le hará bien —escuché aplausos en la sala. Moví mi mano y una enferma la detuvo.

—Se va a lastimar, descanse —me acarició con ternura y me levantó un poco el respaldo.

—¿Quién fue? ¿A quién tengo dentro? —pregunté, veía borroso, cerraba los ojos y todavía veía a Daniel diciéndome adiós con la mano—. Por favor.

—Descanse, Martiné. No hable muy fuerte —me acarició el cabello.

Cerré los ojos, quería volver a mi sueño, quería regresar.

«vuelve, por favor, vuelve»

—Danny, cariño ¿cómo estás? —Oliver se arrodilló en la camilla y apretó mi mano—. ¿Tienes dolor? —negué con la cabeza. Él besó mi frente y comenzó a llorar—. tenía tanto miedo de perderte, mi amor. Gracias, gracias, gracias por no dejarme. Me hubiera muerto si no despertabas.

Sostuvo mi mano contra sus labios. Susurró un agradecimiento. Lentamente acaricié su barba, raspaba mis yemas.

—¿le escribiste a Emilia? —pregunté.

—Sí, está afuera ¿le digo que pase?

Asentí.

Sonreí.

...

capítulo 24: él está aquí.

...

EMILIA

Me sentía avergonzada por lo sucedido aunque ya llevara poco más de un año. Oliver me recogió en el aeropuerto, como pude le di la mano, porque la cara se me estaba derritiendo, pero para mí sorpresa, actuó como si no hubiera pasado nada. Me dio un abrazo y la bienvenida. Me aseguró que Danny no guardaba ni una gota de rencor y que algunas veces carcajeaba al recordar lo sucedido y que incluso me haría firmar un documento donde autorizo que escriba mi historia.

Llevábamos seis días en esta sala de espera, aguardando que el médico nos dijera algo bueno, hace media hora que ha pasado Oliver, y yo trato de no comerme los dedos. Me tallé el rostro, pequeñas gotitas de sudor se resbalaban por mi frente.

Abrieron la puerta y salió Oliver, lo primero que hice fue inspeccionar sus ojos, al verlos llorosos, se me paralizó el corazón, pero en cuanto sonrió, pude exhalar.

—¿Está bien?

—¡Sí! Está bien, ya despertó, quiere verte.

—¿De verdad? —mi tripa bailarina hizo de lo suyo al retorcerse como de costumbre.

—De verdad, pasa.

Inhalé hondo y caminé titubeante. Daniela estaba semi sentada, un poco pálida, con los labios un tanto secos y grises. El cirujano se encontraba a su lado haciendo anotaciones.

Al verme sonrió y extendió su mano.

—Hola —saludé nerviosa.

—Creí que no vendrías —dijo con lentitud. Le sostuve la mano. Me sonrojé.

—Imposible no encariñarse contigo, Danielita —me senté a su lado. Y le acaricié el cabello, estaba repleta de nudos. Saqué un peine de mi bolso y le separé el cabello para desenredarle.

—¿Han sabido algo de él? —me pasmé al escucharle. La noticia de la desaparición de Daniel se había corrido por todas partes.

Negué con la cabeza.

—No pienses en eso ahora, te hará daño —le tejí una trenza francesa—. Mejor dime cuál es el mejor lugar para andar en bicicleta en Madrid, porque ahora conduciré yo.

—Yo lo encontré —esbozó con lentitud una sonrisa.

—¿Dónde? —inquirí. Le toqué la frente, pensando que pudiera ser delirio por fiebre.

Se llevó la mano al pecho, justo al corazón.

—Sé que él está aquí. Estoy segura.

—¿cómo lo sabes? —pregunté, queriendo no hacer un gesto desconcertante.

—Porque me siento feliz.

•••

*Era la vida correcta,
nos equivocamos nosotros.*

•••

•••

*Primer trasplante de corazón en el mundo:
03 de diciembre de 1967.*

•••

*"No necesitas a nadie,
pero si encuentras a alguien,
ojalá sea tu espejo,
no, no tu alma gemela,
pero sí en quien que puedas mirarte
sin verte"*

•••

Playlist - Spotify 🎧

...

En el buscador de spotify coloca el nombre del libro y te aparecerá la playlist ✍️